LEYENDAS DE ARTE

LEYENDAS DE ARTE

Y OTROS POEMAS

POR

Remigio Grespo Toral



QUITO

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1917

PRESENTAGION

Ontr. 3680

PRESENTACION

LEYENDAS DE ARTE, CUADROS, LOS INMORTALES, son aconocidos en parte desde 1893, en que apareció "La Unión Literaria" que incluyó en sus páginas La Confesión de Wafael, El Requiem de Mosart y algunas composiciones más de esta colección.

La mayor parte de las Levendas son de aquella época. A 1807 1800 corresponden Cuadros, (antes Armonías) y Los manoutatios.

Por costumbre, quizas vituperable, he solido dejar los versos más de lo conveniente entregados al reposo que acunsa for Horaclo, como preparación para la lima; y los de dejado, en términos que muchos borradores se han contundido, y otros perdieron, al volver al telar, su primitiva simplicidad y frescura.

la largo tiempo de reserva de los manuscritos, he tendo occasión de observar que mis poemas habían envejecido a la sombra, y que según el criterio de las diversas escuelas que se iban sucediendo, mi obra resultaba talvez un anacronismo, cuando al nacer, aspiró a la anticipación y a la originalidad.

Fué necesario un golpe de energía, para que me decidiese a publicar este volumen. Ello hubo de acordarse el presente año, por exigencia de amigos y compañeros y señaladamente por la del notable y popular escritor y literato don Manuel J. Calle, a cuya cariñosa tenacidad debo esta publicación, hecha en la magnifica Imprenta Nacional, por generosa acogida del señor doctor Alfredo Baquerizo Moreno, Presidente de la República. Para tan buenos interventores y favorecedores sean las gracias que debo y honradamente las pago. La tipografía del Estado ha servido también para poesías: es un detalle significativo del brillante espíritu de progreso y de la amplitud de miras del Jefe de la Nación, uno de los escritores ecuatorianos de más justa nombradía.

Venga en seguida una breve explicación preliminar acerca de las Leyendas, Cuadros, etc.

Leyendas de arte, nombré que pudo ser hasta equivocado, no responden a manera algúna nueva, ni significan empresa de largo aliento. Refiérense a episodios de la vida de hombres célebres y a interpretaciones de obras de arte: capítulos de poesía que pueden multiplicarse por otros ingenios con inspiración más elevada y en forma más gentil y lozana.

Ante todo, temas han menester los poetas; y he ahí una copiosa fuente de poesía. No todo ha de ser expresión de estados de alma, las más de las veces equívocos, violentos y de una desastrosa vaguedad. Acción demanda el poema, y la historia y la vida dan la acción, que produce las emociones intensas y deja surco fecundo en el campo de la literatura. Cantemos también dentro del alma de los genios y los artistas, trasladando a nuestra manera y lenguaje, su espíritu, que se trasmite a nosotros, por prodigiosa emanación, en una como no interrumpida corriente tradicional. Es la invasión sana y enérgica de lo dramático en lo simplemente lírico, por la intempretación de lo pensado y lo sentido en las altas cumbres de la grandeza humana....

Temas innumerables proporciona la historia de las almas superiores; y la traslación a la literatura de las obras maestras de las demás artes, sobre todo de la música y de la pintura, dan a la poesía un singular encanto, adaptándola a las otras excelsas ramas de la belleza artística.

Los incidentes de la tumultuosa existencia de Dante Allighieri constan desde luego en su Vita nuova y en su Divina Comedia, gran poema autobiográfico y extraterrestre. La Estatua, pura invención, se compadece sí con el genio del irritado Florentino, que condenó al infierno a sus rivales y maldijo olímpicamente la ingratitud de sus contemporáneos. En fuga de las mezquindades de su tiempo, se refugió en el extraño país del Purgatorio y halló la beatitud del olvido en las cumbres del Paraíso.

Miguel Angel, uno de los más bellos espíritus del Renacimiento, simboliza las desazones y los ensueños retrospertivos de aquella época singular. Buonarotti junta en att genio dolorosas nostalgias a lo Savonarola y avasalladora pasión por la hermosura antigua. Victoria Colonna, la insigne poetisa italiana, fue espiritualmente amada por Miguel Augel, quien amó también con cariñosa gratitud a su paje Urbino, compañero de retiro y confidente lent de su señor. La muerte de Victoria, mitad artistica de su alua, la nuevte de su buen Urbino y el esno taculo de la corrupción de aquel tiempo inclinaron la inspiración del grande artista fincia la elegía, al anatema coutra las liviandades de la inspiración, al menosprecio de la vanidad del capitiliti y a un ensueño místico de peregrina la mosura del Moisés que, lleno de plasticidad s reduietes hebenica, sintió la vida de su obra, la mandó habbar y la encontro superior como un idolo; autor despasse de la Noche y del Sueno que compendian la desiludes del gente ante las miserias de su tiempo, refugióse en una consoladora filosofía cristiana. Es el proceso del pant fluoratotti, deade la idolatría del Moisés hasta el grito de ultratumba de la *Oración*,

La Confesión de Rafael, el famoso pintor, pretende traducir las últimas impresiones de aquel corazón de artista supremo, que deplora, al ocaso de la vida, el no haber logrado la fusión del arte antiguo con el moderno cristiano, pues dejóse vencer por la pasión de la terrena hermosura, hasta trasladar al lienzo de los altares la imagen de la amada.

A la misma grandiosa y terrible evolución del Renacimiento y la Reforma pertenece Lutero, alma férrea de artista, de rebelde y de luchador. No obstante la recia contextura de aquel hombre, su carácter aparece en ocasiones con matices de suave intimidad. Sus numerosos biógrafos dan los pintorescos detalles de aquella vida sombría, iluminada en ocasiones por el relámpago de la hermosura de su alma.

El desdichado Tasso, como otros poetas y filósofos de su siglo, padeció la obsesión o la realidad de la compañía de un espíritu familiar y burlón: algo como el confidente de Fausto, al que inmortalizó Goethe. En todas sus empresas de arrogancia y de amor, halló el amante de Leonora y el adalid de la *Jerusalén* al sér extraño, que no le abandonó jamás, que le empujaba hacia el lado de la locura y la sombra, mostrándole hasta morir, la desnudez y la miseria de las vanidades humanas.

El Requiem de Mozart se refiere a la conocida leyenda de los últimos años del gran compositor. Este recibió la visita de un desconocido que le anunció su próxima muerte y le indicó que señalase las postrimerías de su vida, con una obra inmortal. Haya sido este anuncio verdad o alucinación, es lo cierto que inspiró las magníficas estancias musicales del Requiem, despedida de Mozart y solemne poema del dolor y de la muerte. Sobre este tema compuso Munkacsi un grandioso cuadro, que representa el ensayo de la obra maestra ante el artista agonizante.

El canto del Cisne describe el último empeño de Beethoven, para resucitar al canto, cuando sordo y desvalido, aguardaba la redención de la muerte.

El último pensamiento de Weber no corresponde en verdad a la pintoresca música de aquel maestro. Compuesta la poesía, cuando dolores profundos inclinaban el espíritu del autor hacia la almohada de la tumba, parece más bien interpretación del famoso cuarteto fúnebre de Beethoven. La angustiosa y solemne adivinación de la muerte inspiró al genio alemán su austero poema, profundamente trágico.

El Poeta ciego (Milton), narra las postreras impresiones del magnífico autor del Paraíso, genio complicado y terrible que compendia en su carácter las luchas y arrogancias de su raza y de su tiempo.

lin el lago. Estos versos intentan trasladar un poco del alma y la manera del bardo de Los Preludios. La elegía franscrita es la de este último poèma:

> "La fuente que el prado baña por qué gime en la ribera?..."

Las últimas estrofas traen reminicencias del Lago:

"Lago! rocas sombrías! oh florestas! ya el tesoro guardais de su fortuna!... Viento que gime y árbol que suspira, perfunie de la gruta embalsamado dirán, a los compases de su lira:

Aquí el Poeta amó y aquí fué amado."

No ha mucho se hizo moda combatir la nombradía del caplendido poeta de Las Meditaciones: extravagantes de la critica y novedades que desaparecen, porque se impone champe la Justicia. Nadie que sienta y ame lo bella en la vida y la naturaleza dejará de reconocer que el parta de Las fementas, aumque perdido a veces en vagundados panteletas, penetró en lo más hondo del sentimiento y accestro, por la pasión de la hermosura, a una de las generactores más semillos al culto del numen.

Un tronscau la crittea histórica de última fecha desmiente hasta unu hos capítulos de Las Confesiones; y patros elettamente que hubo más de locura que de sincetulad en la padón por la naturaleza de aquel escritor admitable. Man equeda tánta originalidad de esa alma! y nadie negará que del genio muchas veces extraviado del Vicario haboyano procede gran parte de lo que la estética moderna llama la física de la belleza.

Devolación copia algunas interrogaciones de aquel inmenso poeta, Leopardi: místico a su manera, rebelado contra las inferioridades de la existencia; Prometeo de la última edad, trabajada por angustias íntimas y dolores acerbos.

La Alhambra, La despedida de los dioses, etc., se explican por sí mismas, y sobra toda indicación acerca de temas de historia que ha utilizado la poesía desde remota fecha. Lo propio sucede con La visión de Fra Angélico, asunto de hermosos cuadros, que esbozan la pálida figura del monje de Fiesole, pintor místico, representativo de su época.

La primera tarde, La muerte de Adonis, Hojas de acanto, La despedida, Los ruiseñores de Orfeo, La lira, aluden al origen de las bellas artes y principalmente arrancan de la mitología de la hermosa antigüedad.

En este volumen inclúyense dos poemas de alguna extensión que no pertenecen propiamente a Las Leyendas: La odisea de un muerto y La fuente de la vida. El primero se verá anotado en la página 109. El otro utiliza una narración de la conquista, sin arrimarse del todo a la historia del colonizador de Puerto Rico, la indígena tierra boricana. Se han aprovechado algunos detalles históricos que pueden leerse hasta en las Elegías de varones ilustres, de Castellanos.

Los inmortales son los que, según testimonio de los libros sagrados, permanecen aún en la tierra, reservados para la edad apocalíptica: *Enoch, Elías, San Juan*. Los otros inmortales gozan de la inmortalidad que las tradiciones dieron a grandes hombres y a famosos criminales.

Cuadros que llamé antes Armonías son correspondencias y símbolos: accidentes del paralelismo de las cosas, detalles del movimiento y de lo pasional en la naturaleza: una tentativa, no original pero sistemática, para salir de la serenidad muerta del paisaje y reaccionar contra el apólogo de tendencia moral y docente.

La geología, la astronomía, la observación del infinito espacio y de lo infinitamente pequeño, los misterios oceánicos y los secretos y maravillas de la vegetación, la ciencia de los seres y de los arcanos de la existencia y del universo, dan inmenso asunto para las imágenes y la síntesis

puética. En los poemas indios, en la grandiosa literatura luchrea, en la árabe y persa, en las encantadoras parábolica del Evangelio, en la infancia pastoril de los pueblos, en undos éstos se hallaban identificados con la realidad exterior, se pusieron ya los robustos sillares del vasto edificio del arte que logre abarcar la naturaleza total, armónica, regiritualizada.

Entre los modernos, Víctor Hugo aparece como heraldo y adelantado de la nueva conquista: "La leyenda de los adplos" agrandó los horizontes, que antes no hicieron sino advinar Hesiodo, Lucrecio, Ovidio y las ingenuas gestas mediocyales. La epopeya de Verdaguer (Atlántida Campo) contiene episodios de soberbia hermosura, con elementos de la geología poética, en la forma más genial y atrovida. Pierre Loti, exquisito, espiritual artista, ha creada una escuela original de armonías naturales. Cierto que se adelette la vaguedad panteista y la imprecisión correspondiente a la audacia de la tentativa; pero se siente el pateido, se compenetra el alma con la naturaleza, y dentro de como penetra el alma con la naturaleza, y dentro de como penetra el alma con la integral realización de la vida.

La naturaleza en acmónica, y lo visible, según el intenacolecto de ban Pablo, traduce lo invisible. El hombre es verba de la naturaleza, y ésta se anima con muestras paalones.

Por la general, el mundo exterior no ha servido sino como tando del cuadro, o con fines de alegoria esfumada en la intengible y eteren del tema, o para un paisajismo teme, unitorime y pesado y para la didáctica y ética de los tabulletas, aunque sean tan soberanos como La Fontaine. El apologo que debió ser parte mínima de los cuadros naturales ha venido absorviendo la interpretación de los tenómenos exteriores, tanto como el paisaje, que cuando no traduce un estado del alma, resulta secundario y simplemente auxiliar, como perspectiva, como segundo término.

Han holgado siempre lo dramático, lo épico, lo gigantesco y sugestivo y profundo de la naturaleza. Está quizás recién abierta la cantera, en la forma trascendental

ĺ

tra las inferioridades de la existencia; Prometeo de la última edad, trabajada por angustias íntimas y dolores acerbos.

La Alhambra, La despedida de los dioses, etc., se explican por sí mismas, y sobra toda indicación acerca de temas de historia que ha utilizado la poesía desde remota fecha. Lo propio sucede con La visión de Fra Angélico, asunto de hermosos cuadros, que esbozan la pálida figura del monje de Fiesole, pintor místico, representativo de su época.

La primera tarde, La muerte de Adonis, Hojas de acanto, La despedida, Los ruiseñores de Orfeo, La lira, aluden al origen de las bellas artes y principalmente arrancan de la mitología de la hermosa antigüedad.

En este volumen inclúyense dos poemas de alguna extensión que no pertenecen propiamente a Las Leyendas: La odisea de un muerto y La fuente de la vida. El primero se verá anotado en la página 109. El otro utiliza una narración de la conquista, sin arrimarse del todo a la historia del colonizador de Puerto Rico, la indígena tierra boricana. Se han aprovechado algunos detalles históricos que pueden leerse hasta en las Elegías de varones ilustres, de Castellanos.

Los inmortales son los que, según testimonio de los libros sagrados, permanecen aún en la tierra, reservados para la edad apocalíptica: *Enoch, Elías, San Juan*. Los otros inmortales gozan de la inmortalidad que las tradiciones dieron a grandes hombres y a famosos criminales.

Cuadros que llamé antes Armonías son correspondencias y símbolos: accidentes del paralelismo de las cosas, detalles del movimiento y de lo pasional en la naturaleza: una tentativa, no original pero sistemática, para salir de la serenidad muerta del paisaje y reaccionar contra el apólogo de tendencia moral y docente.

La geología, la astronomía, la observación del infinito espacio y de lo infinitamente pequeño, los misterios oceánicos y los secretos y maravillas de la vegetación, la ciencia de los seres y de los arcanos de la existencia y del universo, dan inmenso asunto para las imágenes y la síntesis

poética. En los poemas indios, en la grandiosa literatura lubrea, en la árabe y persa, en las encantadoras parábolica del Evangelio, en la infancia pastoril de los pueblos, mandos éstos se hallaban identificados con la realidad exterior, se pusieron ya los robustos sillares del vasto edificio del arte que logre abarcar la naturaleza total, armónica, requiritualizada.

Entre los modernos, Víctor Hugo aparece como heraldo y adelantado de la nueva conquista: "La leyenda de los sigloa" agrandó los horizontes, que antes no hicieron sino adivinar Hesiodo, Lucrecio, Ovidio y las ingenuas gestas mediocyales. La epopeya de Verdaguer (Atlántida Camerio Contiene episodios de soberbia hermosura, con elementes de la geología poética, en la forma más genial y atrecida. Pierre Loti, exquisito, espiritual artista, ha creada una cacuela original de armonías naturales. Cierto que se adelecte la vaguedad panteista y la imprecisión correspondiente a la audacia de la tentativa; pero se siente el patrade, se compenetra el alma con la naturaleza, y dentro de cota, permannos y sentimos para la integral realización de la cota.

La naturaleza ca armónica, y lo visible, según el intenso do trob Lan Pablo, traduce lo invisible. El hombre es vertas de la naturaleza, y ésta se anima con nuestras paalones

Por la general, el mundo exterior no ha servido sino como tendo del cuadro, o con fines de alegoría esfumada en lo intengible y eferco del tema, o para un paisajismo teme, uniforme y pesado y para la didáctica y ética de los fabultstas, aunque sean fan soberanos como La Fontaine. El apologo que debió ser parte mínima de los cuadros naturales ha venido absorviendo la interpretación de los fenómenos exteriores, tanto como el paisaje, que cuando no traduce un estado del alma, resulta secundario y simplemente auxiliar, como perspectiva, como segundo término.

Han holgado siempre lo dramático, lo épico, <u>l</u>o gigantesco y sugestivo y profundo de la naturaleza. Está quizás recién abierta la cantera, en la forma trascendental

de los contemporáneos. En la naturaleza búsquese también—que se hallará—lo patético, el alma de las cosas, la armonía entre su dinámica y la del espíritu humano. Tiene la literatura y el arte mucho de convencional y falso; y tiempo es ya de seguir la senda emprendida por ingenios superiores para transformación de la técnica, tanto como de los puntos de vista dentro de una amplia libertad, que rompa con los moldes únicos, para ser la obra entera de la vida trasladada al arte.

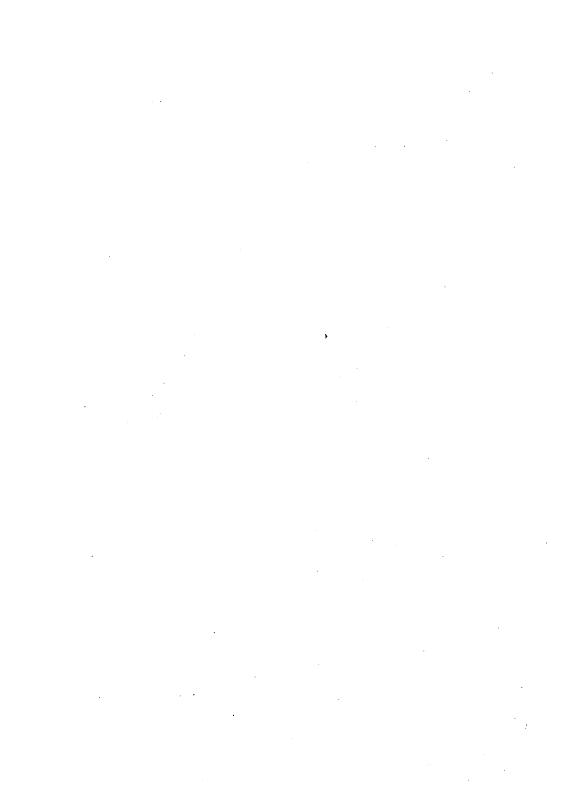
Merece extenso estudio el programa de una poesía de la naturaleza. No hago sino apuntar los motivos, para iustificación de mi tentativa que resulta muy pálida ante la magnitud del propósito. Doy quizás la fórmula, pero seguramente no acierto a realizarla.

Es todo lo que puedo decir en descargo de mis empeños, generosos pero vanos.

Venga la juventud y quede yo atrás en este camino: será mi galardón.

Remigio Crespo Toral

LEYENDAS DE ARTE



LEYENDAS DE ARTE

DANTE

l

Vita Nuova

Solve tos goznos las herradas puertas croateren, queda en lobreguez sumido el templo, entre sus naves ya desiertas habla la soledad, reina el olvido; y por las sombras pasa, voz ignota, algo como los ecos de un gemido. Po un llanto sepulcial última gota, so appagó sobre el órgano sonoro desta salmodla la postrera nota.

Estatua del silencio, bajo el coro, yérguese el Genio en actitud severa, con la amarilla faz bañada en lloro. Y, en las funéreas tocas prisionera, como capullo de agostado lirio, despojo de una muerta primavera, yace, a la luz de tembloroso cirio, la airosa, la gentil, la que solía la pasión encender hasta el delirio...

La Amada del Poeta, que tenía la veste de color de llama ardiente, los ojos cual crepúsculo del día! Angel risueño de su cielo ausente, la blancura de nieve de la cumbre, mostraba en la azucena de su frente. Salía de su espíritu la lumbre a los húmedos ojos, y — Suspira— su faz toda decía... Servidumbre de tan pura belleza, que así inspira la invencible pasión de nombre y gloria, que en alto suena como ebúrnea lira!

Y vuelve, ante esa soledad mortuoria, de una escena de horror nunca olvidada, el cuadro, del Poeta a la memoria.....

Recuerda!... Aquel botón que no dió entrada sino al rocío en la entreabierta boca, iba a entregar su gracia inmaculada...

Llegó el Poeta... Con la fuerza loca del genio henchido de imperioso fuego, vio, en la fiesta nupcial, la blanca toca. Y a ese amor de su infancia, casi ciego, disputar intentó: su grito insano lanzó la imprecación, la queja, el ruego...

Y a esa flor de sus sueños otra mano arrebató. Los resplandores rojos del furor le encendieron: soberano, estallando en olímpicos enojos, el sollozante adiós ensayar quiso; echó sobre ella el mundo de sus ojos y el fulgor de su cólera improviso. l'ero, en vano—a la vista del Poeta la puerta le cerró del paraíso...

Horror! Sintió, como postrado atleta, implacable el sarcasmo de la suerte; y huyó, llevando adentro la saeta, como león herido... Pero, fuerte, se irguió, después, pasada la tormenta; y aguardó... la venganza de la muerte.

* *

La Muerte, aquella majestad sangrienta, le devolvió su amor. — Hoy eres mía— murmura, y a la lumbre macilenta de los pálidos cirios, la sombría estancia cruza; y el Poeta ahora llegar siente a su hermana poesía.

Alma que asciende, espíritu que implora, deshecha la terrestre vestidura, va ciego en pos de la beldad que adora. Y ol gran viaje emprende. Es la locura del dolor, la soberbia airada y fuerte, que en incégnitas sendas se aventura.

Audaz como las águilas, convierte, n otros mundos el vuelo. Blando y tierno, pero más poderoso que la muerte, el viejo Orfeo espera, en el Infierno, viva encontrar a la perdida esposa, por él amada con amor eterno...

No la halla, al visitar la tenebrosa mansión, no en los senderos de la pena. Es la santa, la púdica y radiosa flor del Edén, que habita en la serena ciudad de paz, la espiritual morada, que con su luz la Omnipotencia liena!

El Genio, la belleza inmaculada de la que amó contempla; la áurea llave a las místicas cumbres dale entrada. Y, ateridas las alas,, como el ave cansada de volar, casi sin vida, de su existencia y celsitud no sabe.

¡Es un instante de años, la subida al mundo de las cumbres, repentino viaje hacia la gloria prometida...!

¡Oh grande, afortunado peregrino, anegado en oceano indeficiente, vió la faz del Espíritu divino!

Ya la primera lumbre amaneciente, pasando por los vidrios de colores, derrama el iris en la nívea frente de la muerta que yace entre las flores; y sorprende después,—que está dormido el gran Poeta,—su pupila ardiente...

Ya despertó el Poeta, que ha traído la amada, la magnífica hermosura, devuelta por el llanto y el gemido... Estatua del dolor! la noche oscura liuellas dejó de sombra en su semblante, rota quedó en su cuerpo la armadura.

Adusto y melancólico gigante, sobre sus alas de águila aterida, trajo a la tierra, de región distante, del misterio las cosas sin medida, del numen la potencia engendradora y la sovia inmental de nueva vida.

No os Poetal 1's un dios que siente y llora con esta enferma humanidad que gime, al estallar del arpa redentora.

Y su poder de majestad sublime
como en erguido pedestal reposa;

y Dios el sello en su Elegido Imprime:
sobre su frente, la penunbra hermosa de las pálidas noches; en sus ojos, de la vida inmortal la luz medrosa.

Allí so juntan: resplandores rojos, los surcos de las lágrimas profundos, de la lignición de un cráter los despojos.

Y en su boca, do rugen iracundos los gentos del dolor, rayo que quema, late el amor, esa alma de los mundos...

Y llenará con voz, honda y suprema, con illimo excelso y majestuoso verso, poema de los siglos—su poema, en la Ve y en la Vida—el Universo!—

Π

En el Monasterio

Cual tronco destrozado por el rayo, quebrada sobre el pecho la cabeza, a las puertas está del Monasterio, donde termina el mundo y Dios empieza.

Sus náufragas pasiones aun estallan,
y sus plantas parece que batallan;
todas corrieron las humanas sendas
y la tortuosa cuesta de la vida.
¡Qué dolor en las múltiples contiendas,
y al coronar el monte, la caída!

Y, fulgurando resplandores rojos, pues midieron el cielo y el abismo y la ciudad doliente, centellean sus ojos con el solemne rayo de occidente.

A las puertas llegó del Monasterio: golpea adusto, cual titán golpea.

—¡Abrid!—clama con ínfulas de imperio; y su mirada audaz relampaguea.

—¿A quién buscáis?—el monje franciscano dice, desde la reja; y le contesta acento soberano, que un rugido semeja:
—La paz! la paz, hermano!

Y ese gigante a su dolor rendido, aun soñador y loco, rodando por los claustros halla, a poco, en la celda el silencio y el olvido. * *

Mas, esa noche sueña con el fastuoso batallar horrendo; y a sus ples mira el mundo que desdeña, y escucha en torno el popular estruendo.

Hoga of alba: el silencio le atosiga, el mar do su pasión la celda azota; teme el olyido, la quictud le hostiga, anota nueva lid tras la derrota.

El caos quiero que la mente abruma, del mar y las tormentas la plegaria, inclenso de la solva que perfuma, enación de la cesta solltaria.

Do allá; do lojos, viono su pasión robelándoso en tumulto: su alma sóto en la jucha so mantiene, squiero del genio el rumoroso culto.

Ansfa, desde el puesto ambleionado, el rebaño empujar de sus amigos...
Ah, al ól viera, de lauro coronado, en aux ples los rebeldes enemigos!

control adusto, cual titán, la reja con poderosa mano; coyo, mientras se aleja: pidos en paz, hermano!

\(\) salvand\(\) la puerta,
 \(\) in aendoros del dolor se arroja;
 \(\) \(\) la gloria despierta,
 \(\) \(\) de la gloria a la febril congoja.

¡Otra vez fiera lucha! La envidia ciega, la sangrienta senda, el odio que no escucha, el juez que rasga la sagrada venda!...

Mira: y, sintiendo el aguijón eterno del genio altivo, hacia las selvas huye: ve otra vez las moradas del infierno, y celestes alcázares construye.

En el pinar desierto, junto al mar, su mirada centellea; y en el oscuro bosque, como un muerto, junto a las turbias olas se pasea.

¿Después?... Estatua de templado bronce, se quiebra con estrépito en la lidia: le aclama el Odio entonce, le perdona la Envidia.

Y, como un sol, en lo alto se levanta, abriéndose en el cielo ancho camino, la gloria que no acaba y se agiganta del más grande mortal—DANTE El Divino.

Ш

La Estatua

--No tengo yo de tu adorado suelo, sino el aire y la luz, Florencia ingrata. Horra de la hermosura y la falsía, cuando yo muera, me conceda el cielo no dormir en tus brazos!--

Se desata
en frase ardiente así, cuando la fría,
blanca ceniza cubre su cabeza,
ol gran Poeta... Espiritual belleza,
la del sol en ocaso, le ilumina.
La robusta corteza
do los años cubrió la regia encina;
y, al ple del árbol, duermen
los hojas sueño eterno,
outentras reposa indestructible el germen
bajo ol pesado manto del invierno.

pla. Patrial Gran Poeta, dum modrastra te oprimió a su seno con conletas de hiena: no comprende la muchadumbre, a esclavitud sujeta, al gento, fillo del trueno, que, en las poldaños de la cumbre, asciende.

g plajona, oh Vate, espera! En el bronco que el Arte dignifica, reodrà el Arte culto a tu memoria; vendrà, de flores y perfumes rica, la andada primavera de tu gloria.

* *

Reposa, al fin, en extranjera huesa: le aplasta el mármol de los siglos: sólo su arpa que a las edades embelesa suena inmortal, del ecuador al polo. Así le cupo al Genio peregrino que, en la noche, en el caos, en la oscura selva encontró el camino que conduce hasta el Sol de la Hermosura.

* *

Mas, en tu seno ya, bella Florencia, en ademán gallardo, símbolo de la humana inteligencia se alza la estatua del divino bardo. La cerviz inclinada, siente el peso de la vida inmortal: abrió en su frente surcos el rayo del dolor: el beso de encendido carbón posó en su boca, donde llama voraz se esparce ardiente, como de un cráter en la negra roca.

¡Es é!! De las edades el profeta, el soñador del cielo y del abismo, el inmenso Poeta, grande, grande tan sólo... como él mismo!

Ya sobre el alto pedestal descuella; sobre la turba su grandeza encumbra. Mas, se oye que resuella; la aureola en torno su cabeza lumbra; en los rugosos labios se adivina el último clamor del anatema; su mirada fulmina la luz de los relámpagos, y quema.

Quo su furor parece
quo, adontro, el bronce agita,
en flera sacudida se estremece,
quo el Genlo, el bronce habita.
hobro sus ojos vése
hibita arder la fugitiva llama:
es su alma de los cielos descendida
que, otra vez, plensa y ama,
y renueva el termento de la vida
y las doffentes audas de la fama.

La mullitud mediosa huyo del hionco a quo el Poeta anima con su allente vital, que no roposa E en elfinidos los se sublimo.

In dia de Harenda en el Hareno esta adiande sue alas la formenta.

Trata administrati destructor su sueno, estada estada, el human mylenta...

Trata s'adostra tempestad, el bronco del Freda se altunbra...

Y entonce,
you'lla of podestal; se escucha el grito
de abutton quo rugo entre las sombras fiero;
y la estatua del efetope altanero
uneda sobre las losas de granito...

¡Es el rayo, tal vez?—Florencia triste. el furor de tu Vate es la tormenta que el simulacro quema.

¡Que venciste, Poeta; que vengada ya tu afrenta, hoy tu enojo domina, más que tu fama! Ahora ¡tierra de la hermosura y la falsía! Florencia en vano su desvío llora!

¡Ay de la patria que enturbió los días del Poeta! ¡Baldón para su historia! Su culto son las mustias elegías que lloran las nostalgias de la gloria.

EL CANTO DEL GISNE

- CL a fildura alinfonta do Hoothoyon)

Abounta al azar, con la locura de les transcer posten inspiradora...

2006 de la capacita, qué ampedia est paralles del capacita que mota, como el mantido del clore que lucha est estática apose que se desploma, com la importancia y languidos que ocultan estática en el allembo de la sombra!

All grando Allahal II illimo de los mundos mo llega; fantos años, a su ofdol abla artesta del alma en lo profundo, la niñalea Interior, el torbellino del numen solitario; que, convulso con sollozos y cantos y rugidos, del pecho bato los rasgados muros—de subsonores, otro tiempo, nido.

Bajo las pardas brumas del invierno, en el bosque, en la yerba, en las cabañas, al soplo helado y gemidor del cierzo, la nieve esparce sus primeras lágrimas, ¡Reposo de la tierra! Bajo el hielo, que del mundo el cadáver amortaja, la tierra duerme inevitable sueño, el verano guardando en las entrañas.

Nacer para cantar; y la armonía no escuchar de gentil naturaleza, sordos al son de acordes y de rimas del cielo y de la mar y de la tierra: la ansiedad, el tormento del Artista que ha quedado sin voz, el arpa muerta, moribunda la faz, la boca henchida del estéril clamor de la blasfemia.

Ver cómo el bóreas resonando cruge, el polvo avienta y desbarata el bosque; ver la tormenta que incendió la nube y las espumas de la mar salobre, que de encaje se viste, y huye, y huye en la inmensa extensión, ébria de amores del viento que la agita, blando y dulce, o arrebatado en fieras convulsiones...

Y no acertar la nota y el lenguaje de los yertos paisajes; impasible sentir la majestad, lo eterno y grande; y no escuchar cómo habla lo sublime... En vano hincan abejas resonantes en el cerebro el aguijón: sensible, piérdese el eco en la extensión distante, como la bruma en la postrera linde...

Horror! El noble Artista, árbol sin savia, lumbre sin resplandor, ceniza ardiente, por las sendas, escuálido, se arrastra, cuando en la aldea la primera nieve

ribializa los bilos de sus lágrimas; rual las suyas que al rostro no aparecen, pues quedaron helando sus entrañas, en la estación que es nuncio de la muerte.

Poro, de unos pinares a la sombra, collenta en el hogar chispeando el roble. Il Conto peregrino allí se asoma, a mendigar sus últimos amores. Il n esta vez concédante las Horas un soplo de armonía, un solo acorde del viento, del Espíritu una nota y las blandas caricias de la noche!

Las puertas dante entrada. Es el asilo de blancas nuisas. Rústicas doncellas, sobre el teclado de márfil, el himno ensayan del amor. Es la querella que entre los lablos tembladores, nido de cantos y sonrisas, juguetea como aura, en flor nutrida de rocfo, como la onda que lame las arenas.

Sióntese despertar con nueva lumbre de insólita pasión, que oye el Artista, el encanto del ritmo; al éter sube de antes las alas desplegara altivas. Vienen en confusión desde las cumbres, desde el abismo en tumultuosas rimas, el murmullo y estruendo con que bullen la tierra, el cielo, el mar en armonía.

Pálido y triste, como un dios, hermoso y erguido como estatua que soberbia aplasta el pedestal, al bello coro se junta de las cándidas doncellas. Con sus hermanas el feliz Apolo de la edad juvenil torna a la fiesta; y el himno entre sus labios melodioso, se hincha como el botón en primavera.

Y, en la febril inspiración, sus manos vuelan sobre el marfil: notas y notas se atropellan al vértigo del canto; como en la mar espléndida y sonora, de los genios del mar entre los brazos, las olas van siguiendo tras las olas, llevando hacia los términos lejanos palpitantes las rimas misteriosas.

Las alas de su espíritu gigantes se agitan como viento tempestuoso: y sus ojos de llama, por do sale luciente el alma a iluminar los ojos, vense lanzar, como encendido cráter, de la tormenta y la emoción el lloro: ¡subió al cielo, en olímpicos raudales, la inspiración, surgiendo desde el fondo!

¡Gloria al triunfo! Renaciente el Genio quebrado el pecho en ansiedad ignota, sintió la plenitud, en el supremo instante de embriaguez inspiradora. Pues escuchó los cánticos de nuevo, oyó por fin la música armoniosa del poema de tierras y de cielos de acorde juvenil e intenso idioma.

El silencio después! Cuando rugía la música interior dentro de su alma, y los últimos ecos de su lira aún resuenan en la abierta estancia, el Artista a la luz de la tranquila noche, sale a vagar, como con alas, indiferente al paso de la vida, a la merced de un dios que le anonada.

Es del ensueño y la emoción demencia, la embriaguez de un espíritu que pudo llegar de lo imposible a las riberas, de otro cielo, otra patria y otros mundos. the hermosa tempestad últimas huellas, que so van apagando en lo profundo, ron el concorde són de las esferas, del vacío en los ámbitos oscuros...!

V, desheches les cuerdes de la lira, de attrasgado pecho la locura del numen matador! La sangre tibia, flui del poeta, inmaculada púrpura, rueda en las nleves: palidez divina del mármol de les tumbas se dibuja en la acrena frente del artista, at puetros bero de les blancas Musas...

(Cautar para mortil ¿Quó más es dado ad tiento solltado y perogilno? presidendo mortil ¿Un dios acaso halfar pudrá, sobre vulgar asilo sueño más dubra a sus tediosos años, con más deno a sus tediosos años, con más deno a sus posteros himnos se a quatament más religioso flanto?

PROSCRITOS

All relà et ytelo tidlador satudo, tranco que no broto mistro Inclonso, eties et ence ticos que titos no pudo retenno po en alba, era tan denent

#1 de la sumblim desido el mudo, y fines acetas, con finor latenso, vo estase de elebros prembundo, que su lesta el fine de, pero limorso.

ं १ व्यक्तिक का कि बाधिसात enhant polon, उद्युक्त के कि विकेत के राज्यक muchodumbro, वीती को कि १ वेटी बीवीमाल on of prosconto,

amastros cón of myo do la idoa; badó la cumbro; restató on la cumbro; coa & gonto caldot poro el gonto!

11

Su rostro muestra la áspera corteza, signo de savia tumultuosa, hechura de turbulento amor. Naturaleza dejó sobre ese rostro la hendidura

por do vació el volcán en la rudeza de la lid del amor, la lava impura. Fiera cual la del tigre, su belleza; siniestra cual la sombra, su hermosura.

En su tostado, pálido semblante, que ya circundan de la edad las nieblas, relámpagos de noche tormentosa,

sus ojos de titán amenazante, alumbran como antorcha en las tinieblas de la infinita soledad medrosa.

III

Siir espaldos, adstas do granito, do su calossa podestal; of pocho, stater do estalla la publica, of gillo 3 to habitón del nullí y del despecho;

M supporte hain que a la Influtto M etc.a desatlando, en el deshocho Graco, la fantambre es el Caldito MSS (Contacto) es la Uniche hechol

trata et eleta de hadó au coholdla; a desetad a tuas tanxo hacundo, as assertó a trodessa enloco;

ano na la revuella humanidad bravía et estro destrocha sonà hacundo, e Addir tuco un vengador: Eutoro.

1 V

En pie sobre una roca se alza erguido con la arrogancia de la estatua: mira, con la mirada olímpica, extendido sobre él el cielo, que en las nubes gira.

El rayo de sus ojos encendido centellea en la sombra. ¿Es quizá la ira, que siente el batallar de su rugido, y a solas clama y al clamar delira?

No! que la majestad siempre serena del firmamento su altivez oprime; hubla el silencio su callado idioma;

y mística armonía el aire llena; lloga la plenitud de lo sublime, y Dlos, al fondo de la noche, asoma. ٧

Allà lejos enclus del castillo cura alimenado muro se difuijo, co hadzante de apaciblo billo, de la ture abacial sido la agujo.

Alli, alma huena y corazón sonelllo corac aco habo el ala, so surebula. Ad ademica a mistico formillo, escueda tempula el manantial empula.

to it med do passique en el lumulto, se sis escres del resendo, guando ciscose el mego del allyto i ulto.

rat emberezar pudlom of ala tarda e habett at durch on dondo, oculto, May at inflet con of pordón aguarda!

٧ı

Cerca del Luchador que la fascina, mujer hermosa, su hermosura austera, de los húmedos claustros peregrina flor, mas flor de agostada primavera,

mira a su Amante con pasión vecina al terror. En la oscura cabellera la mano del Titán siente, y se inclina, cual si las garras de un león sintiera.

Su alma primera con dolor despierta tornar la frente ansía hacia la cumbre; siéntese rota, abandonada, trunca.

Huir quisiera, pero a huir no acierta: tiranía es su amor, y servidumbre suya ese amor, que está gritando: nunca!

117

- ा िशिक्षा do las fantásticas loyondas Empula all sus aguas perozesas: En ही विकास el amor floitdas sendas E de≢licip primayerales resas.
- (3), mindancia falall. Dudos horrendas recordiferen ha hombros y las cosas: viel enere decestádlos condlondas Simusechasia ha minda conagusas.
- tt bis cae'compò que ôf a la cullla Bresident brogo del fuillalo dego, Jerusa isos squilòn que furla abala.
- A hog convertible on about the somilla, as the advent hoggers of primer fuego a so which of their do so combate.

VIII

¡Cuán serena la noche! Siempre hermoso el vasto cielo luce indiferente, en la calma, en el sueño, en el reposo, la tierra ahoga su clamor doliente.

Sólo vela cual antro tenebroso, do el yunque vibra al batallar ardiente, el inmenso cerebro del coloso, que en ignición se agita delincuente.

En vano desde lo alto las estrellas sonríen a la tierra, luce en vano la luna en la extensión serena y vasta.

Herido por las cárdenas centellas que encendió, el Lidiador siente la mano que le ahoga, le ciega, y que le aplasta.

ΙX

Il fondo viendo de la láctea vía, esa sonda con polvo de diamantes, y ponsando en la muerte, en la sombría solodad do unas cosas ya distantes,

dico a su Compañera:—Amada mía, mornordas cuando vimos sollozantes, quo la pobre Betina se moría, hoy lan querida cual la amamos antes?

Dosdo una estrella, si en mirar esquivo, thellua mía, nos verás! supieras que lloramos aún tu despedida!

M on éste ni en otro astro compasivo, ayl sorón compañeras... compañeras in vida... y nuestra dolorosa vida.

X

Y de la madre en el mullido seno, como entre flores el insecto, apura del néctar de la vida el vaso lleno precioso infante... Límpida tersura

de la inocencia! Palpitar sereno del ritmo de la prístina hermosura! Sus padres miran que esa flor del cieno, tiene también del lirio la blancura.

El pequeñuelo, sin soltar el pecho de sus labios, el pie leve aprisiona con los dedos de rosa de su mano,

arco formando mágico y estrecho, por donde la inocencia se eslabona al amor, ¡invencible amor humano! $\cdot XI$

¡Ay si ese fruto, el sazonado fruto de breves si, mas insaciables horas, a la herencia fatal dará tributo y a las fuerzas del mal engendradoras?

¿Nacerán de la sombra las auroras, y la felicidad viste de luto? No: lo eterno, lo excelso, lo Absoluto, no mudará las causas creadoras.

No mudará la ley terrible y justa: gobierna el polvo y la infiinita esfera, el invisible mundo y el visible.

La libertad humana en vano injusta reta al Señor que indiferente impera: El escribió en los orbes: ¡imposible!

XII

La pobre madre al recordar su afrenta, del tremendo Amador mirando el cielo, el cielo, el que sus almas atormenta: —Qué hermoso!—exclama, en místico consuelo.

—Hermoso, nunca nuestro!—La tormenta cubre esas almas con crespón de duelo; el cielo invade sombra amarillenta, cubre la luna tenebroso velo.

Y, a la luz de relámpagos murientes, del Titán fiero en la grietada cara, los surcos vense do ha corido el lianto.

Y aquellos dos amantes delincuentes, cual si alguien su pasión arrebatara, se abrazan con furor, en el espanto.

XIII

Después las sombras en el cielo, enorme mancha dibujan sobre el fondo oscuro del ocaso: semejan al deforme Dragón, al de cerviz cual casco duro;

que antes que Dios en el principio forme al huésped del Edén, aliento impuro —como del caos el aliento informe, a la faz del Señor, lanzó perjuro.

Surge algo como cárdena humareda del Monstruo horendo por la abierta boca, la cola extiende hasta el lejano monte;

la sacude después: súbita rueda turba de estrellas en caída loca, y en tinieblas se cierra el chorizonte.

XIV

Y aquellos dos amantes, luego, el peso sienten de inmensa soledad, la espada de la venganza encima, en el acceso postrero de la muerte o de la nada.

Los huérfanos de Dios! Ya no el regreso aguardan a la Patria, la soñada dulce mansión de místico embeleso, ya más distante cuanto más ansiada.

—Huyamos!—dice él.—Huír, a dónde?—desesperada y loca exclama Ella:—crugen después sus lastimeros gritos.

La pareja infeliz, al fin, se esconde pululando en el bosque: una centella ilumina a los míseros proscritos.

LA CONFESION DE RAFAEL

Parece un Dios... El pálido mancebo, hermoso cual Apolo, moribundo mira, tras la ventana, un cielo nuevo y allá la playa de ignorado mundo.

La púrpura de Tiro que bullía en su rostro de azucena huye hacia el corazón, sonora fuente del amor y la vida; y un suspiro, hálito de la pena, sus labios estremece...

Cuando el sol ilumina al Artista que acaba—¡triste escena! cómo el viviente mármol palidece con la luz que declina; y el alma, oculta esencia peregrina, en el marchito cáliz desfallece!...

* *

—Dejad entrada al sol. Ya se despide el sol de primavera. ¡Adios, astro de luz, ya no te pide calor el frágil vaso, que no espera sino el último aliento! Es la partida del que no volverá! llama postrera que inclina el viento hacia la nueva vida!

Abrid la puerta, que el ocaso inunda de polvo de oro y tibios resplandores; llegue el aroma de los bosques; cunda el virginal aliento de las flores. ¡Es tan dulce soñar, cuando en el seno de la estación florida se adormece la madre tierra por el sol amada; y el grande ponto extiéndese sereno en su lecho de espumas; y la selva velada por las flotantes brumas, cual arpa eolia suena!

Enamorada alma que al cielo asciendes, cómo el sueño en sus brazos te da Naturaleza; y entonces, ya del infinito dueño, lo eterno no te asombra; y es la llusión, Belleza que contemplas, sin sombra. ¿Y acaso, esta pasión de la Hermosura y el arrogante vuelo del espíritu, lejos de la oscura realidad, no es cielo?...

Sobre el lejano monte la blanca luna asciende, amiga y confidente... Mi horizonte cerrarás, astro de la noche... Enciende lu faro: es el instante, tú me guías por el medroso lago, compañera de amores y fortuna... Siento que gime el alma viajera a las orillas de ignorado mundo.... ¡Luce en mi senda, sempiterna luna! ¡testigo sé de mi dolor!

¡Profundo

dolor, más que el oceano!
!Romper el vaso y derramar la esencia,
partir en dos el corazón humano,
y entregar a la noche de la tumba
esta amada mitad de la existencia!
¿Cómo no amar el ánfora bendita
do palpitó la idea?...

¡Oh infinita,

incurable dolencia!
¡Qué breve, cuando acaba
la vida, de una voz eco distante!
Y el recuerdo, tenaz, en este instante,
la dulce imagen graba
y me devuelve lo que fué. Qué empeños
de la ternura y de la gloria: el Arte,
sus lucientes imágenes; la eterna
ascensión a la cumbre de los sueños;
y ese vivir con alas,
la luz buscando, la cadencia interna
del ritmo, que en escalas
de la armonía sube;
y en la extensión del ideal se expande,
como en lo azul la nube.

¡Ay! En mi planta el polvo de aquellas sendas queda! Y cómo en las entrañas la zarza hiriente del amor se enreda, rese amor que conmueve las montañas! Un día y otro día, siguióme aquella Imágen tentadora; y, en inútil porfía, yo luchaba, y vencía la Belleza adorada... ¡Oh infelice amor! Quise vencer, sacudir quise el yugo de oro y flores. ¡Imposible! Cual siervo de su casa, cegué de su grandeza a los fulgores; y, donde quiera a su obediencia fieles, en palacios y tumbas y santuarios, copiaban su hermosura mis pinceles.

Al fin joh Madre de los hombres! cuando la sombra invadió mi alma, tu santidad y encanto mancillando, ay! entregué al Divino Pequeñuelo!— no en tus brazos—¡perdón, Madona mía!— sino en los de ELLA ¡deshonor! y al cielo y al altar, aquel lienzo—ídolo vano,— sublimó mi insensata idolatría. Luego el pueblo cristiano, inconsciente mi numen aclamaba; y, vencido a mi espíritu liviano, mi pasión adoraba.

¡Piedad, Santa María, si es tan leve el ala con que ensaya su vuelo el Genio enfermo, que se atreve por insegura playa, luchando a tientas en la noche! ¿Acaso, vencer es dado la inmortal porfía y el insistente paso

de esta loca y enferma fantasía, alondra que buscando primaveras en todo cielo vaga, nave que las ligeras lonas entrega al viento, y se aventura por nuevas rutas, donde al fin naufraga?

¡Es tan fácil caer, cuando el sentido en la visión hermosa prisionero, se entretiene, y el nauta distraído, mirando su astro, olvida el derrotero. Quien resbaló entre rosas y azucenas y se adurmió al perfume de las flores, que embriagado vagó con el ensueño de mundos superiores; y, siguiendo la estrella de ideal hermosura, deja doquier su ensangrentada huella, a la merced del dios de la locura, ¿podrá sacar de la mortal jornada, limpia su vestidura y libre su alma, un alma enamorada?

¡Pobre grandeza humana,
pues cuando subes y a la cumbre llevas
tu gloria, hasta la cumbre soberana
suben también contigo
de la llusión la florescencia vana,
con la Miseria del Honor testigo,
y la Pena, su triste cortesana!

¿Qué rumor llega en alas de la tarde, cual de ósculo feliz? Es el Tirreno, el mar de Italia, que al amor vencido olas arranca al seno y a la orilla las lanza donde juegan con mirto, árbol amado de los dioses, y al delirio se entregan,

copiando estremecidas y veloces, el disco de la luna que el cielo alumbra plena, mientras secretas voces de los genios del bosque y la laguna estallan en la atmósfera serena.

En una nueva, constelada esfera otro sol, otra luna, y bosques de encantada primavera dan sombra al lago; el lago que sereno sus ondas mueve en mística armonía....
¡Mundo feliz! arribaré a tu seno!
¡Llévame por allá, Madona mía!

Y enmudece... Cual céfiro que brota del capullo de un lirio, de repente, huye el aliento—imperceptible nota del último dolor.

¡Y cuán hermoso aquel pálido mármol de su frente, do luce aún el genio.

En el reposo,
ya es un dios... Dulcemente,
la noche arrulla su perenne sueño;
embalsaman las flores
el lecho de su dueño;
y cantan, a una voz, los ruiseñores.

EL REQUIEM DE MOZART

I

Llegó una vez ignoto Peregrino a la mansión del Genio, do tranquila inspiración la mente levantaba, con el ala sutil de la armonía.

¡Ay insconstante carro de los años, cuan presto hacia la meta precipitas la polvorienta rueda!....

El Peregrino saltó el umbral... En misteriosa cita, habió al Genio, y le dijo:—Vendrá luego la Muerte, hermana tuya: en la vigilia de la noche postrera, el postrer canto ensaya; y vivirá la melodía de tus solemnes horas, como vive el humano dolor.

11

¡Cuán infinita

la tristeza en la tarde, que preludia las solitarias sombras, que se inclinan sobre la tierra muda!... El aura llega cual de las tumbas gemebunda y fría; como fuente de lágrimas, el agua ondas de llanto empuja entre las guijas; y en la pelada senda hojas con hojas al aliento otoñal se arremolinan, cadáveres del bosque... —Vendrá luego la Muerte, hermana tuya. —Así decía al Genio el Peregrino, y escuchaba el Genio su mandato. —En la vigilia de la postrera noche, el postrer canto ensaya, y vivirás.—

Cuán pronto brillan las antorchas eternas! ¡Cuán en breve se vuelca el raudo carro de los días sobre el polvo y las hojas que el Otoño, con matador aliento, arremolina...!

111

Al acabar la escena, tras los goces de fama loca, de fortuna altiva, lengua de lo alto:— ¡Que en la paz descanse! dice y repite, en oración tranquila. En paz descansen timbres de la gloria, laureles y blasones que fascinan!
Todo en común rueda a la fosa; luego que la tormenta por la mar sombría lleva su enojo, entrégase al reposo la mar, y empuja las dormidas linfas, en la arena, halagando del naufragio los lastimeros restos...

¡Ay la vida!
¡qué grande, grande en ansias inmortales
y en sus penas y sombras infinita!
El Genio así pensaba; y el poema
del fin adusto, de la pena antigua,
de la austera esperanza, nota a nota,
con majestuosa inspiración crecía;
mientras la voz del triste Peregrino,
del recuerdo en los ecos repetida,
—Canta, decía, por la vez postrera:
la Muerte, hermana tuya, se avecina—.

1 V

Inerme y melancólico gigante, en la mitad del canto y de la vida, fue herido el Genio...—Ensaya sobre el lecho los clamores de su última elegía. Agonizante, brota de sus labios de la noche la música divina, la humana angustia que imprecando gime, el dolor que a los cielos desafía, sollozos en la lucha y la derrota, los roncos ecos de la helada orilla.

La Muerte viene. El Genio se adelanta, soberbio aunque doliente, a recibirla. Pálido con la lumbre de occidente, son dos ajados lirios sus mejillas. Mas, fuerte por la voz, por el aliento del espíritu audaz, que aunque declina el himno entona de la pena: el himno do el hombre enseña la incurable herida. do la esperanza en plácidos acordes, el ritmo copia de la mar tranquila. La estancia, como un coro de los cielos, de estruendo arrobador estalla henchida; melancólico el órgano sonoro cruje con apacible melodía; v helado pasa el soplo de la muerte en ese gran poema, que palpita con las eternas ansias, que ardoroso se rebela, suplica y se resigna...

¡Oh poema inmortal! Allí el espanto, gritos como del mar; las rotas fibras del angustiado pecho; del humano terror los ecos todos; las antiguas dolencias del espíitu; alaridos, clamores del infierno; la enemiga asechanza del mal, y las tremendas iras de Dios, las majestuosas fras.... El silencio, la suerte de las almas, el fallo horrendo en el solemne día: itodas las sombras de la humana mente, las penas todas de la humana vida!... Después, de la esperanza y la promesa luces y flores, preces y armonías; la muerta humanidad regenerada; en las tumbas la carne redimida; castigo justo, galardón eterno; luz del oriente, sempiterno día; majestad que las almas anonada,

cántico de la tierra prometida.... ¡Resurrección!... El cielo sin ocaso, ¡todas las luces de la mente humana los goces todos de la eterna vida!...

v

La estancia aún resuena... Canta el Genio, transfigurado canta... Frente alitva la suya, cual de un Dios, prevaleciente se endereza, a la muerte desafía. Vencerá de los siglos la inconstancia el gran poema que a la eterna orilla lleva plegarias, y al dolor devuelve la esperanza de paz, la fe tranquila. Cuando al fin, como llama moribunda que, al extinguirse espléndida se aviva, el Cantor arrogante alzaba al cielo la frente, abierto el labio a las sonrisas; oyó decir, en sigilosa nota: -Ya tu hermana la Muerte se avecina.-Y aparecióse el viejo Peregrino, allá, por la brumosa lejanía... Alzó el Genio las manos, la cabeza hundió en el lecho, el ojo en la infinita visión: luego lanzó de la esperanza el grito y el apóstrofe, y su vida, cual acorde de una arpa que en los aires, trémulo, imperceptible se perdía, se apagó, mientras en la estancia yerta, —¡Descanse en paz! los ecos repetían.—

.

EL POETA GIEGO

(MILTON)

ı

—Siento en mí tu calor, mas no te miro, soberano del día, sol radiante! que a estos oscuros ojos sin aurora, que en vano giran, sacudiendo en vano las órbitas sombrías, no desciendes, como otros tiempos, que en la azul llanura del cielo, mi mirada se perdía del infinito en las riberas!...

Vago.

no obstante en las colinas, do recuerdo que el raudal de tus rayos se extendía en áureas ondas. Búscote en la altura, cual te buscaba Homero en las arenas de la nativa playa, discurriendo, a merced de las Horas; y te canto como canta, en la sombra, con gemidos el ruiseñor...

Un año, otro año llegan: llegan trayendo primaveras; siento

del aura nueva embriagador perfume, y el tibio beso de la luz, que viene sobre mí, como espíritu invisible de alas de blanda seda. Mas no torna para mí el día en la penumbra breve del alba, ni en la tarde que yo amaba: de la tierra agonía misteriosa, sueño, quizás vigilia de los mundos, que se envían la luz de sus estrellas, en la cita de amor!...

Yerbas floridas, rubias pomas de estío, aguas serenas dentro el bosque sin sol, risueños cuadros de la varia hermosura!... Ya no acierto los caracteres de tu excelso idioma, gentil Naturaleza; ya el sentido que a tí me liga se quebró cual frágil vaso de arcilla... Claridad perdida, de mi alma al fondo huíste: sólo quedas, allí como sin alas y volando, prisionera y herida... Esencia oculta, soberana visión de las ideas, que hallas hasta en la noche del sentido las invisibles cosas!

Así un día, cantó también Satán, en la ribera del mar, la horrenda, la feroz nostalgia de los cielos que amó, ya tan lejanos. El sombrío mancebo, en las orillas del ponto oscuro se asiló, sintiendo en su frente la enorme pesadumbre de la sombra perpetua, y la amargura de la memoria, que en la edad perdida se apacentaba en los perdidos goces, viendo en la soledad de los recuerdos los pensiles de luz, que en el espacio el sol, padre del iris, esparcía.

El anciano Poeta, en un escollo del mar, eleva la soberbia frente y abre sin lumbre los inmensos ojos, cual si quisiera devorar la lumbre que siente y que no ve... Cual la conciencia de recuerdo tenaz, de allá del fondo de su indomable inspiración dormida, como león en su caverna herido. trae a su mente el canto soberano, con que el Angel sublime y taciturno se despidió del sol... En las tinieblas que impenetrables cierran su mirada. contempla como chispas vibradoras las inquietas imágenes que vuelan, con la fosforescencia que se funde del iris en los frágiles colores. Oye el rugir del ponto, de su aliento aspira el soplo, siente las espumas que a sus pies humedecen las arenas. Perlas derrama el mar en sus cabellos, pero no mira el piélago infinito ese amante del sol, que a él se levanta, al beso de su luz, que se retuerce cual monstruo hermoso en explosión de celo; ni los espacios ni las cumbres mira, en púrpura y en oro divididos de vagarosas nubes; no se asombra ante la tierra de pasión henchida, que el germen nutre, se deshace en flores, y cuaja el germen del verano...

Enferma ancianidad! crepúsculo del alma! Todo sonrie en la gentil llanura. en los húmedos bosques, en las linfas que, palpitantes de ansiedad, al viento sus halagos devuelven con rumores en el sereno lago, con rugidos de voluptuosos tumbos en los mares. ¡Ay el invierno humano! La nevada cumbre de su cabeza que coronan las lívidas cenizas, se alza erguida en medio de la fiesta de los nidos, renovación perpetua de colores, rayos y aromas y armonías! Mudo, fiero contraste! Al fin, el sér humano en juventud perpetua del espíritu, al sentir roto el vaso de la forma, ansía retener el polvo, el polvo que se deshace al soplo de las brisas de otra estación.

111

—Ven, Débora, que siento emoción y calor, fuerza y espíritu. ¿Es el amanecer? Da al pobre anciano la limosna de luz, esa caricia de las alturas, caridad del cielo que da al mundo su hermosa primavera de nubes, resplandores y arreboles! La limosna del sol al pobre anciano tú darás hasta el fin, Débora mía! Resbalen hoy tus rayos, de mi frente sobre el helado cráter, Sol amigo! Allá en la soledad, así tu lumbre

cae blanda, en el éter tamizada, sobre el agreste pico, que circundan opacas nieblas, túnica del cielo. ¡Ay, bajo el cráter de mi frente, pugna la inspiración encadenada; el genio, en prisión en el fondo del abismo, sopla con el aliento huracanado de interna tempestad; que rompe, abate las crestas y murallas de granito; y el genio, en sus prisiones se revuelca y hace crugir los mundos. Es el hosco tigre que ruge y en el propio seno la garra hinca sangrienta...

A la ventana ponen aquel despojo de la vida, a recibir del sol de privamera el ósculo gentil. Débora llega con perfumadas rosas en la mano; con las rosas golpea el aire; el aire que en amorosas ondas se revuelve en torno del poeta... En lentas horas, o dormido o soñando, al cielo abiertas las cristalinas lentes de sus ojos, quizás aguarda el renacer del alba en las mudas tinieblas; quizás finge el nacer de la luz; flor de la sombra ósculo virginal de las alturas en el informe caos...

El perfume, esa esencia no muerta de las cosas, en las flores le viene: ¡Son los lirios! cuya tenue fragancia, cual del cielo, pasa impalpable como el éter, pura como aliento de un niño; ¡son las rosas! símbolo de la vida y alegría de la gentil Naturaleza, abiertas al rocío, a la brisa, enamoradas,

ebrias de la pasión de la hermosura! las humildes violetas que se entregan con caridad inmensa al suelo, al viento; el nardo, ánfora viva de alabastro, que empapado en su aroma languidece, y se inclina a morir...

¡Ay las memorias! regreso a la distante adolescencia, a la patria primera, al suelo, al cielo, a la vida, al calor. Allí el paisaje de la tierra natía: árbol florido se mece al aire, inclínase la rama sobre la fuente que suspira y tiembla arrullando a las flores. Canta el ave en la vecina selva... ¡Oh apacible aurora del amor! Una doncella bajo el párpado esconde la mirada, quiere huir y no acierta; sus mejillas que a la emoción palidecieron, luego se encienden al rubor. ¡Amor que nace como el primer capullo! Es la soñada, la incomparable y casta prometida! ¿Cómo olvidar la escena, en que dos pechos a compás palpitaron, y dos manos se enlazaron de amor estremecidas?

ΙV

—Rosas de quince abriles te coronan, albor de mi vejez, Débora, en vano. ¿Cómo verte pudiera, núbil, blanca, botón recién abierto, en mis ruinas? Yo, escombro triste, que a morir se entrega, siento cerca de mí, brotar hirviente

el renuevo sediento de rocío, temblando de emoción, que el oro al fondo mostrará de su cáliz, el misterio del amor de las flores... ¡Vida mía, sentirte y no mirar de tu hermosura las nuevas maravillas! Qué suplicio mayor habrá para el mortal esclavo, a quien no quiso conceder el Cielo sino el perfume de la flor postrera de sus cansados años, tronco estéril que ama su última flor...!

La pobre Niña a los brazos se lanza del Anciano, para darle calor; su fresca boca cual enreabierta rosa se despliega, en la pálida frente de su padre, que a aquel ósculo intenso se estremece, blancos cual los de un muerto levantando sin mirada los ojos. Y habla al Cielo con las saladas aguas de sus ojos, que no miran, mas lloran: ¡el destino de llorar es eterno! ¡Ojos humanos para llorar nacidos! perder pueden la dulce imágen, el gentil tesoro de la luz; mas al fondo, al fondo, queda la inagotable fuente de las lágrimas...

Pasa la mano temblorosa encima de la frente de Débora; en sus ojos que a sus caricias pliéganse llorando.

Los hunde sobre el blando terciopelo de sus turgentes, húmedas mejillas, do bulle, en ritmo tumultuoso, ardiente la adolescencia... El Viejo piensa luego: ¿Quién a esta flor de su alma, que se entreabre arrancará del tallo?... Palidece, cuando sospecha que alguien, más dichoso, dueño será de esos hechizos suyos. ¿Qué viento arrancará de los estambres

de la flor virginal el agua el oro?

—Débora, cuando yo la frente incline sobre la piedra de la tumba, en esos años qué largos vivirás, bien mío! [ay! qué será de tí? quién a tu lado al tallo será arrimo, cuál la rama que te dará su sombra? Mente loca! [ay como te adelantas al futuro! Vas por ignota senda, y te aventuras en la mansión de las tinieblas...

¡Basta!
Vivamos el presente! No el tormento
de venideras luchas martirice
la enferma fantasía. ¡Qué este llanto
de la postrera edad adusta ofrenda,
te guarde, hermosa mía, y la ventura
tengas, cual premio al llanto de mis ojos!

٧

—¿Oyes el son del aura? Es su armonía como nota de amor. Mas, siento frío! ¡Ay como en primavera, del invierno vienen pronto los hielos!... No contemplas, Débora? Luz, más luz! Florido el campo el espejo del mar, el cielo encima muy azul... Es el alba... Los oscuros ojos despiertan de su largo sueño. ¡Luz! ¡ah la luz! espíritu del mundo, esencia de la vida, alma del alma, cielo, el único cielo!—

De rodillas, Débora llora, en frențe del Anciano, que desfallece en la emoción suprema; pues vió ya el resplandor del majestuoso sol de la otra ribera... ¡Oh muerte, amiga redención de la afrenta de la pena! Ya el Poeta arribó del mundo nuevo a las lucientes playas...

En sus ojos, los párpados, corolas de marchita flor, con besos y lágrimas entorna Débora. Y es la postrimer caricia para los muertos ojos del Poeta, que ya para la luz resucitaron...

.

MIGUEL ANGEL

I

El Moisés

Presente de Dios, espera allí el mármol, puro, blanco. La humana audacia certera lo halló, de la cumbre al flanco, para que el Genio pudiera, isanta hermosura! crearte, arrancada a las entrañas de las ásperas montañas, para milagro del arte.

Allí está, níveo y severo el duro, el inmenso bloque, que espera al Genio altanero, que le tiente, que le toque. El númen las alas bate sobre el Genio creador, en cuya cabeza late el vértigo inspirador.

Se adelanta el Artista. El, que ha soñado en la conquista de la gloria y del laurel, nervioso empuña el cincel, que es la espada del Artista.

Y del Artista valiente, a una herida y a otra herida, el mármol la forma siente, que asoma resplandeciente, con la savia de la vida.

Alma sutil, de la nada ya surge la creación, en las alturas soñada de la ardiente inspiración. En cada hendidura abierta por el cincel, se adivina, sobre la materia yerta, la potencia peregrina, la encarnación soberana, que liga a la mente humana la omnipotencia divina.

Forma tumultuosa y plena ya en la materia palpita, con la grandeza infinita de la hermosura serena.

Del ideal adorable fué el secreto sorprendido, se halló el misterio inefable y el prototipo escondido. ¡Gloria del Genio a la hazafiRebelde Naturaleza
resistió con la rudeza
del risco de la montaña.
Mas él con audacia extraña,
en la lidia desigual,
venció, espíritu inmortal;
y la estatua gigantea,
piedra trocada en idea
se alza sobre el pedestal...

* *

¡Es Moisés que rigió las tempestades, el león de los líbicos desiertos. Reverentes se inclinan las edades ante ese rey de vivos y de muertos.

Rayos coronan la broncínea frente, dentro el volcán estalla de la idea; como entre lavas y ceniza hirviente, la mirada tenaz relampaguea.

Zarza hiriente las cejas, dan paso a la mirada; , cercan como serpientes las guedejas la alta faz inspirada.

La luenga barba en crenchas desenvuc ¡Es un dios: el que espera lanzar el rayo del Olimpo! Vuelve Júpiter, y otra vez habla e impera!

La boca guarda el trueno, y su garganta el soplo de las cumbres. ¡Es él, que dominó, siempre sereno, el mar de las revueltas muchedumbr Calla, escucha, sorprende, en la ladera del sagrado monte, la voz de Jehová, que el rayo enciende, su arco trazando sobre el horizonte:

Cielo que se abre, tempestad que pasa, irresistible viento que las zarzas abrasa y en hoguera convierte el firmamento.

El Genio, con los nervios de la diestra
—cetro sobre los reyes, sin segundo,
de los siglos maestra—
la Tabla enseña, código del mundo.

Palpita y arde en el membrudo brazo la savia del coloso, y en los hinchados labios—regio vaso del numen—bulle, el ritmo estrepitoso.

Le circunda abundosa vestimenta, cual manto de las olas; arrogante, del pedestal sobre la mole asienta su mole de gigante.

¡El inmortal espíritu culmina. Vida dióle la mente engendradora del signo eterno, a que el Artista anima, anima y esplendora.

Nació con la titánica osadía del genio, de la nada en las entrañas: del mármol poesía, ¡parto de bendición de las montañas!

La estatua, engendro de la ardiente y flaca inspiración, que al FIAT soberano brotó en la piedra, ✓ su esbeltez destaca como el antiguo Júpiter pagano. 11

Idolatría

El Artista siente luego el vértigo, cuando mira su obra, que otra vez le inspira, con nuevo esplendor y fuego.

Sospecha que un alma ignota en ese mármol habita; del corazón que palpita oye el compás y la nota.

Y ardiendo en súbita llama de locura de su mente, golpea en la adusta frente de la Estatua.—Y ; Habla!— exclama.

En la soberbia escultura, sube la savia escondida, y la inmóvil hermosura cobra el ardor de la vida.

Y Júpiter, renacido con espíritu inmortal, surge otra vez del olvido, sobre el alto pedestal.

Es el regreso imprevisto a los cultos seculares. Jove, en el templo de Cristo, alza otra vez sus altares.

零 谷

Luego el silencio, lengua del espanto, voz del asombro, en las tinieblas cunde; hálito frío, en tanto, medroso se difunde.

El Genio, en el terror de la caída, ante su obra se humilla, al dios implora, hechura de su mano; y abatida, la frente inclina; póstrase y adora.

Mientras los viejos dioses de la noche, de la corte de Jove, el olvidado, otra vez lanzan el dorado coche en las losas del templo desolado.

Torna el culto que el germen tiene en la blanca carne rebelada: que si los Dioses duermen, la pasión los despierta de la nada...

Mas, se siente después algo que abrasa, luego una luz que ciega; viento impetuoso pasa, alguien en medio de las sombras llega.

¡Es El! El gran Profeta cuyo espíritu vuelve, de ira lleno, vengador, fiero, y a los dioses reta, con clamor como el trueno.

Y su libro de piedra—la escultura de Dios, código eterno y soberano, muestra al Artista, que adoró la hechura, ¡la miserable hechura de su mano! Y el Artista se postra, con profundo temblor, ante el León de los desiertos, que, en nombre del Señor, gobierna al mundo: Príncipe de los vivos y los muertos!

Y de los Dioses el risueño bando huye, cuando en las cúpulas latinas, el Angelus del alba preludiando, estallan las trompetas argentinas.

Ш

La Oración

Y qué? Del numen el empeño, acaso ¿no es sombra de una sombra, no es mentira aroma ténue en corruptible vaso?

Cuando súbita luz la mente inspira, detrás la noche está: voz de un instante, en la profunda soledad espira.

Yo que emprendí la lucha hacia el distante Ideal, y a la cumbre de las cumbres creí arribar, dichoso caminante;

cual de una culpa, hoy siento pesadumbres, cuando torno a mirar la amarillenta senda que tiñen las postreras lumbres.

Y miro, sosegada la tormenta, ya no la barca, orgullo de los mares, que desafió las olas avarienta,

sino náufragos restos de mis lares, del arte y del amor mudos despojos, eco final de míseros cantares.

Yo que he agotado el brillo de mis ojos copiando de la Altura las visiones, siento ya de la Altura los enojos;

pues veo en mis soberbias creaciones el polvo de la nada, y la locura y el tedio de las necias tentaciones. ¡Ay engañoso amor de la hermosura, frágil como la mente que te crea, astro que brillas en la sombra oscura!

Si asciende en vuelo pertinaz la idea, y, visitando un cielo y otro cielo, en su propia grandeza se recrea;

al retornar hacia el nativo suelo, en la aspereza de la forma helada sobre el grosero polvo abate el vuelo.

La inspiración, al polvo encadenada, la tosca carne deshacer espera y redimir la afrenta de la nada.

¿Cuándo, a pleno esplendor, la viajera ánima encontrará, del amplio puerto el Sumo Bien, la Esencia verdadera?

¿Cuándo lo frágil, doloroso e incierto, agua y pan de la mesa de la vida, será lo puro, lo apacible y cierto?

Tu grata sombra a reposar convida, Señor y Rey de la ciudad futura, donde del alma la quietud anida.

Pues todo conocí, pues ví la impura asechanza del mal y la culpable vanidad que en tinieblas se aventura,

isalve verdad, serena e inmutable, que a la postrera lumbre de occidente, muestras al hombre el caso miserable!

¿En ocaso, Señor, quién no te siente, y asomar no te mira por la puerta, a donde llega el resplandor de oriente?

Te busqué yo por la vereda incierta, do engreída soberbia en la jornada el carro de su afán lanza inexperta;

y contemplé mi frente coronada, mi nombre impuse a la orgullosa Europa; y llegado a la meta, hallé la nada.

La nada inevitable! La agria copa agoté, viendo hundirse en la penumbra de mis ensueños la voluble tropa.

Y como un condenado que vislumbra su cierto fin, lloré mi devaneo, a la luz de las tumbas que hoy me alumbra.

Y hoy en la carne macilenta veo rotas las alas ya con que ascendía el alma, en sus abriles, y al mareo

se entregaba del Dios. ¡La Poesía! Aire y luz derramábase en los cielos de un mundo virgen al nacer el día.

Mas el antiguo Caos tuvo celos; y un instante, ese alcázar de la mente como juego rodó de pequeñuelos.

Y hora este dulce amor de la ascendente belleza es vanidad de vanidades, de la humana pasión polvo luciente.

He muerto ya:—las vastas soledades del ponto eterno muéstranme el sendero, que lleva a donde mueren las edades.

VICTORIA, hermana del amor postrero, pues que tu sombra inspiradora sigo con el encanto del amor primero;

porque inmortal amor tuve contigo, del momento final en la grandeza, por la piedad de Dios, ven a tu amigo.

Guíame allá do la alborada empieza; y de astros nuevos por las lácteas vías, llévame al fin a la inmortal belleza.

Buen pajecillo Urbino, que seguías mi paso cual lebrel amante y tierno, y huiste antes que yo de las sombrías

miserias de este siglo que al Infierno se entregó entero; pajecillo Urbino, condúceme al reposo sempiterno.

Amigos! Soy ya vuestro! Al cristalino Ponto! ¡Es la hora de partir! Alcemos el ancla... ¡Salve, Espíritu divino! ¡Amigos, ya 'llegamos, ya le vemos!... i

LOS RUISEÑORES DE ORFEO

Murió el Tracio a la venganza de las Bacantes bravías: turbó la lira sus juegos, el canto las perseguía. Ellas en siniestra danza, de furor enloquecidas, arrancaron la cabeza del Vate y su ebúrnea lira; y juntas las arrojaron del Ebro a las turbias linfas, a que avancen, a que lleguen a la ribera marina.

Cantos del muerto poeta, sones de su ebúrnea lira a las montañas saludan de las riberas floridas, do ruiseñores de Orfeo vagan en la selva umbría; y del nombre de su Amada se oye la dulce armonía, que el muerto poeta nunca a su muerto amor olvida.

Y la lira y la cabeza al fin a la costa arriban, y muchedumbres acuden para escuchar su armonía. La cabeza del poeta salvan de las turbias linfas. y luego en tierra la ponen bajo las ramas floridas de un bosque que el linde cierra de la ribera marina. En el Apblíneo templo, del altar, cuelgan la lira; la que domó la aspereza de las tormentas bravías, la que a las fieras del campo, congregó a su voz rendidas. la que se abrió al orco entrada, por devolver a la vida, a la Amada del poeta que la canta todavía. Desde entonces, en la playa del mar las musas habitan; y en el Apolíneo templo suena en la noche la lira, y en el sacro bosque, asilo de las Musas compasivas, la cabeza del poeta, bajo unas ramas floridas. con el inspirado aliento de un Dios inmortal, da vida a un nido de ruiseñores, que en perpetua melodía, con el ritmo de sus cantos

pueblan la selva tranquila; cuando a la luz de la luna, sobre la tumba escondida del Tracio, quejas estallan con tormentosa armonía, a la que responden tristes del Ebro las turbias linfas; y en los altares de Apolo, la inmortal, la sacra lira!



LA PRIMERA TARDE

Es todo lo que no cabe dentro del lenguaje humano.

A. L. DE AYALA.

Cansada de correr a la ventura, llega a orillas del mar con la locura de la caída y del terror. Es Eva que en las entrañas y en los ojos lleva todo un mar de amargura.

Es la primera tarde. Agonizante, el sol se oculta y la penumbra crece, ya de sombra enlutada.
¿Talvez el mundo tornará a la nada?
¿Dios a nuevas venganzas aparece?

Otro misterio empieza.

Moribunda quizás naturaleza
para acabar se aduerme;
y ante el arcano, desolada, inerme,
siente la plenitud de la tristeza.

Pero, la hermosa Loca párase en alto de empinada roca, entre dos infinitos—el del cielo y el del mar.— Y en las ansias de su duelo a su perdido Dios en balde invoca.

Ante el mar sin ribera, ante la oscura ilimitada esfera, siente vértigo y frío, un frío intenso, como la mar de su dolor inmenso inmenso, pues no espera!

Que cada vez asoma más lejana del dulce paraíso la mañana: quedóse en las florestas misteriosas con tantas bellas y perdidas cosas de la primera omnipotencia humana.

Huir ansía como herida cierva por los blandos senderos de la yerba, su dolor en los antros ocultando. Y el cansancio la enerva, y queda al fin inmóvil sollozando.

Mas, se yergue después... Que se prepara algo incógnito: el mármol de su cara se anima con los tibios resplandores de ocaso; presa en súbitos ardores, de frente mira al sol, grita y se pára.

Luego el llanto... No es llanto solamente el que subir hasta los labios siente: es un alma, alma nueva que crece y se subleva, insprada y ardiente.

¿Qué será? De la nada el soplo inerte que trae al mundo el Vengador, el Fuerte? ¿El castigo final que lanza el cielo:
—Hija del suelo tornarás al suelo—
¿Es ésta la promesa de la muerte?

No! Que Eva se alza en actitud hermosa, con la pasión ingenua y misteriosa, la invencible emoción desconocida, la plenitud y llama de la vida, transfigurada, espléndida y radiosa.

Es que llegó la inspiración sublime, que aunque tremenda el corazón le oprime y tumultuosa ahoga en su garganta; transforma a la Proscrita y la levanta y su culpa redime.

Ya no vencida lo imposible implora: que va a lanzar ahora el grande verbo humano: el ritmo de las almas soberano y la nota magnífica y sonora.

Y, conjunto de acentos rugidores, de quejas, de clamores, de ruegos, de gemidos, nace el canto, explosión de los sentidos e idioma del dolor de los dolores.

Así, temblando de pasión, altiva canta: la llama de su numen viva le devuelve el fulgor de la hermosura; y del Edén le torna a la ventura, la adorada ventura primitiva.

k si

La nueva encarnación de la belleza transformó a la gentil Naturaleza, que sin consuelo y voz languidecía. Desata el manantial la melodía, la nueva vida empieza.

Y las olas ayer enfurecidas, se extienden a escuchar estremecidas, del canto a los insólitos rumores; sobre el tallo desmáyanse las flores; las aves se querellan como heridas.

Del muerto, no olvidado paraíso es el idioma con que el cielo quiso curar la herencia de dolor profundo: verbo interior, espíritu del mundo, de la humana pasión grito improviso.

Y, signo de los signos soberano, de lo inefable, incógnito y arcano, era estridente y rápido, ya suave, desbordante no cabe dentro del vaso del lenguaje humano.

Que del alma en los límites suspensa, que siente y que no piensa, que languidece y calla, es otra alma que estalla, rayo de la pasión, como ella intensa.

De las tormentas de la vida el grito, la voz de lo infinito, de lo amado y perdido la memoria, intüición magnífica de gloria, el ensueño y regreso del proscrito. Desde esa tarde en que Eva sin ventura sintió con la locura bullir en sus entrañas la armonía, que súbita ascendía, nueva forma de límpida hermosura;

del cielo voz y rima peregrina, de la tierra clamor, canción marina, eres aquí el universal idioma del aire, el agua, el tigre y la paloma, música excelsa, música divina.

Són de las primaveras, acordado compás de las esferas, aura que en el jardín pasa gimiendo, del huracán estruendo, rumor de selvas y rugir de fieras.

En los nidos arrullo, cierzo que besa el límpido capullo, con rocío crecido, de la fuente en las gramas el rüido, del insecto en las flores el murmullo.

* *

¡Oh buena madre de la humana gente, con tu voz dolorida y penitente, la lengua para hablar a Dios nos diste; y ásí con la emoción nos redimiste de aquel acorde excelso de tu mente! Con él, en la diaria contienda, el hombre eleva, solitario su alma con el clamor de sus querellas, que suben más allá de las estrellas, con el compás de amor de la plegaria.

LA MUERTE DE ADONIS

Sobre la arena dormido yace, botón de lirio marchito ya. El mar las leves ondas deshace sobre la playa: llorando está.

Que ha muerto Adonis! Un monstruo fiero, amante y loco de amor, le hirió!
Capullo Adonis de albor primero sobre su tallo se deshojó.

Púrpura brota la herida abierta, del lirio tiñe la tersa faz. Clamáis en vano, que no despierta, yace en la arena dormido en paz.

Sobre las ondas ved: se adelanta la hermosa madre, Venus gentil: Pone en la orilla la leve planta y de su blanca mano el marfil. Mira temblando, de sus entrañas aquel pedazo callado ya. .

Grita y su grito por las montañas con eco triste rodando va.

Oscuro el cielo, mira su pena, sordo a las notas de su clamor: gime tan sólo la mar serena, sensible al grito de su dolor.

Ay! al capullo de nieve y rosa no sus caricias animarán; la luz en vano su rayo posa sobre su ojos: no brillarán.

Cubre de besos la abierta herida, dale el aliento, dale calor Pero ay! su vaso quebró la vida, vaciando el limpio, rubio licor.

Mirando aquellos yertos despojos, la angustia siente tenaz surgir; del mar las aguas siente en los ojos; jella quisiera también morir!

Luego el marchito botón de nieve a quien no pudo resucitar, cubre de espumas con gasa leve en esa blanda cuna del mar.

Donde ella hermosa naciera un día como primera lumbre de abril; donde del ponto con la armonía su blanda forma cuajó el marfil.

Tumba apacible do el muerto niño yace en el muelle lecho de amor. La mar le arrulla con su cariño y las querellas de su dolor.

¡Oh poderosa belleza suma! Vive su eterna forma sutil: el tiempo en mármol trocó la espuma! que guarda al dulce niño gentil.

Como las hojas, como las flores, viento de olvido su amor secó: la madre tuvo nuevos amores, no su ternura resucitó.

Mas en las leves espumas queda, memoria eterna de Adonis ya. Ese capullo de nieve y seda vive en el Arte: no morirá.

Guardó el tesoro de su hermosura el mar, las tersas líneas guardó. Es la primera, blanca escultura do la belleza se transformó.

Que tú has creado, Naturaleza, para las Artes lengua triunfal, engendradora de la Belleza, ¡de la Belleza, diosa inmortal!



HOJAS DE AGANTO

La madre sin ventura va a la tumba de su hijo, a dejar como ofrenda postrimera el blanco canastillo.

Ramos de acanto y verdinegra encina empapados de llanto en el rocío, en la cesta se juntan, como últimos amigos, del que en la tierra duerme: del Amado, del Hijo...

Y encima, roja y negra, corona el canastillo, hija de los amores de la llama, rústica teja, en armonioso aliño.

* *

¡Tierra, fecunda y amorosa madre, al muerto abraza! ¡Es su hijo! Dale el calor del germen, la ternura de sus amores íntimos.

Sube la savia, desde el fondo, sube la vida inextinguible; y en el frío sepulcro, extiende sus raíces breves con maternal instinto.

¡Es la vida en la muerte, la eternidad del sér desconocido, arcano de los seres y los mundos finitos e infinitos!

Y la rama de acanto de un tronco ya marchito que la Madre arrancara, y que sentía helarse con el frío; hoy plantada en la huesa del Amado, del Hijo, al calor del sepulcro, a las caricias de la tierra y del sol, cuando el suspiro del viento entre las hojas le decía su adiós, el adiós íntimo; se irguió, resucitó: lenta la sangre subió de la raíz a los marchitos estambres, conmoviéronse las yemas; blando el tallo se abrió, de amor herido.

¡El amor de la vida! La corteza dió paso al nuevo sér, que en el rocío de la azulada aurora, infante se asomó, recién nacido... * *

La verde rama encima levantóse en misterioso signo, en graciosos contornos, coronando la roja teja, el blanco canastillo.

Y ese portento mira extasiado Calímaco; y allí un Numen le enseña el nuevo idioma del Arte, el grande idioma de los siglos.

Esas hojas que ciñen sobre la teja el breve canastillo, en dibujo de rústica armonía, con misterioso ritmo, son la columna altiva, la adorable columna de Corinto.

De las tumbas nacida, ¡oh hermosura del mundo de los mundos infinito! Perdurará tu imperio en largos años y portentosos siglos!

Selva de bronce y mármol,
las aéreas columnas, en el límpido
fondo del cielo azul, iluminadas
por el sol, se alzarán, perenne signo
de la belleza, engendro de la vida,
de la tierra nacido,
al calor de la luz, que hasta en la tumba,
con misterioso instinto,
creó las inmortales
formas, del Arte, Espíritu divino.

Que la Tierra dió al Arte hojas de acanto en ramo florecido: después, la primavera del Arte, al sol de siglos y de siglos, con las flores cubrió de su hermosura los continentes, a su amor rendidos; y el mármol remontóse hasta los cielos, índice que señala lo infinito.

LA LIRA

¡Triste Orfeo! Volvió de las playas del Orco sombrías, sin traer a la esposa: perdióla su amante codicia.

¡Ay, ventura fugaz! no se encuentra la dicha perdida: sólo quedan, abismos sin fondo, las almas vacías!

Y Ilorar! que las lágrimas sólo nos dan la infinita, la apacible quietud, la callada belleza tranquila.

El dolor es el Arte, hermosura llorosa y proscrita, que soñando... soñando y gimiendo, por fin, se resigna.

Y cubriendo con ramas y flores las yertas cenizas, ha trocado los roncos sollozos en blandas caricias.

* *

Haré eterna mi pena.—Así Orfeo pensó... Bien decía:
 Aunque has muerto, a mi amor resucitas, pasión de mi vida.
 Que si, al fin, no despiertas al grito de mi amor, dormida
 te hallaré, del dolor en la muda, belleza tranquila.—

Fué al sepulcro, do muerta la esposa ha tiempo dormía: ha dejado a su Amante, que aun gime, las formas marchitas...

—Vivirás, vivirás!— Los despojos rugiendo quería con el soplo de su alma de fuego, tornar a la vida...

Animar intentaba las formas, ha tiempo dormidas; las que, al soplo imperioso del genio, sentir parecían.

* *

Las entrañas llevóse consigo, sangraban aún vivas, palpitando con notas ocultas, plañendo caricias, Y del tiempo al volar, el poeta, al fin, las veía cómo iban, cual ramas sin savia, quedando sus fibras.

A su pecho secólas: gemidos en ellas oía; ritmo oculto de un alma invisible del cielo venida.

Las entrañas cual cuerdas quedaron con llanto tejidas: siete cuerdas de amor gemidoras, sonaron un día...

Siete cuerdas con oro anudadas a la urna apolínea del ciprés, que corona las tumbas: ¡La lira, la lira!

Lengua eterna del mundo y del cielo, vital poesía, que el dolor a las cumbres eleva y el alma ilumina.

¡Grande Orfeo, el poeta primero! tu amor ¿quién olvida que a la Amada arrancó las entrañas y de ellas la lira?

¡Lira! oh ala del alma que busca la cumbre infinita, lengua eterna de cielos y tierra, gentil poesía!

. · ·

LA DESPEDIDA

Es la tarde, en que espera, en la aromada orilla, choza de pescadores del sol la despedida. Es la cabaña humilde donde soñando habita la virgen de esas playas la encantadora Lida. Llega el sol con colores, con las sutiles tintas de misterio y encanto de amor y poesía. Golpea con gemidos el mar en las orillas: allí las blancas velas la barca al viento inclina, como alas tembladoras de una paloma tímida, que luego irá a ensayarlas en turbias lejanías.

Presto en la barca Doris irá buscando a prisa, en ignoradas aguas, venturas o desdichas...

Ya asoma el Nauta hermoso; ya llega; se deslizan, con amoroso halago, sus brazos sobre Lida, que al seno del amante, como una flor marchita, temblorosa y bañada de lágrimas, se inclina. Siente él que rueda el llanto también en sus mejillas: lo cierto de la pena, lo incierto de la dicha!

Ya en los mares lejanos el sol el disco inclina, y en los opuestos mares la luna asoma y pinta, con oscilantes vuelos de la penumbra esquiva, el muro de la choza, donde soñando habita la hermosa de esas playas, la pescadora Lida.

Doris el umbral salta:
la triste despedida!
Un instante, voltea
la faz, y a la tranquila
luz de la luna, adviértese
de Doris la furtiva
imagen en la sombra,
que en los muros oscila.

Es la imagen de Doris que tiembla estremecida, dentro de los contornos y las sutiles líneas de un misterio de sombra, de luz y poesía.

A Doris que se aleja su Amada ya no mira: la imagen sobre el muro halla tan sólo Lida. En el hogar que humea para la cena, a prisa negro carbón arranca, caliente todavía. Diseña sobre el muro con él la faz esquiva de la sombra que deja con la movible línea, la esencia y el contorno, y allí la imagen fija del misterio inefable de eterna poesía.

El Amado no vuelve. Del mar en la sombría playa estará vagando a solas su barquilla. Pasan con sus angustias las horas y dos días torna la luna nueva, y desde el cielo mira, no la blanca cabaña do la ventura habita sino el lloro en el rostro de la amorosa Lida. Ella en el tosco muro trazó la forma esquiva, que al rayo de la luna,

temblando parecía despertar al encanto de súbitas caricias. Lida, burlando al tiempo, salvó la faz perdida, del Amante; y cayendo ante ella de rodillas, del Arte rindió el culto, que el polvo resucita y en la materia enciende la llama de la vida...

¡Oh leyenda de Grecia, la de diosas y ninfas, que el sol baña y'el viento con besos acaricia! Oh leyenda que nutre la dulce poesía, la poesía, encanto de las azules islas, donde las olas vienen con perlas a la orilla, donde las olas cantan las inmortales rimas, donde la luna el rayo en las chozas desliza, a dejar del ausente la traza fugitiva: la luna-blanca diosa que el Arte hermoso fija con luz,-pincel eterno del Soberano Artista....

LA FUENTE DE LA VIDA

A Manuel J. Calle

ì

Flor de los Ponces de León, el viejo Don Juan, grande señor de la Montaña, bravo en la guerra, sabio en el consejo, fué prez de su solar y honor de España.

Aunque, al contar setenta primaveras debió agostarse el árbol de su vida, las dichas siente de su edad primeras y renacer la juventud perdida;

cuando contempla los catorce abriles de su adorada Estrella, linda rosa de los patrios pensiles, que se abre al sol, magnífica y hermosa. Recuerda como, en improvisa fiest su esposa Doña Inés, que de Dios gor con un botón de flor sobre la cesta alegre, un día, en el umbral, mostróse.

Era Estrella! presente que a su cansada soledad hacía un amor delincuente, que el fruto de sus cuitas escondía.

1.1

El noble Ponce de León sentado junto a la rumorosa chimenea; el frío siente del invierno helado que en sus marchitas carnes se pasea.

Pero, risueño a su Adoptiva mira, que en esas noches largas, en la negra tristura, ardor de adolescencia inspira y la doliente senectud alegra.

¡Cuan bella! Por la piel de terciopelo la sangre hirviente púrpura derrama! ¿Es el pudor pór donde asoma el cielo, o del incendio la primera llama?...

Se hincha, cual de las aves el plumaje, en suaves ondas el ebúrneo seno. Tiene algo de nativo y de salvaje aquella flor espléndida del cieno;

a la que Dios, en sus piedades, hizo según la ley de su inmutable norma, con la línea, el contorno y el hechizo del más risueño encanto de la forma. Y don Juan, contemplando floreciente tanto primor con avarientos ojos, de juventud y amor codicia siente y de una oculta pena los enojos.

¿Es la pasión? ¡Pero ella es imposible! Una flor de la fresca primavera nunca el tallo flexible al tronco anuda de la edad austera.

Y se sienta la Niña en las rodillas del cariñoso Anciano y besa sus escuálidas mejillas, dále a besar la palma de la mano.

Y al corazón del viejo Caballero aunque viejo, gallardo y siempre hermoso, vuelve el calor de la ilusión primero, que le despierta al fin de su reposo.

En la dura corteza de la robusta encina, hace brotar también Naturaleza del capullo la pompa esmeraldina.

La corteza se rasga con la herida del invencible amor; surge la yema, la génesis eterna de la vida, tel inmortal problema!

Y, otra vez, renovada la existencia, renace la estación de los amores; la savia asciende cual sutil esencia, y el tronco brota las purpúreas flores.

Y aunque después las lágrimas de duelo el tronco cristalice entre las grietas, serán al fin incienso para el cielo, y tendrán del diamante las facetas... Pero, afanoso, en el destino piensa el Viejo, de esa núbil hermosura; su fantasía, en inquietud suspensa, sorprende una suprema desventura.

Que es vanidad en medio del invierno la flor primaveral; que no es posible el tiempo volador hacer eterno: ly que volver a amar es imposible!

Y, apoyada en la diestra la cabeza, mira hacia atrás y sus delirios mira; y aunque la savia rasgue la corteza y reviva el calor, calla y suspira...

Ay! luego será el tronco ceniza, a las caricjas de la hoguera. Ya oye el chirrido de la llama bronca: en la carne que gime, antes que muera.

Sólo es para los besos de la llama su inútil cuerpo... En vano quiere resucitar, sonríe y ama: ¡breve ilusión del término cercano!

No tornan las primicias de la dulce estación, ya no vuelve esa pasión engendradora de caricias: la verdad abre el seno de la huesa.

111

Una noche de aquel tan largo invierno a su Señor, Fray Marcos de la Cueva dice, inspirado en interés fraterno: —Sepa, Vuesa Merced, una gran nueva. Mi amigo Don Hernán, el caballero que fue a las Indias hace tantos meses, y arribó a una Península, el primero, tras largos derroteros y reveses,

me escribe ¡admiración de toda gente! que en su tierra, que llaman la Florida, brota una oculta fuente, llamada allí LA FUENTE DE LA VIDA.

Que al probar de sus aguas, la cansada vejez renace a juventud dichosa: que es la fuente encantada do la postrera edad tórnase hermosa.

—¡Pardiez! stice Fray Marcos, vuestra ciencia de pensador austero juzga aquello verdad?—con insistencia exclama, pensativo el Caballero.

—¿Qué nó? Y a un fraile viejo, cegará la ilusión de los engaños? ¿De caballeros Don Hernán espejo, dirá mentira a un hombre de mis años?—

Algo como la luz de un nuevo mundo llega a Don Juan. ¡Oh grata providencia! que en ese suelo espléndido y fecundo Dios haya puesto el agua de la ciencia.

¡La ciencia de vivir! Que la hermosura pueda volver a la corteza humana; que el leño a vestir torne la verdura de su perdida juventud lozana!

1 V

Y cada vez, Estrella más gallarda se muestra įvirgen de su raza orgullo! La flor de su belleza ya no tarda en abrir el misterio del capullo.

Ella en pasión filial enloquecida, sobre los brazos de Don Juan se enreda; y él siente el calofrío de la vida que aún al fondo de sus venas queda.

Es el sol, que en ocáso, ensaya aún la luz de la mañana... Nuevo calor agita el cuerpo laso: —¡Que no venga la muerte, es tan temprana!—

Y a los halagos de la vida, el fuego sintiendo de pasiones no apagadas —¡Deja dice, hija, en cariñoso ruego; declinan ya mis carnes fatigadas!

Y cavila.—¿Por qué tentar amores? no reverdece ya la rama seca. En vano el alma se desata en flores, cuando en ceniza el corazón se trueca.

Y la Niña, llorando, piensa quizás del Padre en el desvío; y huye, mientras el Viejo meditando, mira y mira en el fondo del vacío.

Y una sien apoyando sobre el dedo, la vista lleva hacia un rincón, do asoma ¡Doña Inés en el lienzo! tiene miedo, y del sillón al fondo se desploma. ¡Inés! amor de los floridos años! su belleza, prodigio de belleza! En esos viejos tiempos casi extraños, ¡cómo fue del amor la gentileza!

¡Cuán distante esa edad! De aquellas bodas, en una casta y límpida alborada, recuerda y cuenta las caricias todas, y esa explosión de amor nunca acabada.

¡Nunca acabada! Que otra vez del fondo de la memoria brota el amor: amor fiero y amor hondo, de música inmortal intensa nota.

Ah! si de Estrella ante el botón de rosa su mocedad resucitar pudiera; la buena Doña Inés, desde la fosa, talvez, por compasión, los bendijera!

¡Prodigios del amor! La yerta rama aún puede nutrirse de verdura, con el ardor de inextinguible llama, en la última emoción de la ventura!

¿Es imposible, acaso, resucitar la juventud perdida? ¿No brilla el sol también en el ocaso, y no existe LA FUENTE DE LA VIDA?

Por su cruz y su espada, irá el Hidalgo, el fuerte al mundo nuevo. Allí, en agua inmortal, regenerada, dará la rama juvenil renuevo.

Amar podrá otra vez, con la ternura de su primer amor: que la corteza, al brotar el botón, de la hendidura, llorará, en la emoción de la belleza. Sus lágrimas serán, cristalizadas, diamantes que se cuajan, el inerte leño al reverdecer. ¡Ansias colmadas desafío a la injuria de la muerte!

¿Bajo el manto de nieve, no vive aún el fuego que no acaba, que presto el manantial sonante mueve y lo empuja hacia abajo, en onda brava?

¿Por qué negar a la marchita rama un instante de luz y primavera? ¡Qué ame hasta el fin el que de veras ama; y así cumplido su destino, muera!

ν

 Es forzoso partir. En otra playa mi yerta ancianidad se regenere
 Estrella al claustro vaya,
 y en grata soledad mi vuelta espere.

Puedo aún sustentar con diestra mano el hierro heroico que blandir sabía: nunca muere en el pecho castellano por su amor y su patria la osadía.—

La hermosa Estrella triste a su Padre se cuelga; entre sus brazos, la yedra que a la ausencia se resiste, el árbol aprisiona con sus lazos.

Tan solitaria, tan hermosa, Ella, que el materno calor no ha conocido ¡desventurada Estrella! es hija del olvido, y va al olvido! Es su primera, su espantosa pena, en su reciente soledad que viene! El Cielo a desventura la condena: ¡inclemencias así que el Cielo tiene!

—Ya volveré, hija mía, en muda agitación, clama el Soldado. Allá recobraré mi lozanía, y gentil como fuí vendré a tu lado.—

Y cuando va a decirle la promesa de su amor, vuelve atrás, y tiembla y calla... Que la Niña no sepa cómo es esa pasión de fuego que en la nieve estalla....

¡Solemne instante! ciérrase la puerta del monasterio! En lucha congojosa, Estrella como muerta, tras el umbral rodó sobre la losa....

Mientras sale del claustro el Viejo, erguido; sus ojos lucen cual carbones rojos; apaga en la garganta su gemido, las lágrimas se arranca de los ojos.

Y—¡Valor!—Fray Simón clama sereno. —Confiad en Dios, Señor, que a vuestro gusto, mancebo tornaréis.—El Caballero torna la faz al monasterio adusto,

donde esa flor que despuntó a su pecho como arrancada de su tallo, queda. ¡Se ha dicho, y será hecho! que volver presto a sus encantos pueda!

Y jadiós!—clamando, sin llorar el llanto que no sale a sus ojos, en el seno lo ahoga. Fray Simón añade en tanto:
—Partid en paz, Señor, que Dios es bueno...

٧l

¡España, adiós! En la gentil Sevilla, Ponce toma la nave, en donde, Adelantado por Castilla, a la India va. Si volverá no sabe.

Y al ver que del hispano suelo se aleja, piensa, no en la gloria, ni por la fe de Cristo va el Anciano, a escribir una página de historia.

Pues sabe el Cielo que el amor empuja al Viejo a una región desconocida de misterioso ensueño, que dibuja allá, para él, LA FUENTE DE LA VIDA:

De do vendrá con plena lozanía a los brazos de Estrella, a su albedrío encadenando el tiempo, que sería para él entonces el perpetuo estío.

Fray Inocencio, el Santo, le acompaña: la fe le lanza al tenebroso oceano. Si Ponce va por amorosa hazaña va por amor de Dios el Franciscano.

Y cuando su ilusión el caballero cuenta y en el engaño se recrea, en humilde actitud el Misionero mirando a lo alto exclama:—¡Qué así sea!—

V11.

En frente está la playa americana, explosión de gentil naturaleza, que se extiende gigante y soberana, con su salvaje, tropical belleza.

Gobernando brioso su mesnada el viejo Capitán, en son de guerra, en una y otra desigual jornada, por suya tiene la vencida tierra;

Donde la sangre baña, licor fecundo que el progreso vierte, el mar y la campiña y la montaña, y a lo alto sube, cual vapor de muerte.

Y es suya la magnífica espesura y la tierra Florida... Allí, como un espejo de frescura está la ansiada FUENTE DE LA VIDA.

Se dibuja el azul sobre la linfa, el agua el borde besa, en oleadas. Fuente así tan gentil no hay quien la finja, ni en la mansión de ensueño de las Hadas.

La mirada del alma de Ponce va al distante monasterio, a Estrella solitaria. Al fin, la calma llega como la luz, de otro hemisferio.

Y en la fuente su imagen mira y mira; y en el cristal movible de su espejo, ¿es verdad o delira? ya no se encuentra viejo.

Después, por la ilusión enloquecido, viendo alzarse la imagen de la Amada, cobra un ardor inmenso su sentido: es el calor del alma enamorada.

Se arroja al fondo. El agua tembladora en círculos le estrecha: es la caricia de nueva vida, que gallarda ahora con el encanto juvenil se inicia.

Mas, al salir de allí, súbito siente frío, un intenso frío. Quiere tenerse en pie: desfalleciente, rueda, casi perdido el albedrío.

Pero, vendrá el calor, y el calor viene después sobre sus miembros ateridos; sofocante calor, calor que tiene la terrible explosión de los sentidos.

En la fiebre, su mente va delirando al claustro, donde espera la hermosa adolescente, llorando tras su rubia cabellera.

Su nombre en el delirio, de la boca de Ponce sale con el turbio aliento; ese hálito caliente que sofoca, por do se abre rugiendo el sentimiento.

Sentimiento tenaz que no declina, por detener del tiempo el raudo paso; sol que a morir con resplandor se inclina, y ardiendo se despeña en el ocaso.

VIII

De la remota España le escribe Fray Simón:—Temblando os digo: Señor, el llanto mis pupilas baña, yo de vuestra desdicha fuí testigo....

Y añade el Capellán:—¡Horrendo duelo! aquella flor a padecer nacida, fue trasplantada al cielo, a la dichosa FUENTE DE LA VIDA.

Y al apagarse la vital centella de su hermosura, cuando todo acaba, su postrera oración la pobre Estrella alzó a Dios por su Padre que le amaba.

Anublados los ojos, no lee más. Como león herido, ese montón de inútiles despojos, batallando en el lecho da un rugido.

Y en largas horas lentas, quédase inmóvil con la faz velada por las crispadas manos; soñolientas, ya las pupilas, de llorar cansadas.

1 X

Mientras Fray Inocencio con ternura,

—Volved a Dios, que vuestro bien espera,—
dícele: que allí está toda hermosura,
y es fuente de la dicha verdadera.

Cuando el dolor tremendo desanuda el dogal, en la Niña soñando, en actitud hosca y sañuda, pide el corcel y busca la campiña.

Do la fuente engañosa duerme insensible al revolar del viento. En el fondo del légamo reposa, y esparce en torno ponzoñoso aliento.

Y él se lanza a las aguas, con tremendo empuje, adentro, al fondo de la sima; cruje sonante estruendo, y asciende el agua borbotando encima.....

Salta a la orilla, tiéndese en la grama; y otra vez frío, como soplo inerte, el Viejo siente que en su ser derrama algo así como un hálito de muerte.

El calor tornará... Pero no tornal ¡Es el frío sutil de otra ribera! El Anciano adalid la vista entorna ante la imagen de su amor postrera;

mientras Fray Inocencio, levantando el Crucifijo, en oración sentida, clama, con dulce acento, sollozando:
—¡Oh Dios, única FUENTE DE LA VIDA.

LA ODISEA DE UN MUERTO (*)

Con motivo de la traslación de los restos de Cristóbal Colón a España, en 1898

ı

Una vez... En silencio majestuoso, el de heroica osadía, el Genio hacia el OCEANO TENEBROSO lanzó la nave.

^(*) Cristóbal Colón, ordenó, al morir, que sus restos, con sus cadenas, fuesen al mundo por él descubierto; y del que regresó, la última vez, encadenado a España. Sus descendientes cumplieron el mandato del gran hombre, cuyo cadáver fue conducido a la Isla Española, donde reposó largos años, hasta que la ocupación de ella por los franceses obligó a los españoles a llevarse consigo la tumba del famoso Almirante, a Cuba. En las postrimerías del siglo XIX, cupo a los restos del infortunado Descubridor emprender quizás la última peregrinación. Libre Cuba de España, los peninsulares, por excusable venganza, trasladaron los restos de Colón a Sevilla, donde se encuentran, Y jes lo triste recordar que, en esos días de suprema angustia, el populacho apedreó el féretro del Padre de América; quién, contra su voluntad regresaba – muerto – a España. La desaconsejada multitud achacaba tal vez las postreras desventuras de la Nación al descubrimiento del Nuevo Mundo, de donde acaba de ser proscrito definitivamente el cetro español.

¡Singular portía la de esa improvisada carabela, que, intrépida gaviota, las alas suelta de la frágil vela hacia la tierra ignota!

¿Dónde la tierra está? Mares y mares, aparecen y nuevos firmamentos, luce el cielo con otros luminares, soplan alisios vientos....

Las nubes de oro y púrpura cambiantes y las olas dormidas: otro mundo, otro sol, no vistos antes, y flotando las algas florecidas.

La aguja tuerce el rumbo: es el vacío y el terror—el terror del abandono; salta como un león el albedrío, y despierta el encono.

Ruge el despecho, al fin: a la batalla apréstase tenaz la humana fiera. El torbellino de la lucha estalla, en esa soledad, por vez primera.

Mas, el Genio, de lo alto de la prora, señala entre las brumas, a la luz de una noche encantadora, una isla, como flor de las espumas.

Y, génesis de un mundo, asoma al despertar de la mañana, escondida en el límite profundo, la grande y virgen tierra americana. ¡Voluble gloria! vanidad de fama! Otro día... el final! agonizante, mira apagarse la postrera llama el anciano Almirante.

Y, al inundar sus ojos el agua de su llanto, dice:—¡Que mis despojos al suelo tornen, que he querido tanto!

En ese suelo, en nueva primavera, allí al arrullo de los tibios mares, a la sombra de amor de la palmera, tendrá su nombre religión y altares....

Y va hacia el mundo nuevo, paloma desolada, surgiendo de su espíritu profundo, húmeda con el llanto, su mirada.

Y después, abrazado a sus cadenas, clama:—¡Conmigo vaya este hierro—recuerdo de mis penas, de la India hasta la playa.

Ya ha muerto. La envidiosa asechanza vencer pudo en su empeño. Encadenado entréganle a la fosa y a la piedad del postrimer ofisueño.

Mas, presto compasivo descendiente cumplirá su mandato: vuelva el Genio a su amado continente, y huya del suelo ingrato;

donde no halló, a su fama sino un poco de olvido donde voluble muchedumbre aclama a la nueva fortuna, que ha venido.

Perpetuo peregrino del oceano, otra vez, en silencio majestuoso, lánzanle al mar; y al suelo americano demandan su reposo.....

El fúnebre pendón cubre la quilla de la enlutada nave capitana, do torna el Almirante de Castilla a su adorada tierra colombiana.

Ya se anuncia otra vez, en la brumosa linde y allá do el horizonte cierra, la ansiada playa hermosa, sepulcro para el genio.... ¡Tierra, ¡tierra!

17

Reposa en la isla de su amor, en donde rigió con blando cetro: allí, en el seno de la apacible soledad, esconde las lumbres de su fama....

En el sereno albergue, al són de religioso canto, en la patria de su alma, el grande, el bueno, el santo, ¿al fin, tendrá la postrimera calma?

No! que otra vez de la mansión amada, la enseña de Castilla, del destrozado alcázar arrancada, súbita huyó, tras fugitiva quilla.

Ya la Isla, edén de su ambición, no es suya; ya es extraño ese mar, la tierra extraña. El Genio errante por las aguas huya, tras el pendón de la vencida España.

El pendón que en las tierras y los mares, en las erguidas proras, en el rústico aduar, en los altares, fué timbre y fué blasón;

y en largas horas después, de luto, deshonor y afrenta, a enemigo corcel sirvió de alfombra, y de mortaja lívida y sangrienta de la Nación. ¡Oh veneranda Sombra, ¿el descanso hallarás, en la ribera de Cuba, a donde el cielo te encamina, do hispana gente, tu llegada espera?

Allí, del golfo en la feliz caricia, ajeno a la vergüenza y al insulto, con la aromada brisa que acaricia, tendrá tu nombre bendición y culto?

٧

¡Ay, esquiva fortuna! España triste, canta por tí la musa de la historia una eterna elegía: que no existe nunca sin sombras para tí la gloria.

Cabeza de oro, corazón de roca, en tu vencido suelo americano, la madre fuiste y la madrastra loca: la providencia a un tiempo y el tirano.

Las hijas de ultramar la frente irguieron, rebeldes a las huestes españolas, y a sus bosques huyeron; y tú quedaste con tu orgullo a solas.

Y Cuba hermosa, la postrer esclava de tu harem de naciones, vendió un día tu nombre en el bazar... La gloria acaba! ¡España, aquí comienza tu agonía!

En el viejo solar de tus hazañas, plebeya gente te postró, y el suelo sangre sola empapó de tus entrañas: ¡Iberia infausta! así lo quiso el Cielo! Quiso que el Genio de estas tierras dueño, que a la espalda de heráldicos leones, dormía el postrer sueño, despertara, al crugir de los cañones;

que la codicia astuta, en súbita asechanza, encendió, aliada de potencia bruta, por ajena venganza.

La gloria enmudeció: que el cetro de oro lo usurpó un mercader. Grande Almirante, yacer allí no cumple a tu decoro: de nuevo cruza el tenebroso Atlante.

V 1

¡Silencio majestuoso! melancólica y negra esa mañana! ¡Adiós, oh cielo hermoso! ¡Adiós, oh dulce tierra americana!

De nuevo, infatigable peregrino, repasas el Atlántico desierto! Tumba no encuentras [singular destino! vivo peregrinaste, [vagas muerto!

¡Cuan triste aquella ensangrentada nave, ultimo resto de tremenda lucha, que, en las ondas avanza, muda y grave—, tumba de una nación.

Nada se escucha, no hay llanto en ese séquito de muerte: sólo gimen las olas, pues que abatido ven al noble, al fuerte, y rotas las banderas españolas.... ¡Padre, tornas a España! y no pediste a ella tu último lecho! ¡Tierra! tierra! Con rugir de león herido y triste, suena el cañón, reliquia de la guerra.

Hoy no salen los reyes de Castilla a esperarte en la grande Barcelona: el odio sollozante te mancilla y aquella multitud no te perdona.

No perdona tu gloria, que es su afrenta; contra tu nombre en el desastre clama; y en la locura, insomne y macilenta, reniega de tu fama....

Y en el seno de Europa tus despojos caen, cual piedra en el profundo lago. No hay allí corazón, ya no los ojos: lloran de España el deshonor aciago!

¡ldo habrían mejor esos inermes. restos a lo profundo del oceano: que en una tierra ensangrentada duermes, oh noble Genio, en vano!

¿Por qué a España te llevan, Peregrino, cuando ya España ha muerto? Tu tumba allí vacila: otro camino de nuevo emprenderás, buscando un puerto....

¿Oh no tiene quizás la humana historia para tí patria, admiración y gentes? ¿Que no cabe el martirio de tu gloria en los viejos y nuevos continentes?

LA ALHAMBRA

El Rey Moro dice:—Fátima adorada, el clavel moreno, la rosa de abril, te daré en la cumbre que cierra Granada, para tus delicias, palacio y pensil.

Pondré en el cimiento de aquel las entrañas del mármol—hechura suprema de Alah: de nuestras nevadas, gigantes montañas tu alcázar la eterna firmeza tendrá.

Sus leves columnas serán la palmera que sube, que busca caricias de sol; florezca en el friso verde mavera, grandeza y decoro del suelo español.

Allí en las columnas de extraña hermosura, el arco apuntado dará el capitel la rara, arrogante, la breve herradura del mío—que es tuyo—del bravo corcel.

Ese arco recuerde la bélica escena, del campo guerrero la marcha tenaz, la justa galante del circo en la arena, del zoco en los juegos la danza a compás.

Semejen sus muros, del cielo africano las nubes teñidas de gualda y azul. En múltiples prismas pintor soberano del cielo allí trace la alfombra de tul.

Endechas y cantos de místicos seres, el oculto idioma de amores allí, del libro de enigmas en los caracteres diga y los encantos de cándida hurí.

Sea cual mi manto la esbelta techumbre, roja como es roja la púrpura real; y del regio alcázar corone la cumbre la luna, esa blanca visión celestial.

Ascienden las torres bermejas al cielo, como alas abiertas que incita el amor: las alas abiertas desaten el vuelo, buscando en la altura del sol el fulgor.

Sagrados laureles y mirtos oscuros perennes se elevan ¡oh hermosa, por tí! la yedra invencible se abrace a los muros, en tiernas caricias ¡Fátima, por mí!

Y abajo arrayanes y negros cipreses,, el agua en la fuente de piedra tenaz, se queda llorando futuros reveses, mis muertos amores, mi dicha fugaz.

La fuente en invierno, la fuente en estío del que te adoraba dirá la canción: el agua en el mármol será el llanto mío, brotado de adentro de mi corazón.

Qué siglos pasaron, llevando en sus hombros reyes, pueblos, toda la distante edad: doquiera quedaron los mudos escombros, las naciones muertas, la muerta ciudad.

Tan sólo el alcázar de sutil encaje que un rey levantara, nido del amor, se alza desde el fondo del negro boscaje, como maravilla de un vergel en flor.

Al cielo se encumbran mirtos y cipreses, al mármol se enreda nieve del jazmín, suspiros se escuchan en los ajimeces, aires acarician dentro del jardín.

De la luna nueva sobre la montaña surge de repente blanca aparición; y en el minarete, con su luz se baña la otra media luna, que es regio blasón.

El agua en las conchas de mármol plañendo pasadas venturas parece que está; algo entre las rosas suspira gimiendo, quizá por la ausente Fátima, quizá.

En la noche llega como una paloma, perdida en las gasas de blanco alquicel, cuando en la ventana del patio se asoma el Rey, que la busca dentro del vergel...

Amor que no acaba, que vive que crece, en una perpetua, feliz juventud; la brisa resuena como si sintiese, y remeda el agua sones de laúd.

Vive en el prodigio del alcázar, urna, urna cineraria de un fiel corazón, que llena y encanta la calma nocturna con voz y suspiros de dulce canción...

DESDE ULTRATUMBA

(J. J. Rousseau)

Aquí do acabó todo de aquella escena triste, desde esta de las sombras universal morada, alma, tornas al mundo, donde al dolor naciste, rama frágil y mustia, del árbol arrancada.

Y os hablo, amigos míos; mis votos os imploran algo que allí ha quedado... ¡Conciencia, no lo digas! Ya es tarde que me acusen, mis ojos ya no lloran; ya es tarde que las ondas, oh náufrago, maldigas.

Decid a los que siguen la luz de sus delirios y el estéril ensueño que tienta y no se toca, no sigan los senderos de espinas y martirios, por do lancé las ruedas de mi fortuna loca.

¡Naturaleza, cómo tú me engañaste! Hermosa, beber me hiciste el vaso de hiel y de amargura. No en tí buscó mi mente de Dios la obra grandiosa, sino el ídolo vano de trágica hermosura. Yo que nací a la sombra de paz de las montañas, yo que apuré sus aguas en copa de alegría, melancólica, estéril, sentí que en las entrañas la pasión, ese cáncer del alma, me roía.

¡L' ERMITAGE! nido y choza de amor y de palomas, cuando de aquí te miro perdido en las umbrías, resucitar quisiera, por renovar aromas de flores que ay! no fueron, no son, ni serán mías.

Teresa, flor del campo, por mi calor marchita, no recuerdes, no acuses la afrenta de mi vida. ¡Ay si olvidar pudiera mis hijos, que en la cita del crimen, dí al secreto que el Cielo nunca olvida...

¡Si oyese alguno de ellos, lanzado en la corriente del tiempo, a quien le grita con doloroso grito: gritárale que siga la senda que no miente, que a las moradas lleva de paz de lo infinito.

Qué en la cabaña humilde donde se cree y ama, del templo en las aldeas oyendo las sonoras notas, viviese en quieta ventura, sin la fama—esa enemiga eterna de las humanas horas.

Que, ignorado, ignorando, sin que tenaz le cobre la envidia su ventura con mengua y pesadumbre, sin odio contra el hombre, tan mísero y tan pobre, sin odio contra el cielo que a todos da su lumbre,

jamás interrogara secretos que no sabe la ciencia, aquella hermana gemela de la duda, y esa alma de las cosas que en lo mortal no cabe, cuanto más conocida, más intangible y muda.

Si él acabar supiera, sin luchas ni tortura, no como yo, que niño, rompí el vaso de arcilla, y ensangranté mis manos tentando la hendidura, y lloré aquellas lágrimas que tuestan la mejilla. Pero, ¡ay en vano lanzo mis quejas doloridas, que al llamar a mis hijos mi voz luego se pierde! Hojas de otoño, ignoran las hojas desprendidas de sus primeros años cuál fué la rama verde.

Al borde del pantano cual flor amarillenta que alza tenues corolas sobre un endeble junco, mi alma de aroma y lumbre se levantó sedienta: después quebrado el cáliz, quedé deshecho y trunco.

Y ¡horror! dejé en las sendas mi huella de locura, los pétalos enfermos del libro en las memorias; allí trazó mi mano la pálida figura del soñador que nunca la paz halló a sus glorias.

¡Feliz si aquella pluma, puñal de mis heridas, por do sangró mi pecho la angustia de su duelo, cayado hubiese sido de ovejas no perdidas, rama que para flores calor la diese el suelo!

¡La fama! ¿qué es la fama, si en los medrosos huecos sólo queda el susurro que en la hojarasca vaga, lejano, muy lejano, sin música, sin ecos, que al fin en lo profundo la soledad apaga?

¡Fama! pérfida amada, yo atado a su cadena, lancé mi barca en medio de las revueltas olas de la ambición humana, de la trágica escena: dejóme ella llorando, con la conciencia a solas.

1Ay si mi alma pudiera tornar cual golondrina a su desierto nido con inocente vuelo, en tí me refugiara, soledad campesina, para hacer otra vida, para encontrar el Cielo!

Pero, en vano, soñando cubrir esas funestas memorias con ensueños... ¡Dolor, al fin, me escondas! Basta! basta! me arrojo con mi ansiedad a cuestas, adentro, muy adentro del fondo de las ondas.



LA HERENGIA DEL POETA

(IMITACIÓN DE SHILLER)

—Diste la mar inmensa, diste los campos de oro, ya diste las montañas que guadan tu tesoro.

Quise las flores, ellas debieron ser mi herencia; a la mujer las flores ya dió tu omnipotencia.

Ansié la excelsa cumbre para mirar el cielo: en ella la codicia ya halló fecundo suelo.

Te pedí las ocultas y umbrosas soledades: en ellas sus raíces ya extienden las ciudades.

Tienen repuesta selva los tristes ruiseñores, do esconden sus gemidos y ocultan sus amores.

Y a mí, Señor, no ha dado tu gran naturaleza donde rendir yo pueda soñando, la cabeza.—

Así clamó el poeta con oración doliente, la gracia demandando de Jove omnipotente. Fue su primer poema la queja lastimera del que llorando pide, lo que al llorar no espera. Díjole Jove—Oh hijo gentil de mis amores, tuyas no son las aguas, las tierras y las flores. Dará pan a otra mesa la espiga en la campiña, y teñirá otras copas de púrpura la viña. Pero a tí, bien amado, proscrito soberano, te sentaré a mi mesa, serás mi cortesano...

Cuando veis al poeta que su nostalgia gime, la ignominia arrastrando de su pasión sublime, cuando pálido vaga soñando y sin sentido; sabed itrae el recuerdo del cielo a donde ha ido! Sabed que él, en las noches de mágica ventura, de Jove en los festines el rubio vino apura, y vuelve de los mundos de la ilusión risueños, embriagado en el dulce licor de los ensueños....

LA GORONAGION DEL TASSO

1

—Tú mi amigo serás, mi compañero—dice a Ariel el Poeta. No a mi lado faltes jamás: y siempre en el sendero guíes al peregrino fatigado.

Y Ariel inquieto como frágil brisa, —Soy tuyo y tú eres mío contesta; mas artera la sonrisa en su rostro dibújase, sombrío...

El genio enfermo sueña: justas, amores y laurel y glorias su adolescente inspiración diseña del futuro en las mágicas historias. El ardor juvenil en la pelea que el prez disputa a airosos justadores; luego, entre rosas que la brisa orea, el néctar apurar de los amores.

Y al fin, la cumbre del honor suprema, el lauro que a los vates galardona; cantar del cisne el inmortal poema y arrebatar al mundo la corona.

Finge así, calentada al sacro fuego su alma gentil para subir nacida, vencer y amar y coronarse luego: Joh encantador programa de la vida!

11

Llega del duelo la esperada cita

—Ariel, tú me acompañes y me escudes.—
Ya dióse la señal. El Vate grita:

—Ariel, estás aquí?—De mí no dudes—

Es el solemne instante del combate. Sobre el estadio presto el enemigo se lanza, cuando el corazón le late clama el poeta:—Ariel, estás conmigo?—

Se cruzan dos espadas. Y una espada se agita indócil en la mano inquieta. Al estallar de Ariel la carcajada, rota cae la espada del poeta.

Es la niebla sutil de la demencia que turbia encima de sus ojos flota y le envuelve en brumosa transparencia y le empuja al azar de la derrota. Y el enemigo extiende indiferente la diestra al Vate triste que se humilla, la faz mortal y pálida la frente, que plebeyo perdón aja y mancilla.

Y siente ante sus pies como el vacío y algo como un dogal a la garganta y vértigo y terror y escalofrío, y se dobla en el vértigo la planta.

Sobre la arena rueda junto a la espada de su lucha, fría, que sobre el polvo queda despojo de su inútil osadía...

111

—Pero el amor me espera. Leonora, escucharás mis cantos: a tus rejas, te traeré los trinos de la aurora y en la tarde el acorde de mis quejas.

De la estancia dorada abre las puertas al Vate hacia tu nido peregrino. Pues con la alondra en el balcón despiertas, sacia la plenitud de su destino.—

En el jardín magnífico, ya espera la reina del amor: aura de rosas cunde en ese vergel de primavera do las fuentes arrullan misteriosas.

Aguarda Leonora el canto, blanca como la diosa que en marmórea roca regio cincel arranca, y dale alma gentil, cuando la toca. El Vate a la Beldad llega y saluda, ante ella inclina y rinde la rodilla... Luego silencio. El estupor le anuda la voz, y tiñe en grana su mejilla.

Que algo sorprende junto a la ventana donde oscuro ciprés el viento mece. Ariel talvez? Talvez la soberana emoción?... El Poeta palidece.

Ya comenzó su canto.—Dios inspira a aquel hijo del cielo!... Mas, a poco enrédanse las cuerdas de la lira, y calla, inmóvil queda; y se oye:—Loco!

El gesto del terror y la amargura se dibuja en los labios del poeta, vagan sus ojos como en noche oscura, busca y no halla algo su mirada inquieta.

Sale, se precipita a la carrera huyendo de sí mismo, para esconder su afrenta bien quisiera arrojarse con ella en un abismo.

Y Leonora la gentil, la hermosa de la desierta estancia al rincón mira cómo dejó el poeta la orgullosa, la soberana lira....

Inútil rama de laurel divino, despojo de un instante de porfía, escarnio ya de burlador destino, rumor de incomprensible poesía.

Súbito Ariel, el burlador, esfuma el rostro en el ciprés, tras la ventana; y su faz se deshace como bruma con el primer fulgor de la mañana. Mas, por fin, blanda a la amorosa cita del Poeta que ardiente la reclama, en la sala ducal, le dará cita la desdeñosa, la arrogante Dama.

Ebrio en efluvios de oriental fragancia, absorto en la visión de la hermosura, el dichoso mortal, en la áurea estancia, siente cómo es inmensa su ventura.

Que Leonora, a compasión movida le dará de sus gracias el tesoro: una caricia al menos que le pida en premio a los raudales de su lloro.

Leonora, del siglo maravilla, a recibir al Vate se adelanta, que otra vez dobla humilde la rodilla do la Dama gentil pone la planta.

Y nadie ve la escena venturosa: sólo en la sala, en la rendija estrecha, del compañero Ariel la maliciosa mirada encima del dintel acecha.

Y cuando ya la faz de Leonora habla con la sonrisa y la mirada, prometiendo en los labios tentadora las mieles de la copa perfumada;

Ariel alza indiscreto la cortina que al espejo colgó discreta mano; y en el espejo, mira repentina la escena, Alfonso—de Leonora hermano. Y—rayo del honor y la venganza asoma repentino al aposento; y el amante infeliz fuera se lanza: lo empuja afuera del terror el viento.

Y huye, y huye cual ciervo, hasta que encima del cielo helada la penumbra asoma... Espera que el castigo le redima después en la prisión do se desploma;

donde el perseguidor le arrojó fiero, a que en la ausencia del amor del día, pagase el triste, el loco, el altanero la ciega invalidez de su osadía.

Allí de su dolor en los rigores, con los mirajes de la sombra oscura, cien espejos le muestran tentadores a su perdido bien jes la locura!

ν

Pero ya vencerás, dícele un día
 Ariel: presto en la cumbre coronado,
 Roma te adorará; tu poesía
 el Capitolio ascenderá sagrado...

A tí vuelvo. No temas mi inconstancia, yo te daré el laurel con que soñaste. No dudes del amigo de la infancia, el que tanto te amó y a quien amaste.—

Del poeta en el lívido semblante, como rayo de sol entre las nieblas, la sonrisa aparece; vacilante pisa cual si vagara en las tinieblas. Qué más para morir? Laurel divino! Postrer, tardío ensueño de la vida! Después? Del cielo gris y vespertino la inmensidad... sin lindes y perdida!

VΙ

Ya la Roma imperial, la eterna Roma alfombra el suelo de las sacras vías. El mirto de Petrarca cobra aroma, palpitan las dantescas armonías.

Para el festín las vírgenes de Lacio acuden ya por las doradas puertas.
Bajo el mármol despiertas, grande Horacio, Virgilio el blando, el virginal, despiertas...

—Mañana, sí, mañana!—Así al oído repite al Vate Ariel; y el Vate apenas escucha: que se apaga su sentido y se enfría la sangre de sus venas.

Mas, de gloria un instante... el que soñaba, calor le vuelve, el de los verdes años: que aún luce el sol cuando la tarde acaba, y alienta en los postreros desengaños.

Rayo breve del sol en el invierno! en hojas muertas última frescura! Mas, el sacro laurel, árbol eterno mantendrá siempre verde su hermosura!

VII

La simiente de luz al fin germina: sobre la vieja Roma coronada de flores y oro su fulgor inclina, alegre y sonriente, la alborada.

El día del poeta! Al áureo solio subirá luego en la marmórea escala: Como a nupcias se apresta el Capitolio, la gigante ciudad viste de gala.

Truenan los bronces: notas argentinas se esparcen invadiendo las campañas; se estremecen las ínclitas colinas y los ecos asordan las montañas.

Y de las altas torres la trompeta himno de gloria en la extensión derrama con que saluda Roma a su poeta el día de las nupcias de su fama...

Mas, do el poeta se halla, que no asoma? dónde su carro con encina y flores? En balde Roma, te aderezas. Roma, no acude el rey, el rey de tus cantores.

VIII

En solitaria estancia, sobre el lecho muestra Ariel al Poeta que ha dormido. No despierta a la luz! ni aun en su pecho queda el eco del último latido!

Y--Vanidad--se escucha. Ariel exclama así, y arroja en la marchita frente del Genio, de ciprés la verde rama; y huye y se desvanece de repente.

De la vecina selva en la lejana linde, indecisa cual visión, se esfuma, al sutil resplandor de la mañana, entre girón de amarillenta bruma.

Cerradas luego las doradas puertas, desde aquel día en lobreguez sumida, Roma de los poetas, no despiertas sino a la innoble prosa de la vida!



EL ANGELUS DE MILLET

Es el solemne instante! la agonía de la luz en el límite desierto...
En lo alto de la torre la elegía del campanario gime al sol que ha muerto.

Recuerdo que nos da Naturaleza todos los días, al venir llorosas las sombras, enseñando cómo empieza y acaba, al fin, la nada de las cosas.

Mística golondrina, hacia los cielos sacude la oración el ala herida: ¡desfallecientes vuelos del hombre hacia la fuente de la vida!

El ensueño del alma que ya ha visto la vanidad del día, que ya advierte lo mudo, lo escondido, lo imprevisto en el diario aviso de la muerte. El cielo, con sus últimos fulgores, baja a la tierra, en la pintada nube, y amante hasta los últimos amores, con sus nieblas la tierra al cielo sube.

Heraldo del misterio de la noche, el bronce lanza el postrimero grito: el cielo cierra el misterioso broche, y queda en la quietud de lo infinito.

Y airecillo sutil trae el aliento de las florestas de ignorada playa: y algo como el susurro y el lamento que, en la tiniebla, al acabar, desmaya.

Y a la argentina voz del campanario, sobre la tierra inclina la faz, en actitud de solitario culto, la pobre gente campesina.

Puesta la mano encima de la azada, miran el surco, en la penumbra oscura; ¡será el surco, en la pampa desolada, el tálamo final—la sepultura!

Y así en las alas de lloroso ruego, huye, allá por los ámbitos profundos, el hombre: enfermo, abandonado, ciego, busca a Dios en la cumbre de los mundos....

LOS ULTIMOS PENSAMIENTOS DE WEBER

¡Es la hora final! La muda estancia invade helado viento del ocaso. Escúchase medrosa resonancia, allá a lo lejos, de insistente paso; y vacila una luz en la distancia....

Este terrible instante ¡cuan solemne! lo inmóvil, lo dudoso, lo infinito! de las almas la vida en lo perenne y de la vida rebelada el grito!

¡Que calma en torno, majestuosa calma! preludio de la noche y del misterio! el alma se despide, y gime el alma por la carne en que tuvo cautiverio.

Adios, oh luz! espíritu del mundo, de los alegres cielos mensajera! ¡No para mí, en el ámbito fecundo, derramará tus flores, primavera! Forcejando en la lucha congojosa, la diestra alzada en rebelión al cielo, ver no quisiera la cercana fosa, casi arrancado, cual raíz, del suelo.

Con el rudo sollozo hirviente el pecho, con el dolor supremo el labio mudo, por Dios vencido, en ansias de despecho, Itierra y cielos, os amo y os saludo!

En la orilla doliente marinero, un pie en la nave y otro pie en la playa, medito en lo insondable del sendero, y quebrantado el corazón desmaya.

¡Ay! ¿dónde cabrás ya, dolor inmenso, en la carne—este pasto de la muerte? Por fin, deshecha con tu soplo intenso, la clausura del alma, se liberte.

Pero, un momento, el postrimer momento concédeme, feraz Naturaleza! Besaré el suelo que me dió sustento, y hora la paz me ofrece de la huesa.

Sentiré la muriente llamarada de la luz en mis ojos; la postrera gota de agua, en mis labios; luego ¡nada! Una hoja de la frágil primavera irá a las ondas de la mar airada.

¡Torcedor en el pecho! sombra y frío! después algo cual vértigo! y el paso de la muerte en el ámbito sombrío y la última centella del ocaso!

Del horizonte en el oscuro fondo una línea de llama! Intensa, luego, adusta voz me nombra, y yo respondo; y se agranda ese límite de fuego.... ¿A dónde iré? Pero, la luz divina serena enciende el cielo en el oriente! Sol apacible, lumbre repentina! Mi alma a nuevas moradas se avecina; [salve ciudad y puerta reluciente!

¡Es la hora final! mi estancia inunda luz inmortal cual de encendidas fraguas. Solemne instante, majestad profundal ¡Adios! Rota la carne moribunda, me arrojo en lo insondable de las aguas.



LA VISION DE FRA ANGELIGO

A mi hermano Cornelio

ı

Notas del bronce sonoras turban la quietud sombría del templo: pausadas suben cual errantes golondrinas, desde el campanario al cielo, las trémulas elegías, con que la plegaria llora, con que el alma vuela arriba.

Allí en el fondo del templo, desfalleciente se inclina, como tallo destroncado de una azucena marchita, un hombre—el mártir, el siervo del misterio de la vida.

Y lentas sobre él las horas resbalan sin ser sentidas: que está durmiendo y soñando en seres idos, en la ida realidad de unas venturas, que no asoma, en la infinita playa de dolor, la playa sin linderos de la vida...

Ya las primeras estrellas tras los vidrios escintilan; como súbita mirada del cielo, con luz esquiva un rayo quiebra la luna en las ventanas, y envía a la iglesia en cuya nave traza sendas fugitivas: negros rincones de sombra, de polvo nevadas cintas. El silencio, arcano idioma, voz y palabra divina, es la queja, la plegaria, gue en la media noche envía el mísero polvo humano a la grandeza de arriba. ¡Soledades del espíritu jay! al parecer tranquilas! iprofundidades del alma, que en las noches adivina cómo sube, y cómo llega, por escalas infinitas, el ensueño hasta la cumbre de las cumbres: Poesía!

Ya los últimos luceros dan trémula despedida a la tierra, que despierta con la luz que la ilumina. Canta sonora la torre la canción de avemarías. Y en el templo, en el oscuro rincón, la cabeza inclina aún-tronchada azucenaen éxtasis, el Artista. Sólo, al bullicioso trino de las nuevas golondrinas que a las ventanas se agolpan, despierta al fin, y suspira. Suspira porque jay! ha vuelto a este valle de la vida...

Las alas cargadas trae
de polvo de oro. La brisa
el polvo de oro en las sendas
arrastrará fugitiva;
y las descarnadas alas,
esas alas ateridas,
se estremecerán al soplo
de la aura, de esa enemiga,
que nos sacude, nos hiere
y el polvo de oro nos quita...

¡Alma enferma, codiciosa de hermosuras nunca vistas, desfallece y se levanta, como flor en agonía, que del alba al primer beso, un instante resucita.

111

Sueña una noche... ¡La tarde, en una pampa florida!
En ella un prado de lirios, junto al agua cristalina, que bajo el ala del viento, en tenues ondas oscila.
¡Allí la Virgen hermosa da el amor de su sonrisa para las flores que tiemblan, de su mano a las caricias!
No mundana su belleza, es su belleza divina.

Cae en el campo florido el Artista de rodillas; y a la lumbre de los ojos de la Virgen sin mancilla, se aduerme, como escuchando són de música divina, como bebiendo el rocío que los cálices destilan, la miel gustando que sacia, la del panal de la vida.

Siempre la Visión hermosa persíguele noche y día.
Y cuando los ojos cierra, la oscuridad se ilumina: que—astro súbito en la sombra—a la Santa Virgen mira, que con los ojos profundos que adentro en el alma brillan, le ve, le llama, le dice, el misterio de la dicha....

Otra noche, media noche, si vigilaba o dormía, columpiándose su mente en la penumbra indecisa de ensueños o realidadesignoradas-nunca vistas; si dormía o vigilaba el Soñador no sabía... Que sobre los blandos céspedes que bajo su pie se inclinan, llega la Hermosa Doncella, la Santa Virgen, la misma que acariciaba a las flores, que a las auras sonreía. Un blanco lienzo le trae donde la aurora rutila, limpio como los cendales de su veste fugitiva. Luego le muestra en la fuente, su imagen súbita, esquiva; y el blanco lienzo le entrega, le entrega y le dice:-Pinta-El soñador casi ciego, cae al polvo, de rodillas, mientras la Visión excelsa, con la postrera sonrisa, se deshace en los cendales de la niebla matutina. En frente terso aparece el lienzo, do las caricias resbalan del sol, el lienzo que del Monje en la celdilla, dejó la invisible mano de la Visión.

V

Pasa el día, torna la callada noche, vuelve la Visión que mira, y con sus dedos de lirio le muestra el cuadro, do brillan unas lumbres como el alba, lumbres como unas caricias, lumbres que con la penumbra huyen del amor del día.

Frente al blanco lienzo aguarda, mudo de espanto, el Artista, sobrecogido sintiendo la inspiración infinita...

Toma los breves pinceles, en vago los ojos fija, cual si contemplara lejos algo que se esfuma y brilla, en lo indeciso y profundo de horizontes sin orillas.

Su vuelo lentas las horas hacia otra penumbra inclinan. Y el Pintor duerme... Despierta, cuando ya las golondrinas bajo el alar de la torre, buscan la sombra propicia. Y despierta un solo instante, para dormirse en seguida, en el nido de la altura de la emoción infinita.

Ya su carne es como la hoja arrancada y amarilla, do puso manchas de sangre el otoño de la vida.

En las venas, tenue y mustio,
el rojo licor destila,
en unos tallos de lirio
que tiemblan y se marchitan.

Que la inspiración le ha herido,
y con la incurable herida
de la imposible belleza,
que es la belleza divina.

Su cabeza soñadora,
hasta la tierra se inclina,
como las flores que han muerto—
último amor de la vida—
para vaciar todo el cáliz
de las lágrimas.

Marchita la luz de sus ojos, huye al fondo de sus pupilas, desde donde su mirada viene pálida, indecisa, y húmeda, cual si surgiera de una fuente cristalina. Es el ensueño, el ensueño en que la mente agoniza, con la inefable, dulzura de la intensa poesía. Es el imposible arcano, que se alza, que pesa encima, del polvo humano, rebelde a la grandeza infinita, que a decir no acierta y calla y a hacer no acierta y se abisma. Flor de loto, que embriagada en su aroma, se aniquila en el propio seno, y dobla el cáliz sobre las linfas, para enterrar en las aguas lo imposible de su dicha...

VI

Pero, al fin, humana audacia, ¿puedes vencer?... El Artista el pincel toma de nuevo, y apresta las gayas tintas. Recuerda que aquella noche la Visión díjole—Pinta—... Blanco pedazo de cielo, el lienzo allí se ilumina, de una alborada de Mayo con rayos como caricias del sol, que desde Florencia, la de las almas altivas, la de las cúpulas de oro, la de las sendas floridas, Ilega, trayendo a la celda del iris las gayas tintas.

Apenas temblando traza las breves, primeras líneas.... Quiere los ojos primero fijar, la luz repentina, que en los ensueños ha visto, que en ese instante le inspira.

Febril su mano, colores amontona... Mira, mira; y el puñado de pinceles lanza sobre el lienzo: brillan, del lienzo al fondo, unos ojos de intensa luz. A su vista queda él absorto: Los ojos son que tenaces le miran, los mismos que hubo soñado, los de la visión perdida...

Seguir no acierta, suspenso el aliento; de rodillas, cae en las lozas, y rueda, después como un ave herida, que, para morir, las alas pliega.

VII

Languidece el día. Frente a la ventana abierta, a do el sol su luz envía, la luz pálida de ocaso, la luz de su despedida, cuando desciende el crepúsculo de las montañas vecinas, y el bronce canta en la torre la canción de avemarías; vese el blanco lienzo, vense en él las negras pupilas, que con lumbre de la altura, lumbre de misterio, brillan; y al pie al Soñador que duerme con el sueño o la vigilia, a solas con la belleza, que es la belleza divina....

¿Ha despertado? Su frente mustia en el pecho se inclina. Tiene la blancura enferma del lirio. Al morir el día, el ave plegó las alas: y está dentro ellas dormida. Es tan profundo su sueño y su calma tan tranquila, que parece que en el mármol

de las ajadas mejillas, del Genio que la dolencia sintió, mártir de la vida, ha impreso—espíritu triste, la huella de sus caricias....

Llegan de allá de otras tierras las constantes golondrinas a cantar: hora es su canto de la muerte la elegía.
En la frente aleteando del Soñador, del Artista, a Florencia luego anuncian de su Genio la partida, hacia la lejana playa, hacia la incógnita orilla, de lo imposible es posible, donde el ensueño es la vida.

En un rincón de la celda, el lienzo aparece: brillan allí los ojos profundos, ojos que insistentes miran, con la mirada profunda de la piedad infinita...

SAN FRANCISCO

ANTE EL CUADRO DE VELAZQUEZ

De Albernia en la ladera, en grata soledad, ora Francisco esa dulce ovejilla del aprisco del Señor.—

Algo pide y algo espera, cuando ante el Crucifijo, abrazado a sus pies, sobre ellos llora. Y habla el Señor al Serafín que implora y languidece en sus ternuras:

[Hijo, hijo!—y arranca de la cruz el brazo, y a Francisco lo extiende y le aprisiona con amoroso lazo, y una espina le da de su corona. Y la pobre ovejuela del Señor siente, en ansias sin medida, desfallecerse y sucumbir: la vida con la emoción se hiela:

Y despierta.—¡Por qué, Señor, me estrechas con sólo un brazo, y celos ¡ay de mí! en mi miseria enciendes?—
Y el Señor, disparándole las flechas de su mirada, dícele:—Te dí un solo brazo, por mi amor: ¿no entiendes?—el otro queda a padecer por tí.

DESOLACION

(LEOPARDI)

Filtro sutil, esencia embriagadora, sueño feliz que en amorosos lazos das la misericordia de la muerte; en la horrenda inquietud ¿quién no te implora; y en la prisión de seda de tus brazos, no ha sentido que un dios al pecho vierte—con aromas—el bálsamo?

¡Bendita la Muerte si a tu calma se asemeja! ¡Oh Muerte sueño que el dolor no agita! ¡Oh tálamo de amor, en que la Duda, la Pena vigilante, la Pasión loca entréganse a la muda quietud; y allí se apaga—eco perdido—el Dolor, en la nada del olvido.

¡Olvido!... ¿Veis la trémula laguna Su sombra inclinan empinados montes sobre su espejo al rayo de la luna que acerca los lejanos horizontes.

Nadie sigue mi paso. ¿Quién me escucha? La soledad, la amiga y compañera... ¡Adios, de fama inacabable lucha!... ¡Adios, codicia de vivir artera!... Por fin, mi barca a solas, deslizaré, por las calladas olas...

Con la penumbra vago
a la plácida luz de las estrellas,
en el desierto lago.
Es el último asilo,
do el remo nunca dejará sus huellas
para una fama muerta y fementida;
para una vanidad, la de la vida!

No flores mentirosas darán el ténue aroma de la fama: con la breve estación mueren las rosas, y en ceniza se trueca del culto al genio la voluble llama. Gloria, frágil sonrisa de los cielos, presto, marchita rama! ¿qué eres, al fin, sino inquietud y celos? La tempestad humana por tu afán se desata; y eres vana como las cañas huecas: Iudibrio de la brisa, mies temprana, turbión sonante de las hojas secas. Hoy el laurel corona la escarnecida frente; mas, rodará en el polvo, do amontona muy presto aquella inútil hojarasca, que del tiempo a la rápida corriente empuja la borrasca.

Imágenes de luz engañadoras son, nada más: cual siempre indiferente, el Tiempo lanza el carro de las horas, callado o no sentido.
Y allá por las oscuras alamedas se aleja, sin rüido de las gastadas ruedas;
y cae todo al río del Olvido.

¿Qué más para la loca humana vanidad? Campos helados, nívea pampa desierta, árboles negros, dentellada roca, bosques como fantasmas desolados; ¡la primavera muerta!

¡Si el olvido no fuera
último puerto al viajar adverso
en esta muerte de vivir, yo mismo,
en la agonía, en la ansiedad postrera,
me lanzara a la faz del Universo
del áspero peñón, hacia el abismo!...
Mas, Olvido, te espero!
Mataré la instantud que el pecho abruma,
reposando en tu tálamo, ligero
como nido de pluma.....

En tanto, Sueño, amigo el más querido, envuelve en la penumbra el pensamiento, ata a un yugo de flores mi sentido, y deja que en quietud—soplo del viento que en la noche solloza—palpite el corazón. ¡Y si un momento en áurea copa escancias el licor del ensueño, en que se goza el alma embebecida en las fragancias de nueva primavera;

por constelada esfera, adoración que el ánimo estremece ante el nuevo paisaje de un mundo virgen! ¡deleitosas horas en que la vida sin sentir se mece imágenes fingiendo encantadoras!

¡Ay, Olvido! si al fondo de tus aguas he de arrojar mi invalidez, sereno, ¿para qué amar la fama, ténue arrullo que un instante en los cármenes resuena? Crece el laurel en cieno; y la envidia, murmullo del odio oculto, de fingida pena, el paso sigue al genio cuyo orgullo en jornada paciente, tras la anhelada meta se aventura: la espina del laurel hiere su frente; la hez, no espumas del licor apura.

Dejadme así seguir, con raudo paso, allá por las oscuras alamedas.
Quiero fulgor de ocaso:
deslícense las ruedas
sobre la yerta arena... ¡Adiós al triste
aplauso! ¡Allá la insensatez se quede
de aqueste insecto loco que resiste
en balde a la fortuna, y que no cede
al Cielo, contra el Cielo rebelado;
y rueda en la catástrofe sombría,
eterno Prometeo encadenado...

¡Ay! así en la marmórea boca estalla el clamor de su porfía; que al ardor de los últimos anhelos, espíritu inmortal, en la corpórea forma, aún en olímpica elegía, interroga el misterio, y al callado infinito desafía....



LA DESPEDIDA DE LOS DIOSES

Trágica noche, noche cual ninguna!
Sobre Roma caduca y sin fortuna,
resplandecen llorosas las estrellas,
y trae el viento voces y querellas:
últimos ecos de la lid sombría
que, en gigantesca hazaña, cerró el día....

Ese día la Cruz,—rayo y espada—
llegó, venció; la noche de la nada
trajo las sombras del antiguo caos
al mundo antiguo! Hoy clama:—Levantaos!
ingente voz desde las altas cumbres;
y reyes, héroes, pueblos, muchedumbres
se lanzan como el mar en oleadas,
a las nuevas, históricas jornadas.

¡Qué noche aquella de inmortal memoria! Murió una historia y empezó otra historia. La luna el ancho Coliseo alumbra con la niebla sutil de la penumbra: quizá viuda, por su Olímpo, ahora, envuelta en velo de las nubes, llora, Diosa de tierra y mar, gentil Lucina, que bañó el mundo en claridad divina, cuando los Dioses fueron...!

Hoy Ilorando, por el estadio, en enlutado bando, avanzan, Ilegan, rápidos, veloces, a despedirse los Eternos Dioses, de la tierra que amaron—de esa Europa, copa de aromas, rebosante copa, que, en embriaguez, bebieron, olvidados de la oculta asechanza de los Hados.

¡A Roma dar la eterna despedida, y hundirse luego en la final caída sobre el antiguo abismo! ¡Omnipotencia, cómo acabas, cual vana florescencia de efímera estación! Luego, las brisas mezclarán con el polvo las cenizas. Ya no del Circo en la revuelta arena arrastrarán esclavos la cadena. ¡Los oráculos mudos, apagadas las aras; y-columnas mutiladaslos templos que a los cielos su blancura mostraban de laurel en la espesura!... Presto, con la quietud de las rüinas, asomarán las pálidas colinas, y ceñidas de yedra y pasionarias, quedarán las columnas solitarias...

¡Y los Dioses se van! Se van ¿a dónde? La inspirada Sibila no responde. Adiós! Júpiter pasa, va al olvido, antes el invencible, y hoy vencido! Cubren su frente escarchas seculares

y polvo de sus míseros altares. Venus huye desnuda: los pudores siente que no sintió, de sus amores; halla en las sombras del abierto muro su hermosura gentil albergue oscuro. Olímpica y armada, va Minerva a pedir un rincón entre la yerba de las tumbas; los pies bajo las alas, Hermes se esconde: la arrogante Palas a los pálidos reinos torna y llora. mientras vuela Diana cazadora, cuando el viejo Dionisjo, paso a paso, el lecho busca en el eterno ocaso. Roto el tridente, al mar no va Neptuno, no a la lid va la vengadora Juno. Pan, arrancando voces de la tierra -clamor inmenso y último de guerrada un grito, rudo, prolongado grito, que llega a la quietud de lo infinito; grito que contra el cielo se subleva, y hasta el remoto mar sus ecos lleva.

¡Qué noche aquella de inmortal memoria! Murió una historia y empezó otra historia. Como siempre despierta la alborada sobre una Roma nueva, que, asombrada, no acierta cómo recibir del día el ósculo primero...

La elegía,
la postrera elegía, en el desierto
Circo, plañendo por su Olimpo muerto,
cantará Apolo: el último poema
de la hermosura del dolor suprema...

Mas... enmudece Apolo? Que no asoma, cuando los Dioses, al huir de Roma, huellas pasan dejando en las arenas del Circo, donde lumbres más serenas

derama en torno la inocente aurora....

Y al resonar la nota encantadora
de una música nueva, sonriente,
Apolo, en el albor amaneciente,
ruboroso, aparece... que no puede
Roma dejar, que a sus encantos cede,
y a su suelo se abraza; y grande y fuerte,
no se rinde al ultraje de la muerte.

Quedó, Roma, vagando en tus colinas, Apolo, sol de amor de tus rüinas!

Probó las aguas de la clara fuente, que vació sobre el mundo su corriente, y fecundó la savia de la vida.

La lira, al árbol de la Cruz asida hizo inmortal a Apolo: que perdura en el cristiano cielo su hermosura; y en el carro del sol, a Apolo fieles, vuelan aún sus rápidos corceles.

EL RETRATO

—Pues que vas a alejarte para siempre de la nativa tierra; que tu Esposo te arrastra hacia otras playas y en soledad me dejas; quede aquí con tu Padre, hija del alma, tu imagen, en el lienzo prisionera—

Dice el Pintor.—Y traza sobre el lienzo las intrincadas sendas, por do la inspiración copia las formas, contorno y línea cierta, calor y luz y vida: como del caos, de la luz primera los desprendidos haces dibujaron, en fondo de tinieblas, el diseño de sombra y de blancura de la divina creación suprema.

Y la Hija ve llorando cual su rostro aparece, en la serena mansión del ideal: purpúreas rosas del rubor, vaporosa cabellera, decoro de la estatua pensativa que con ojos de pena ve un infinito mar desde la orilla, sin encontrar jamás la otra ribera.

Al fondo de unas sombras como la noche negras, trazó el Pintor la imagen de su Hija, aquella hermosa flor de su tristeza, que un nombre tiene ahora ¡terrible nombre: Ausencia!

De toda esa amargura, sobre una blanca palidez de cera, solamente las rosas de la cara, como señal de regocijó, quedan....

Y adiós, al cabo, adiós! Ese pedazo del alma del Pintor y de su tierra, siguiendo de otro amor el derrotero, esclava a su deber, la casa deja. Y el Anciano, nubladas con el lloro las miradas, sin otra compañera que una angustiosa soledad, de la Hija, de su amada, contempla prodigio del amor y del ingenio, la imagen en el lienzo prisionera... Después, cierra los ojos para mirar al fondo de su pena, y en un raudal de lágrimas que sus ojos anegan, se ahoga sollozando como un niño si su madre muriera: ila ausencia no a la muerte se parece: muerte es también la ausencia!

. .

Una mañana, al sonreir el alba, en el lienzo el Pintor a ver acierta en el rostro de su Hija súbita palidez, blancura gétida, lividez de las rosas deshojadas en las mejillas, la mirada intensa de la emoción que brota desde el fondo de una angustia suprema; y algo como un espíritu que cierne sus leves alas negras sobre esa imagen, que otra vida cobra y la esparce en eléctricas ondas que con efluvios de misterio al triste Padre cercan....

¿llusión del sentido? ¡Engañosos mirajes de la ausencia! ¿Es que aquel lienzo inmóvil siente y habla? ¿es el arte que vive?

¡Alma universa!

Mundo invisible y vasto, Alianza y signo
de Arte y Naturaleza!...

Palpitando el alambre, de otras playas
trae, de la Hija muerta,
al Anciano doliente
la presentida nueva.

Y antes sutil Espíritu, en el lienzo,
en las mejillas de carmín, las frescas
rosas trocó, con súbita mudanza,
en blanca, macilenta adormidera:
que hermana llegó a ser del Arte eterno,
compasiva también, Naturaleza.

El Pintor, al ahogar entre alaridos su imponderable pena, siente desconocidas armonías, invisible y sutil correspondencia de seres y de amores invisibles, de efluvios y de esencias, que recorren los mundos y los cielos, juntando en una etérea vibración de emociones y de instintos, en múltiples esferas, en el espacio y en el tiempo, formas y alma de la materia, para la eternidad del sentimiento, para la eternidad de la belleza.

EN EL LAGO

(LAMARTINE)

La tarde en el incendio del verano en sangre empapa la postrera lumbre; y súbita en el término cercano la luna surge encima de la cumbre.

Del pintado arrebol los resplandores en la primera sombra se dilatan. En el profundo cielo como flores las estrellas sus pétalos desatan.

Y aquesta grande eterna maravilla copia en su espejo el tembloroso lago, do al beso de las olas, va una quilla que amorosa se inclina al viento vago.

El remo de marfil ligero y blando el agua, acariciándola, golpea; y su cordón de perlas desatando la espuma de la estela se blanquea. Siempre nueva hermosura con que asombra al mortal la gentil naturaleza! Embriaguez de la luz y de la sombra, dulce misterio que en la noche empieza!

Sobre la barca, en pie, de nuevos dioses el lago surca espiritual pareja, escuchando quizás perdidas voces de un numen que soñaron y se aleja....

Enloquecidos van sobre las linfas, puesta en la luz del cielo la mirada; arrullan en el bosque ocultas ninfas, tiembla la ola, del viento enamorada.

Y así—del agua apasionada lira bulle en movibles ondas la laguna; y la pareja hermosa al cielo mira, cuando les mira el rayo de la luna.

¡Es el Poeta! el que habla el áureo idoma la lengua del amor, ritmo bendito de la águila caudal, de la paloma, clamor de lo finito y lo infinito.

¡Es su Amada! la blanca, la hechicera, que, en la emoción del arte y del ensueño, deshoja su beldad de primavera, a la luz de los ojos de su Dueño.

Los remos de marfil cual tenues alas se agitan, y la barca vuela inquieta: viste la luna sus mejores galas: jes la hora de cantar! canta el poeta! —La fuente que el prado baña ¿por qué gime en la ribera? ¿Por qué en las playas la caña y el arroyo en la montaña suenan con voz lastimera?

¿Por qué la tórtola llora si en el bosque desfallece sobre el ala tembladora; y al beso, su voz canora por la pasión enmudece?

Y tú que al amor palpitas y a la dicha te aparejas, que al verme la paz me quitas, y matas y resucitas, contra mí, de qué te quejas?

Más gallarda que la aurora, más pura que la onda pura, blanca flor encantadora, sombra ni pasión traidora, empañaron tu blancura.

Mas tu corazón suspira por dolores misteriosos: si tu faz placer respira, junto a tus risas se mira, llanto que quema tus ojos.

Que aun nuestra ventura siento que se rinde a su flaqueza, cual caña a que abate el viento; que hasta el voluptuoso acento la nota da de tristeza. Y al ver el alma, advertida del solaz que el tiempo tasa, en éxtasis adormida, despierta, y siente la vida que en cada suspiro pasa.

Ay! deja al céfiro aleve lejos llevar sus clamores! Gocemos el día breve. Huye él: mas cual agua leve roba al cielo los colores.

Pasa todo, todo llega al término de su suerte. El río a la mar se entrega, la hoja al viento; y se doblega la humanidad a la muerte.

Mas, mi bien, no importa nada el triste destino incierto, si en la linfa perfumada, por pendiente sosegada, la nave nos lleva al puerto.

Si! que en el alegre paso, viajero sin enojos, las mansas ondas traspaso, mi brazo puesto en tu brazo, mis ojos junto a tus ojos.

La ola gimiendo se aleja de la orilla que ha besado; del ave espira la queja, y el aura a dormir se aleja en el cáliz agostado. Abracémonos, querida!
Y oiga el Dios nuestro clamor.
Pues se halla a la tuya unida
se deshaga nuestra vida
en un suspiro de amor!

¡Oh cisne de Macón, dios de la rima canoro ruiseñor del pensamiento, ¡qué cenizas tu espíritu no anima! cuál palpitan las rocas a tu acento!

La perenne visión de las perdidas cosas a impulso de ignorados vuelos, dió a lu lira cadencias nunca oidas y algo como el idioma de los cielos:

La nostalgia de lo alto, el ansia viva del aire enrarecido de la cumbre, la pasión virginal que el suelo esquiva, cual despertar risueño de la lumbre.

En tus trémulos labios nace y brota fuente de aromas—la estación florida; y una nota siguiendo a la otra nota, estalla el dulce ritmo de la vida.

Cual si vagaras en soñada esfera, cruzas el lago, en donde, sonriente ciñe la soñadora adormidera Musa gentil a tu laureada frente.

¡Llanuras de los cielos! pardas rocas, límpidas aguas, arboleda oscura! Detén el paso de tus ruedas locas Fortuna, ante este amor y esta ventura! Y tú, Poeta, en el feliz instante, arrebata a los Númenes la tierna caricia, y canta la canción amante, lengua del genio como el genio eterna.

En ese lago, edén de tus amores, ya el áncora arrojaste; allí tu lira, emulando a los griegos ruiseñores, bajo las plantas de tu Bien suspira.

¿No ves? Se inclinan a mirar las frondas la imagen de tu Amada; ténue espuma se estremece temblando entre las ondas: ¡prodigios son de su bel[eza suma!

Ya la edad para tí suspendió el vuelo; encadenadas a su amor las horas, hicieron ya para tu amor un cielo, donde la nada de la dicha ignoras.

Puedes amar! No ya las fugitivas alas del tiempo tasan la ternura! Que todo pasará: mas, siempre vivas quedarán tu canción y su hermosura.

Lago! rocas sombrías! oh florestas, ya el tesoro guardáis de su fortuna! En brazos del Poeta te recuestas, Beldad, bañada en rayos de la luna!

Viento que gime y árbol que suspira, perfume de la gruta embalsamado dirán a los compases de su lira;—

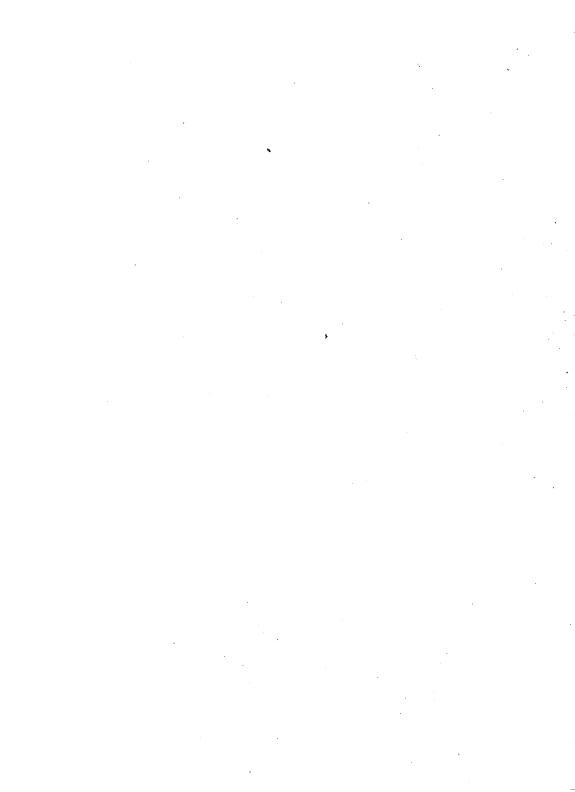
—"Aquí el Poeta amó y aquí fue amado"—

Y el ave errante, la flexible rama, y el eco entre las quiebras repetido blandos exclamarán: "Quien canta y ama es inmortal: para él murió el olvido".—

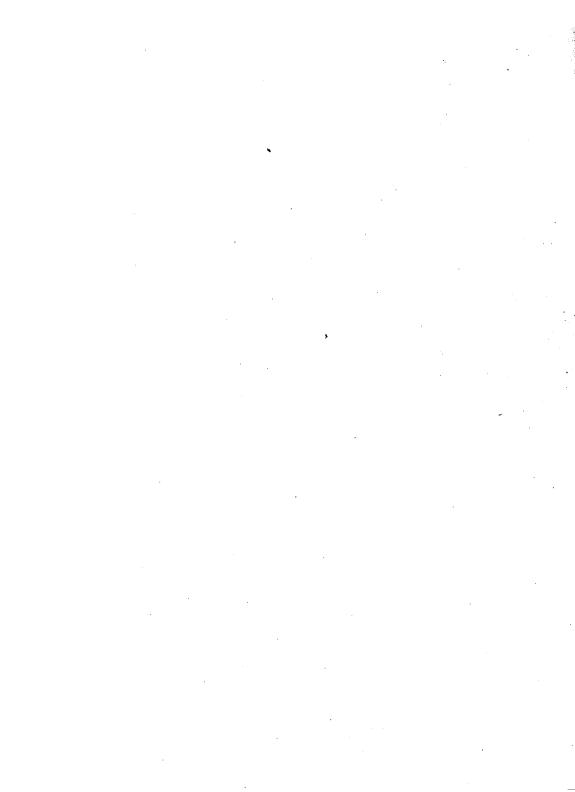
¡Qué grande el siglo que escuchó tus cantos, canoro ruiseñor del pensamiento! ¿quién como tú del ritmo los encantos, puso en el fondo del vulgar acento?

Cuando el sol de la fama ya no alumbre, en la oscura extensión, su luz lejana en tí reposará gigante cumbre de la soberbia inspiración humana.

Me lo conceda el Cielo! que algún día, en el vasto poema de la historia, de tu laurel una hoja sea mía; y siga yo en tu séquito de gloria, ¡príncipe de la excelsa poesía!



LOS INMORTALES



LOS INMORTALES

ENOCH

Fide Enoch translatus est, ne videret mortem et non invenit quia transtutit illum Deus.

SAN PABLO. - Hebreos II.

Bajo el cristal inmóvil de un inmutable cielo, con una luz diáfana de tardo escintilar, los lívidos escollos, los témpanos de hielo dibújanse en el fondo de ceniciento mar.

De la noche en las sombras la sideral penumbra en las cimas dibuja su pálido blancor; y la luna que apenas en esa noche alumbra, en los hielos destiñe su tenue resplandor.... ¡El secreto del mundo y el misterio del polo, la soledad que nadie lograra interrumpir! En los gélidos bancos, escúchase tan sólo de los gigantes osos el desigual rugir.

Con brillo de luceros, bruma etérea, azulada, en círculos se extiende de lento amanecer....

Son los breves confines del reino de la nada, el límite indeciso del ser y del no ser.

Las impalpables alas tiende sutil neblina, cúbrese el horizonte de transparente tul; y florece la noche, con fulgor que ilumina el desierto del mundo y el inmutable azul.

Boreal aurora hermosa, primavera en las nieves! de las polares aguas la florida estación, sonrisa de la tierra, de Dios caricias breves a la infinita, blanca, desolada extensión...

El misterio es del mundo y el reposo del polo, los témpanos gigantes y la gris soledad. Allí un Anciano habita, siglos y siglos, solo, para tu fin guardado, rebelde humanidad.

Del cielo al estallido, será la edad deseada; y vendrá de las nieves con rumbo al ecuador, en una blanca vela, desde la mar helada, para las lides últimas, último Redentor.

El traerá la enseña de otra edad, el cayado y la espada sin filo y el cetro de salud: Anciano de los siglos, magnífico, esperado regidor de las almas, sembrador de virtud,

para la nueva vida, para la nueva alianza, para la primavera, cuando el Monstruo rapaz, gastados los colmillos, se rinda a la venganza del Señor, que conceda ya al universo paz... **;** ;

Fue separado él sólo de esta loca y enferma humanidad; y arrebatado al círculo del polo aguarda de otro sol la claridad.

La barba luenga, cana, cual las algas del mar, ciñe su faz anciana, en edad tantas veces secular.

Cual líquen de las rocas, el cabello cuelga, su manto real, en los hombros: peñón severo y bello del oceano glacial.

Viste la parda túnica majestuosa y talar. Cruza su barca misteriosa y única los desiertos del mar.

Y la neblina espesa de la hiperbórea gruta, en su cendal envuelve el promontorio y la aspereza del témpano glacial.

El paisaje de nieve, a la luz estelar brilla, y aurora amarillenta y leve su brillo esparce en el helado mar. Del gigante en los hombros de granito lentos los siglos van rodando con el grito del humano huracán.

Y generaciones, mil generaciones se inclinan a la huesa; y él en paz, oye impasible tantas maldiciones de la lucha tenaz.

Un día hacia las fauces del abismo las naciones y pueblos rodarán, y con el agua, al fin, de otro bautismo nuevas razas vendrán.

Y el Coloso, ese espíritu del mundo, perenne como el mar, a su acento, del vórtice profundo, verá surgir la luz crepuscular...

La luz que en una espléndida mañana, será la sempiterna claridad para la loca y vana, pecadora y ardiente humanidad.

En su mano el bastón de peregrino se ve inmóvil aún... ¿Cuándo será que se abra con estruendo su camino el evangelio que anunciado está?

Será el gran día. Los perennes hielos de la hiperbórea gruta sentirán calor y tibia lumbre de los cielos que de lejos, muy lejos llegarán.

Y el Anciano, el heraldo de otra historia, que hora aguardando está, con estruendo de gloria, a un mundo juvenil despertará. Y abiertas las entrañas de esta tierra de lágrimas, darán hierba y flor las estériles montañas, palomas en la peña arrullarán.

Entonces el Coloso, padre y señor de la naciente edad, se entregará al reposo, al esplender tu sol, Humanidad...

• ,

ELIAS

Ecce currus igneus et equi ignei....et ascendit per turbinem in cælum.

REG. L. IV. II.

El torbellino le empujó a la cumbre, y al vértigo del vuelo, el torbellino, en círculos de lumbre, le arrebató hasta el cielo....

Del sol en los corceles, por las sendas del éter, se encamina; del iris en los mágicos pinceles, las nubes ilumina. Oculto tras las alas de la aurora, está aguardando alerta....
El alba lanza por la mar sonora, las altas cimas dora y las flores del páramo despierta.

Y cuando, lluvia de oro, vierte el sol en la atmósfera sombría, con imperial decoro, desde el disco del sol, preside el día.

* *

¡Es él! La tempestad se abre camino por las sendas oscuras.... El asoma, al fragor del torbellino: llama inmortal, relámpago divino, que pasa resonando en las alturas.

Y miradle llegar. Carro de fuego, aparece su carro de batalla. El manto arroja entre las nubes: luego el mundo siente, anonadado y ciego, que en la tierra y el cielo, el rayo estalla.

Su voz semeja el majestuoso estruendo del gigante ciclón en la montaña; y su mirar tremendo es el destello súbito, que baña el bosque, de las cumbres descendiendo.

En las alas de acero del huracán, veloz se precipita; sopla en la hoguera; fiero, lanza doquier la cólera infinita. Cuando azota los mares la tormenta, sobre las grandes olas, tras la bruma, se alza, al fulgor de lumbre cenicienta, en las crestas de espuma.

Y si la tierra rasga sus entrañas, el equilibrio de los orbes roto, y caen sobre el valle las montañas, al vértigo final del terremoto;

ese Angel del castigo, armado de ígnea espada, gobierna las venganzas: fué testigo del caos, de la noche y de la nada.

* :

Pasa el furor.... Del cielo la sonrisa descubre, cuando el arco de colores las tinieblas irisa, al pasar el Señor de los señores.

Y si los bosques y la estepa duermen en los ardientes brazos del estío, surge divino germen la oscura nubecilla, en el vacío.

Con las alas ingentes la nube llena el ámbito profundo; y él, genio de la lluvia, abre las fuentes del cielo sobre el mundo.

Oculto en la penumbra, mira desde la estrella de la tarde; y la cabaña alumbra; insecto de oro, entre las flores arde.

Empuja de la luna los níveos cisnes en la noche hermosa; y se mira al cristal de la laguna, y de la tierra en la quietud, reposa:

que él es el ángel bueno, que por el mundo vela: trae de lo alto el resplandor sereno, del bosque trae la frescura, y vuela.

Vuela, llevando la fecunda llama por las rubias espigas.... El a los tristes ama, tiene para el dolor alas amigas....

Un día.... Será el día de plenitud, de gloria y de venganza.... Crujirá por las sombras su elegía, nacerá de la muerte la esperanza.

En el duelo final, hondo y sombrío, dejando en la extensión cárdenas huellas, los astros rodarán en el vacío, rodarán al abismo las estrellas.

Mas, las espesas sombras darán paso a una súbita luz. Resplandeciente, su trono, desde el orto hasta el ocaso, sentará el Sol del inmortal oriente.

Y él,—Angel de la paz,—tenderá el manto en las nubes oscuras.... No más resonarán voces de llanto: el Angel de la paz al Fuerte, al Santo, gloria dirá, cantando en las alturas....

ASHAVERUS

Del tiempo en la carrera los años mil serán. Vieja y cansada, por fin rendir la humanidad espera su ya diez veces secular jornada.

Presto, al cerrar el sol su curso al día volverá a las tinieblas del profundo abismo, en la catástrofe sombría, como arrancado de raíz, el mundo.

No en lo azul despertando la luz empujará sus rubias olas. Comenzará el olvido, lecho blando donde la tierra, a solas,

en tempestad deshecha, al aüllar los ábregos polares, sentirá que la invade y que la estrecha el anillo de hielo de los mares. En vano en esta postrimera tarde, el sol en resplandores se derrama: ¡despedida final, último alarde del astro excelso que a sus orbes ama!

Ebria la Humanidad, y loca y ciega, a despertar al orco o a la gloria, como rebaño inmenso se congrega, para acabar su trabajosa historia.

Y el triste, el grande Anciano, el que ha llevado diez siglos a su espalda dolorida, el término tendrá de su pecado, y acabará la afrenta de la vida.

Cuando Jesús el cáliz de amargura bebió de su suplicio, en la pendiente del Calvario, la pobre criatura fué al Padre más que piedra indiferente.

Y el Señor le miró.—¡Qué feliz vivas tanto como la tierra!—Así le dijo, bañándole en miradas compasivas; y el se creyó feliz, pues le bendijo

el Santo, Anunciádor de maravillas, que desató el torrente de la gracia sobre tantas negruras y mancillas, y que de perdonarlas no se sacia.

Pero, al amontonarse en su cabeza años y siglos, poderosa y vasta la eternidad que siempre y siempre empieza, siente Ashaverus que por fin le aplasta.

¡Martirio no soñado el de la vida, inmutable y más largo que la nada, vida angustiosa a fenecer nacida, por venganza de Dios nunca acabada!.... Mas, al fin, son las últimas arenas que el Tiempo del reloj al fondo vierte. Ya las medidas de la afrenta llenas, dormirá el mundo el sueño de la muerte.

Así Ashaverus piensa: El momento dichoso llegó, que ansiaba, que soñó y condensa el final de sus luchas y el reposo.

Sí! Que el silencio sepulcral denuncia algo cual sombra y frío de misterio en una muda soledad. Se anuncia cierzo, humedad y luz de cementerio.

La tierra, con inútiles espinas, no aguarda ya la nueva primavera, El polvo de las ruinas engendrar otros gérmenes no espera.

Rota se enseña el aspa del molino, el agua torna al cauce, do arrancada fué por el codicioso campesino; la bestia torna a su cerril morada.

Del cielo (qué impasible indiferencia, pues vertiendo el tesoro de sus lampos, cubre de lujuriosa florescencia, los no surcados campos!

La azada rota, el hierro de la esteva arrinconado, no trazó en el suelo el surco a la simiente, y en la gleba se abrió a los muertos la ciudad de duelo.

Esa ciudad, por fin, el mundo todo será, do barran fríos vendabales las cenizas, el lodo de las luchas mortales.... Entre las hojas sollozando corre el viento, en torno todo ha enmudecido. Tan sólo lanza el bronce de la torre, con lentos sones, el postrer gemido.

Presto, lengua sin voz serán los bronces, del viento helado cenagosos vahos se alzarán del abismo: será entonces la antigua noche del eterno caos.

¡Solemnidad terrible del instante, medrosa soledad, grandioso drama! Luego la Humanidad agonizante se apagará cual perezosa llama....

* *

Van las doce a sonar. Con alaridos, la turba el templo invade, solitaria, sin Dios... Pero sus últimos latidos se extinguirán en la última plegaria.

Ashaverus sonríe. De su ceño depone la adustez: de lo que ansía: su larga vigilancia un largo sueño lo tendrá, al clarear el nuevo día.

¡Día perenne en que la humana pena se hundirá, cuando la inextinta vida, como luz en la atmósfera serena, se esparcirá, de nuevo redimida.... Es el supremo instante.... En alto alzóse ya blanca como cuerpo de alabastro, la Hostia del Señor.... Suenan las doce; jy sigue firme en su carrera el astro!

Astro maldito que a vivir condena el Cielo. En la clepsidra indiferente, con ritmo igual, la arena el tiempo mide y su ansiedad no siente.

¡Silencio y estupor! Los que tenían listo el viaje hacia el eterno puerto, callados se resignan: renacían, para otra vez morir.... ¡Si hubiesen muerto!

De nuevo jadeante, la humanidad se lanza a la carrera, adelante, adelante, hasta donde el dolor llevarle quiera.

Con la suprema angustia, Ashaverus se aleja; la jornada a empezar otra vez; la vida, mustia, marchita, irresistible, encadenada....

¡Codicia de morir! Si el que naciere vuelve al caos feliz, feliz quien muere con el primer vagido, ¡cuán feliz! ¡Qué hermosa aquella púrpura sangrienta, que da salida al ánima, sedienta, de hallar las frescas aguas de su fin!

¿Do está là muerte? Encima de la espada se arroja; mas se trueca en delicada azucena el acero matador. Voraz la copa de ponzoña apura; y en el vino inmortal la copa impura se trueca: eternidad de maldición.

Ata el dogal en torno a su garganta. Ya en el árbol siniestro se levanta; mas con él cruje el árbol al caer. Al león del desierto al fin se muestra; y rendido el león lame su diestra, y tiéndese doméstico a sus pies.

A la orilla del mar, sobre el granito pálido asoma; con tremendo grito, al cielo increpa, y se abalanza al mar. Mas las olas devuelven a la orilla a ese náufrago eterno—navecilla, salvada siempre en toda tempestad.

Sueña en el blando lecho de la muerte y del olvido en la caricia inerte y de la nada en la glacial quietud. Envidia al breve insecto que se ensaya un solo instante al sol, y se desmaya muriendo ébrio de amor y juventud.

Al monte asciende, junto al cráter llega y en los brazos del vértigo se entrega: ya el abismo por fin le devoró. Mas, ruge el antro en convulsión de trueno, y al momento le arroja de su seno; y él torna a ver la maldición del sol. Vanamente ¡oh eterno peregrino, anciano de los siglos, del camino la meta sueñas suspirada ver!
Como la nieve en la eminente cumbre, años y años, en lenta pesadumbre, cuajan el hielo en tu marchita sien.

No gozarás del verde cementerio la dulce primavera, ni el misterio de la final quietud encontrarás. Que tu alma, por la carne retenida, hará eterno el tormento de tu vida, y tu dolor será la eternidad.

theye fit.

A sold a subject to the control of the

PILATOS

in Outer

120 255 15 2000 15 Car

Viendo ante él levantarse la pálida figura del Mártir, el Procónsul, en su interior confuso, —¿Qué es la verdad?—al Justo, con inquietud repuso; y, la faz apacible, la frente ensangrentada, sobre El, Jesús los rayos lanzó de su mirada....

Al fin, luchando en vano con la piedad, injusto illavose elegades manos, y ha condenado al Justo... Sintió entonces perdida la paz, y que surgía un gusano delafondo de su ansiedad sombría; eracque aperaba algüien allí de su sentencia: otro (Guez, la protesta del alma pla conciencia) y entogues de la sentencia.

En nombre de los dioses y a su piedad inerte, al Santo entregó en manos del odio y de la muerte. Mas, tiembla cuando al fondo de su interior morada, ve de Jesús alzarse la faz ensangrentada; de Jesús que le pide la gracia de la vida.

—¡Soy la verdad gritando... Verdad desconocida! Verdad, nombre ignorado de una inmortal dolencia! y torcedor 'y espina del pecho ¡la conciencia!

Huye del trono. Oculta vivienda pide al cielo; y que nadie conozca la afrenta de su duelo. Pero el Cielo a sus cuitas la compasión rehusa: llega Jesús, le mira, con su mirar le acusa; y el Juez huye temblando de la medrosa cueva; y ¿dónde irá, si al fondo de las entrañas lleva la llaga, la ignominia de la incurable herida que sangra, que se rasga y es vida de su vida?

k 2

Vendrá al fin el reposo de su dolor aciago, que envolverán las ondas en el Estigio lago. Piedad clama a la muerte, y hacia él llega la muerte; mas no en sus labios bálsamb para consuelo vierte: que la Verdad renace del fondo de su pecho, y la Conciencia vela junto al mortuorio lecho....

*

Dentro la madre tierra, bajo sus blandas flores, ya duerme el Juez el sueño que a esclavos y señores da Dios: ¡es la caricia que en el calor del suelo, a la virtud y al crimen ha concedido el Cielo! ¡Y aún en el sepulcro, las flores alguien mueve, la grama se desgarra y el suelo se remueve: cual si, adentro, en angustia de lucha no extinguida, pugnara por alzarse, con estertor, la vida.

* *

Arrancan al Procónsul de la terrible fosa, donde despierto aguarda, donde jamás reposa. Lejos, allá, lo llevan por tierras y por mares, para que el sueño encuentre bajo los patrios lares. Y ¡horror! cuando le arrojan al fondo de otra tumba, súbito trueno estalla y en la extensión retumba; y la urna, a que un Espíritu cual huracán azota, la tierra conmoviendo—se ve deshecha y rota.

Le cavan en el monte sarcófago profundo, muy lejos de la patria y al término del mundo. Y convulsa del monte la mole de granito, sale en las hendiduras un pavoroso grito. No es que Naturaleza rebélese o sucumba, es que algo eterno yace debajo de esa tumba; es que una fuerza nueva, la humana omnipotencia hace temblar la tierra y el cielo: ¡la Conciencia!

i innum () Kiron nikesi Tun v GCY

afser my mins rem when rem as remonited the reduced

SAN JUAN

İ

Encima del escollo de granito que del austro y las olas al embate atalaya la mar y el infinito, el Aguila de Dios las alas bate.

Turba la soledad su agreste grito, su ala de acero a las tormentas late. Estalla el huracán: ¡estaba escrito! son cielo y tierra el campo de combate.....

¡Ay! se cubren de luto las estrellas y vacilan los orbes, como la hoja del árbol seco al que remece el viento.

Y al fulgurar las cárdenas centellas, el Ave excelsa, entre humareda roja, vuela por el desierto firmamento.

11

De las edades al llegar la meta, cuando estalla la humana rebeldía, que en gritos de blasfemia al cielo reta y el sol se apaga en la mitad del día,

con la lira de bronce el gran poeta canta el clamor de la última elegía; vierte el cáliz de lágrimas, profeta de la final catástrofe sombría.

Llora a la tierra, luego las ternuras predice, y la estación de los amores, cuando azucenas cubrirán el suelo.

La alondra irá cantando en las alturas, la espada dormírá sobre las flores, cual lirio virginal se abrirá el cielo.

Ш

Se hundió en la noche ya Naturaleza, hundióse el firmamento en el vacío. El Universo como vasta huesa cayó bajo el tremendo poderío

del Vengador; cuando la sombra espesa se eleva del profundo, el vocerío de la lucha mortal se apaga y cesa, como al vaciarse en el oceano un río.

Mas rásgase la sombra. Y un Mancebo cantando al són de címbalo sagrado, con la veste de luz resplandeciente,

anuncia el mundo nuevo, el cielo nuevo; y del distante término enlutado, se esparce níveo albor amaneciente.

١V

Donde asoló el furor del torbellino y el huracán pasó de la venganza, brota sobre las ruinas repentino el germen de los cielos, la esperanza.

Luz y calor y fuerza, todo vino a remover los mundos: nada alcanza a impedir el relámpago divino que en toda senda en el espacio avanza.

Vierte en la tierra el sol toda su lumbre, y el ruiseñor en los alcores trina, heraldo de la eterna primavera.

Que otra vez el Señor sobre la cumbre llega veloz, su éspíritu fulmina, y con excelsa majestad impera...

ENGELADO

ı

Se enciende el cráter, gigantesca tea, a iluminar el cielo; el humo lento las pardas greñas desvanece al viento, y cárdeno fulgor relampaguea.

Al borde del abismo se pasea Encélado, en frenético ardimiento; la boca del abismo inquiere atento, con el ojo que fiero centellea.

Sus fauces muestra la medrosa roca al Genio, en atracción irresistible; y el Genio al fondo de la abierta boca,

de la gloria en estéril paroxismo, a conquistar se arroja lo imposible, en el fondo de sombra del abismo.

11

Del monte en las entrañas él respira; y cuando cruje el monte es que anhelante en los antros revuélcase y delira el terrible Filósofo arrogante.

Si aliento de huracán sopla en la pira y el cráter tiembla, hendido y crepitante, el Sabio, en nueva evolución, se inspira, y a los dioses rebélase el gigante.

Cuando el volcán reposa, y vaga inerme en sus laderas tímida paloma, es que rendido el Luchador se duerme...

¡Temblad su despertar! Cuando se asoma lengua de llama, el Genio furibundo sacude el monte, y se estremece el mundo.

NERON

¿Oís rugir el ponto en la caverna la medrosa caverna, donde estalla la ola de las sirtes, en eterna y olímpica batalla?

¿No oís cual grito de león rugiente, el humano alarido que, en tormentosa voz, con eco ardiente, se derrama en clamor, canto y gemido?

Nidada de serpientes, su cabeza cubre la frente con anillos rojos; de sus punzantes cejas la aspereza da sombra triste a sus feroces ojos.

Ojos que sobre víctimas se lanzan, que miran en la noche, y se abalanzan con miradas de sangre... Sima impura, do la blasfemia hierve, su ancha boca abierta—es la de un tigre en el desierto,—

como caverna oscura se abre entre labios de afilada roca; y tiene su nariz de mármol yerto del agudo puñal la curvatura.

Sus dientes, como aceros resonantes, crujen; cálido viento, al estallar sus cóleras gigantes, brota de sus entrañas palpitantes de la pasión el encendido aliento.

¡Es el tremendo lírico de Roma, que eterno como un Dios, lleva su pena! La herida frente en ansiedad desploma y con su maldición la mar atruena.

De la gruta en las lóbregas entrañas aturde de su voz el ronco trueno; su voz, de las montañas se abre camino en el oscuro seno.

Perenne es su dolor: vive en la herida que en su cuello rasgó sangrienta boca. Por acabar la vida, al fin, quisiera, en amargura loca, llevar al corazón la hoja homicida.... Mas, le detiene el Cielo... En vano invoca a los eternos dioses:—perecieron como flores de extinta primavera, que en las alas se fueron de fugitiva brisa, mensajera de otra estación....

Quiere ensayar la lira, con que en aquellos tiempos de su gloria cantó: la cuerda sin compás suspira; demanda en vano el ritmo a la memoria.

De la memoria en los lejanos ecos llegan sólo del pobre los clamores, de las hogueras los murmullos secos y gritos de los odios rugidores.

Huye de los espectros del pasado: como una inmensa antorcha ante su vista Roma aparece, si el laúd dorado pulsa el terrible Artista...

Sueña en mullido lecho donde el remordimiento dormir pueda: tenaz se hiere el pecho y se rasga la túnica de seda.

Y, una vez y otra prueba a hundirse el hierro, en vértigos de infierno; en vano contra el Cielo se subleva; que el Cielo escuda su dolor eterno, su pena siempre nueva.

Y si, en breve ocasión, del sol un rayo al antro oscuro llega, abre sus ojos con mortal desmayo, y maldice la luz, y cae y ciega.

Que, lívida y sangrienta tras la niebla marina, al cárdeno fulgor de la tormenta, una sombra aparece... ¡Es Agripina! Dejadle en paz, ¡oh dioses! en la gruta, desesperado: a solas brame la fiera hirsuta remedando el ladrido de las olas.

Dejadle en la caverna, lanzar el austro y empujar el noto; y sacudir la frente, en lid eterna, por la tierra llevando el terremoto.

Viva como la noche y la tormenta, como la mar traidora:—

[furor que siempre alienta,

y voz que siempre blasfemando lloral....

BARBARROJA

ı

¿Y quién morir le ha visto? La espada y el escudo bruñidos, relucientes, en la gallarda mano, recio el paso en la marcha y el ademán sañudo, emprendió sus campañas el adalid cristiano.

¿Y hoy la cruz en el casco, sobre el campo desnudo por su planta, la marcha señala al mundo en vano? ¿Decís que está en la tumba? Dejar su honor no pudo el héroe, el grande hidalgo, caudillo y soberano.

¿No veis su barba como rubia flor de la hoguera? ¿Sus ojos con la lumbre de acero de su vista no centellean? ¡Gentes, naciones, él no ha muerto!

Que en la senda que avanza por el oriente espera, aunque ahora se aleje su pendón de conquista, cual esfinge en la móvil arena del desierto.

П

Rendida del Oriente la grandiosa jornada, cumplidas las hazañas, encontrado el misterio, volverá de Occidente para su áurea morada, cuando la sombra enlute la luz de este hemisferio.

Y volverá a la vaina la poderosa espada, que trajo a los vencidos el fin del cautiverio; y en los campos de sangre de Europa desolada, después del férreo yugo, de oro será el imperio

Y florida la barba, rico de luz y gloria, a la cruz abrazado, la de su noble acero, en su cohorte de héroes, caudillos y soldados,

dando fin al poema más grande de la historia, de la fe en el combate magnífico y postrero, vencerá, cuando venzan los últimos cruzados.

EL REY ARTUS

En las brumas del término siempre lejano, hija de la alborada, del amor de las nubes y del oceano, surgió la isla encantada.

Sombra dale el ocaso, el banco de coral^{p/3}guarda su seno, un lucero de encanto sus frondas dora con resplandor sereno.

No enderecéis las quillas a su ribera: la isla siempre lejana, cual sirena se aleja por la ligera ina nana onda que va a la cuna de la roontaña.

Allí duerme en el fondo de sus moradas, el Rey galante, el Dueño de fiestas y de danzas: allí las Hadas del mar velan su sueño. En un lecho de pieles, hojas y flores, bajo el manto de grana que dan los cielos, cantan cien adalides cantos de amores, sus cuitas y sus duelos.

Y de esos adalides primera estrella, Lanzarote, el de diestra que a las robustas huestes postra, entre todos, grande descuella, en festines y justas.

Otro tiempo esos bravos y caballeros de indomables entrañas, en las paces gallardos, en guerra fieros, de Bretaña brillaron en las montañas.

Y el Rey, el Rey galante con las armas doradas para las lides, el corcel gobernaba, e iba adelante, frente a sus adalides.

Reinas y castellanas, pajes, doncellas, del laúd a los sones, requiebros escuchaban, trovas, querellas, de bizarros campeones.

¿Cuándo será que vean mortales ojos surgir como la diosa dentro la espuma la isla que hora guardan fulgores rojos, el misterio y la bruma?

¡Felices los que miren en la penumbra que la isla esconde, al cabo, rasgarse el velo; y miren palpitantes que el sol alumbra una tierra que se alza buscando el cielo.

Y en la barca de flores dentro un encaje tejido de azucenas, jazmín y lilas, a Elena la más bella flor del boscaje, dormida sobre el lecho de ondas tranquilas, cuando una estrella envíe de allá de lejos su luz cansada y tenue, para mirarla; y Elena luzca al beso de esos reflejos que parecen ardientes, resucitarla.

Guarda para ese tiempo tu bizarría de amor y gentileza hoy, cuando tus canciones, tus elegías lloren por las nostalgias de tu grandeza.

Y en medio tus hidalgos y tus campeones, en las artes galantes y en el consejo, con cohortes, mesnadas, lanzas, pendones, serás gloria y espejo.

El arpa que tañeron los trovadores celebrará el torneo de la hermosura, mancebos y doncellas, cuitas y honores, heroísmos, audacias y galanura.

Entonces vuelto el genio de Artús, su noble genio por quien el numen canta y delira, se trocará en laureles el negro roble y el hierro en cuerdas de oro para la lira...



GARLOMAGNO

Generaciones huérfanas de su honor y su gloria, callad! está despierto, y el laurel de su historia florece aún! No ha muerto el grande Emperador.

Bajo el pesado túmulo, entre la oscura yedra, sobre la fría losa de su tumba de piedra, no en cenizas reposa el Magno Emperador.

El vengador, el Hércules, envuelto en la armadura, para su noble acero aguarda la futura edad del caballero gentil, del Campeador. En la penumbra ocúltase el sol de su grandeza. Mas tornarán un día el cetro y la realeza, por la ínclita osadía de un nuevo Emperador.

* *

Y embrazando la adarga, que a los pueblos asombre, en la campaña de cien años larga, para conquista y gloria de otro nombre,

su penacho de pluma irá siempre en las rutas adelante, del combate en la bruma, hacia el ansiado término distante.

Y la cruz de su espada, cetro para naciones, razas, gentes, llevará el resplandor de la cruzada por todos los abiertos continentes.

El hierro que redime a las naciones en ellas abrirá surco profundo, y otra vez los hidalgos, los campeones sus hazañas sin par darán al mundo.

Y un siglo casi muerto se alzará cual milagro de la historia, florecerá la arena del desierto, toda espada será para la gloria.

La sagrada ciudad a sus murallas verá acudir desde remota tierra al temido León de las batallas y al rayo de la guerra. Y la férrea corona del Gran Monarca, rey de tantos reyes, se alzará, cuando de una a la otra zona, blando rija el imperio de las leyes;

mientras de la virtud blancas palomas irán por los alares del santuario, y aletearán en las floridas lomas las tímidas alondras del Calvario;

y redimida por sangrientas lides, la humanidad opresa, el viejo Emperador sus adalides congregará a la mesa:

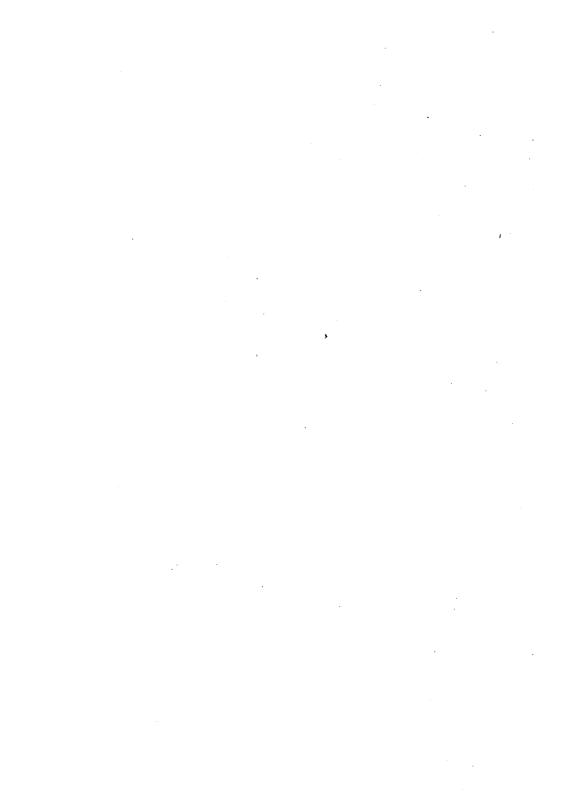
como en la buena edad cuando solía, rodeado de su héroes y leales, las gentilezas celebrar del día, al lucir las antorchas imperiales;

y levantar la cincelada copa, para el vino dorado, celebrando otra vez nupcias de Europa con el cielo, su aliado....

No lloréis almas huérfanas de su nombre y su fama. No el heroismo ha muerto, la tierra le reclama: para ella está despierto el grande Emperador!



GUADROS



CUADROS

EL DRAMA UNIVERSAL

¡Sangre, licor que el Genio de la sombra sobre los mundos vierte, y revuelve y enturbia y envenena la fuente de la vidá! Vano es que al fondo la piedad despierte, que la culpa a los hombres encadena. En la sangrienta herida que abrió el furor, se concibió la muerte; y un día, el más oscuro de la tierra, de púrpura los lirios se cubrieron, y comenzó la guerra....

Caín, el cazador, los troncos hiende y los guijarros lanza en los asilos de las tímidas aves; el gigante de ojos que la ira enciende; de ágiles pies de pedernal, de testa erguida como el roble de la cumbre. Avanza por los prados, por la cuesta del monte, y a su paso huye la muchedumbre de aves y monstruos. Levantando el brazo con la pesada maza, el Tirano ya emprende la carrera.--Con él la muerte va: rompe, destroza, desgarra, despedaza. Con él la muerte va: la humana fiera va a gobernar el mundo: el amo, el dueño, que presto en sangre bañará las flores, que presto en sangre teñirá el torrente. ¡Ay cómo dará al sueño la vida amaneciente! ¡Ay de las destrozadas azucenas v de la casta fuente, y de tórtolas, ciervos y palomas! Naturaleza, el blando seno llenas en vano con aromas: que del rojo licor las agrias heces, agotando en la copa de amargura, sentirás las terribles embriagueces!...

Llega el Mancebo en flor. Los corderillos guía hacia el seto, dales en la cuenca a beber la ambrosía recogida en el cáliz del lirio y en la penca de las húmedas palmas.
Rubio como la luz, Abel reclina al tierno recental en su regazo.
Si su alma es la primicia de las almas, más que el níveo vellón es su divina blancura; blando y casto, de las flores acaricia el botón, recién nacido, con el rocío y el amor del cielo.
Los pajarillos busca en los alcores, sus dedos de mullido terciopelo

peinan los breves tallos de la grama...

Y en la dulce alegría de la vida,
del sol sintiendo la primera llama,
iluminado por sus áureos lampos,
sonríe al universo, y corre y salta,
en la pradera, por la enhiesta roca,
aspirando el aliento de los campos,
aspirando el perfume de su boca.

Alba, siguiendo a Abel, al cielo eleva con él los ojos, para dulces citas de ensueño, que les lleva a la paz y delicia del sentido, que en la visión se encanta de un paraíso nuevo y presentido. ¡Alba como su madre, ambas hermosas, flor del Edén perdido! En su carne la sangre de las rosas se derrama sutil por las estrías: púrpura virginal que a la blancura da el tinte de la aurora; en las umbrías cual sigue la hermosura a la hermosura, va hacia el Hermano hasta el altar del campo, con el haz de azucenas. El aroma de esa flor de inocencia desvanece su alma en visión y en éxtasis. Paloma, indiferente a la pasión que acecha en el fondo, la llama del instinto, no sabe aún que la traidora flecha el corazón del Cazador divide. Ovejilla al amor encadenada, de Abel los pasos mide, va con Abel, y junta su mirada al fulgor de la mirada del Compañero; suben a la esfera rayos de aquellos ojos; y parece que, a la ventura del Edén primera, ya germina y florece la muerta primavera...

Es la hora de la siesta.
El rebaño encamina a la espesura
el Mancebo. En un prado que la enhiesta
cumbre cierra con marco de verdura,
duerme, abiertos los labios de alabastro,
donde bullen, abejas tembladoras,
las sonrisas.

Su sueño la Doncella, indiferente al vuelo de las horas, guarda, puesta la Jumbre de sus ojos en él: sus ojos que a lucir se asoman, desde el fondo de su alma, santa y bella, por vigilar al inocente hermano, al amor de la paz, que da a los suyos como dicha suprema la soledad...

En tanto, cuando el astro del día entrega la imperial diadema al reino de la sombra, tras del roble gigante, calcinado por la furia de la primera tempestad, con salto súbito, llega el Cazador.

El sueño
envidia del Mancebo, que sonríe
a la luz de los ojos de su dueño.
En el rostro de Abel albor despunta
con carmín de claveles, en sus labios
el plumaje de seda leve apunta,
nuncio de otra estación. Mancebo hermoso,
ángel de luz que en místico reposo,
sueña con el Edén!....

Bajo la sombra de sus negros cabellos, en el fondo de la rugosa frente centellean del Cazador los vigilantes ojos, que inquieren, que se incendian, que flamean, como carbones rojos.... Luego en el eco viene de la gruta distante, un trueno ronco... Se agrupan los cuitados corderillos, iunto al Mancebo.... El Cazador avanza, y cauteloso asesta el golpe artero, súbito, y huye.... El lirio de la vida de blanco en rojo truécase; y la muerte en la envidia nacida, siembra con sangre la ambición. Ya vierte rubio licor el Genio de la Sombra. Vano es que el Cielo la piedad despierte. Leones del desierto, coronados de melenas de oro, rujen, llegan, y reinan: jay! los tímidos corderos para morir se entregan los huérfanos del bosque, y de las fieras el rey haga con ellos festín de sangre. Y el vellón de nieve en años, siglos, eras, de púrpura se tiña: ¡es la victoria del Cazador aleve! Con él. cuan triste empieza su dolorosa historia la sierva del dolor, Naturaleza... Y. Humanidad, no acabas, desde entonces las lides y las furias de engreida grandeza, y catervas esclavas, en centurias, centurias y centurias...

¡Sangre, ponzoña que a raudales vierte el Genio de la Sombra sobre el mundo! En el Calvario, el ara de la muerte, altar de los altares, también el Abel nuevo, de espinas coronado, el divino Mancebo, de púrpura vestido, puro e inmaculado, yace: Caín con su traición le ha herido. Allí, santa Doncella, arrimada al altar del sacrificio, como palma descuella. Con bálsamo de llanto, sobre las aras del sangriento monte, unge al Mancebo santo, que de Caín nos salva y nos redime, y trueca las corrientes de la historia... Y pues su amor lo quiso de abnegación sublime, nos devuelve el perdido paraíso...

LA PALOMA Y EL GUERVO

Náufrago del horrendo cataclismo, empujando la sombra en la alborada de un día grande y nuevo, el sol la frente levantó—como un rey,—sobre las aguas. Y su pomposa luz, en ondas de oro, en el húmedo espacio derramada, al bajar desde el arco de colores que el abismo y el cielo entrelazaba, se extendió, como túnica de fuego, sobre la vieja nave del Patriarca, que saludó el albor amaneciente, mirando el sol tras sus devotas lágrimas.

Era la luz de lo alto, la primera después de la borrasca: en los brumosos límites no al cielo subían, cual gigantes las montañas: las montañas dormían todavía en el seno de las aguas!—¡Señor, bendito seas!— llorando el viejo exclama, al contemplar innúmeros diamantes

que el sol esparce en la llanura blanca del mar, sobre la atmósfera luciente y del vacío en las remotas playas. —¡Señor, bendito seas!—Y tomando a la paloma en las rugosas palmas, la envía, de oraciones mensajera, para explorar las nubes y las aguas....

El cuervo en tanto, el cuervo pensativo, por la abierta ventana, huyendo de la cárcel salvadora, al vuelo libre, impávido se lanza....

En el mar sin riberas. turbio espejo del cielo, do las alas rotas por las tormentas, extendían las negras nubes; la paloma blanca halló-despojo de las grandes iras del cielo y la borrasca,de la inocente oliva, flotando en las espumas, una rama: rama del árbol de la paz, cubierta de celestiales lágrimas, que lucían al sol, como diamantes que el iris con sus flores coronaba; rama que la paloma mensajera trajo en el pico al arca. cuando al mirar la cinta de colores de las inmensas aguas que enlazaba los términos distantes, de hinojos el Patriarca, saludó de los cielos y la tierra la sempiterna alianza.

¿Y el cuervo? El cuervo ingrato, el cuervo triste no volvió; que en las algas encontró los cadáveres flotantes, despojos, do su garra hincó con el furor del hambre: en ellos halló las nuevas islas solitarias, donde arrancó del seno de la muerte las lívidas entrañas: implacable verdugo de los aires, azote de las últimas venganzas.

* :

Vagando el sol sin rumbo en las esferas vacila en las riberas de la nada, y palpita la tierra como madre cuando el fruto va a dar de sus entrañas.... ¡Señor Jesús, que en el Calvario expiras, te niegan, ya no te aman. Cuando declinas Tú, sólo te llora el peñasco que rasga el seno duro, y resonando tiemblan, sobre su viejo asiento las montañas. Y cuando cae el sol desde la cumbre, como un gigante que a la tumba baja; sobre la cruz que en el tupido fondo de sombras por el rayo iluminadas, en alto eleva las sangrientas ramas, árbol de amor y paz, de cuyo tronco la sangre brota; esa paloma blanca, Espíritu de Dios que en las tinieblas suelta libres las alas; desde el Calvario hacia los cielos sube, mensajera de lágrimas: lleva ofrenda de sangre sin mancilla, con bendiciones tornará mañana: que ya cayó la Víctima en las sangrientas aras, y otra vez dibujóse en las sombras, el arco de la alianza....

Mientras, en el jardín del Anatema un árbol seco las crujientes ramas, suspende sobre el borde del abismo... ¡Es el árbol maldito, do inclinada la frente enseña a la penumbra triste, Judas... En la pendiente solitaria, el cuervo, compañero de su afrenta ya su festín aguarda....

El cuervo, ese verdugo de los aires, los blancos ojos con la garra arranca: esos ojos traidores que mostraron la Víctima al furor de la venganza. De ese estéril despojo de la muerte, en las carnes heladas. el corazón donde habitó la noche el férreo pico rasga; y la lengua donde heces de blasfemia quedan con las espumas de la rabia. Y al sacudir el suelo el terremoto, el árbol seco las crispadas ramas quiebra y entrega al fondo del abismo al ruin traidor, engendro de la nada; el que mejor mo hubiera nacido! En tanto lanza el cuervo el grito y del rincón se aleja, do el condenado aguarda que la tierra le trague, al fulgurar en lo alto la venganza, que estremece el cimiento de los mundos y el cielo envuelve en ígnea llamarada.

Paloma de la altura, cuando sus fauces abra el caos, y los siglos y los orbes no sean ya; tus alas flotarán al oriente, en los confines del nuevo y grande mundo de las almas...

Cuervo, huésped sombrío de la noche, heraldo de las últmas borrascas; el pecho desgarrado y sangrientas las alas, te empujará el aliento del huracán postrero. No en las aguas encontrarás despojos, no la muerte abrirá para tu hambre las entrañas: te hundirás en la sombra de las frías riberas de la nada....

• · ·

LA FLOR DE LA DICHA

Cuando Eva triste huyó del paraíso, solitaria y proscrita, gimió Naturaleza de improviso, ella también maldita.

Las rosas peregrinas viéronse luego juntas con las espinas: eran las espinas que las celaban, con agudas puntas.

Inclinó el loto la marmórea frente, sobre el hediondo cieno, ocultando en las sombras el doliente secreto de su seno.

Quedaron moribundos los lirios sin el sol que les sustenta; y rasgaron su cáliz, iracundos, el cierzo y la tormenta. Y la bella, amorosa sensitiva, la flor de la ventura, en el helado tallo, sintió ascender cual nieve esquiva, la nostalgia, emoción de lo pasado.

· ·

Huye Caín... Sobre una gruta oscura que abre sus fauces en las negras faldas de un peñascal, la flor de la ventura

crece y se esparce en ramas y guirnaldas.

Cuando aquel Monstruo humano en la flor pone su mirar de llama, luego en ella la mano; tiembla la frágil rama.

Y a esa flor de la dicha que se esconde, en el antro sin luz de la barranca Caín, para llevarle no sé a dónde con su raiz arranca.

Siente la Humana Fiera la cólera de Dios, la que le acusa; y la flor prisionera sus caricias rehusa.

Y en la boca rugidos y en las miradas el fulgor que espanta, en convulsión nerviosa los sentidos vacilando la planta;

huyendo va de su siniestra sombra, que le sigue detrás, que le vigila, que al oído la víctima le nombra, y le clava la luz de su pupila. Es Nemrod. El gigante en los salvajes bosques. Trae guirnalda de dorados plumajes, carcaj y flechas sobre la ancha espalda.

Junto al umbral, do el pastorcillo enciende para el hogar la luz que le acompaña, la campesina sensitiva pende, oculta en el alar de la cabaña.

Llega Nemrod... Al pastorcillo lleva a merced de la suerte: que él es su esclavo, siervo de la gleba y siervo de la muerte.

Y al arrimar Nemrod sus recios hombros a la choza, descuélgase lozana, a morir de la choza en los escombros, la sensitiva, del pastor hermana.

Que al sentir del Tirano el soplo ronco, ajada en sus estambres la pureza, en la raiz tembló, tembló en el tronco, se heló la savia dentro la corteza.

Y ella que dió al silencio y al olvido la juventud de sus vivaces hojas, con nota de gemido, se estremece en las últimas congojas.

Y morirá muy luego, atada a la hendidura de la peña. Al fin, marchita al fuego del sol, será de las hogueras leña. ¡Ay! ¿Para qué la flor de la ventura, si la ventura ha muerto, vive, ajada, despojo de la inútil espesura, virgen del paraíso desterrada?

Será, cuando Caín duerma en la tumba y del incendio apáguense las brasas del furor; y Nemrod al fin sucumba, dejando en paz a las inermes razas.

AMOR ETERNO

Monstruo cubierto de algas y espumas, el mar asorda la inmensidad; y sus rugidos entre las brumas esparce en alas del huracán.

En los espacios de pardas nieblas montañas alza la tempestad; y las estrellas en las tinieblas se ocultan; se hincha gritando el mar.

Siente en su seno naturaleza convulsión honda, cuita mortal, y el infinito de la tristeza envuelve en luto la soledad.

Es el gigante dolor que siente en sus entrañas el vasto mar; porque la Luna llegó a occidente, y huyó ocultando la blanca faz...

Naturaleza, tus emociones son hondas, fieras como es el mar; y la grandeza de tus pasiones llena del mundo la inmensidad. Sobre las crestas de las espumas tenue palpita la claridad; la luz resbala sobre las brumas, hasta las nubes se eleva el mar.

Y sacudiendo la alta melena, a los silbidos del huracán, con sus estruendos el cielo atruena: son sus amores que siente el mar...

Pero, como 'ala de una paloma, recién salida del nido, ya en la penumbra la Luna asoma, como una blanca diosa inmortal...

Y allí parece que entre la bruma mancebo hermosa nadando va: Endimión, blanco como la espuma, sobre las olas avanza ya...

La Diosa amante desde la luna que hunde en las aguas la nívea faz, bajó en la noche de su fortuna, para la dulce fiesta nupcial.

¡Es el instante de la ventura Endimión llega—la Amada ya abre el secreto de su hermosura, en la solemne fiesta nupcial!

¡Ay del que quiera de ese himeneo el infinito goce turbar! Amor colmado de su deseo tendrá los celos, la ira tendrá... Como una reina que su fortuna halló en la ansiada fiesta nupcial, la Luna llena, la hermosa Luna sobre los brazos se alza del mar.

¡Noche, tesoro de amor! se duermen las olas, la aura dormida está; y la luz, se hunde, divino gérmen, en los profundos senos del mar.

Que no rugiendo su furia extiende a los silbidos del huracán y en la ribera las linfas tiende, como de seda níveo cendal.

Ya es corderillo: son sus vellones blancas espumas que aura fugaz peina, al arrullo de las canciones de la divina fiesta nupcial...

Tienes pasiones, Naturaleza, las de tu cielo, las de tu mar; y el infinito de tu grandeza llena de encanto la inmensidad...

•

LOS GIGLOPES

Después de aquellas luchas del cielo y del abismo, en que dentro del caos la luz brotó inmortal, hijos del fuego antiguo, surgieron de si mismo, los continentes, islas de tormentoso mar.

Y sobre una pirámide de montes y de montes, levantó hasta los cielos la coronada sien, del infinito espacio cerró los horizontes, gigante de los cielos, el Chimborazo, el rey.

¿Quién sobre él más excelso, si grande entre los grandes, en el centro del orbe la frente sublimó, el tálamo y el trono del sol sobre los Andes, do en la tarde se inclina, para dormir, el sol?....

Pero cerca al gigante, cual vaporosa nube, surge, flecha atrevida de nívea catedral; arriba, más arriba que el Chimborazo, sube esa columna hercúlea de verde pedestal. Después de aquellas luchas del cielo y de la tierra, escombro gigantesco de gigantesca lid, el frágil, alto monte, rival para la guerra, quedó sobre los cielos cual índice gentil.

Y Chimborazo, el viejo coloso de las cumbres, sintió en su vasto seno febril emulación; de la grandeza herida, rencores, pesadumbres, del rayo no apagado la oculta convulsión.

Los celos, los furores del más terrible imperio, de los robustos cíclopes de la remota edad, el cetro disputando de todo un hemisferio, retábanse en la liza de augusta soledad.

Un día, en el silencio del tiempo primitivo, cuando a entrambos cubría con su cendal la luz, anunció sordo trueno que el Chimborazo altivo de sus ingentes cóleras sintio la plenitud....

Y el rey del Continente, pirámide del mundo, rasgadas las entrañas con furias de volcán, arrojó por las fauces la llama del profundo y ardiendo desnudóse la túnica imperial.

Del fondo del abismo, surgiendo el terremoto avanzó por el mundo, cual genio destructor; tembló el orbe, que su eje crugió deshecho y roto, y fuego, sombra y cieno la inmensidad cubrió.

Vino la noche negra, y envolvió en su sudario, de ruinas y cenizas la vasta soledad, sólo de cuando en cuando, rugido solitario lanzaba el monte, en medio la oscura inmensidad. Tornó la paz del día, tras la noche siniestra, y heridas colosales de la tremenda lid Chimborazo gigante sobre los flancos muestra; pero venció, y eleva triunfante la cerviz.

¿Y el rival? Ya no asciende la nítida saeta: en los lejanos cielos hundióse? Del rival no asoma en el espacio la mágica silueta quebróse cual ligera columna de cristal.

En fieras convulsiones, el cíclope vencido, con estrépito y furia, sobre la faz cayó; ya en melladas almenas deshecho y dividido, es el último esclavo: ¡la gloria al vencedor!

El Chimborazo, el fiero señor de las montañas, ya sereno se encumbra con nueva majestad; y apagada la llama que ardía en sus entrañas, viste otra vez soberbio la túnica imperial.

Que el rige de los Andes el formidable imperio, su cima al cielo asciende, bañada en resplandor; su trono asienta encima de todo el hemisferio, en su cumbre se inclina para dormir el sol....

•

LA INOGENCIA

¿Dónde no está el dolor? ¡Quién lo creyera! Semíramis sentía el viejo hastío, la nostalgia triste: que si apuró el placer, en otro espera, entregada a mortal melancolía y al tedio de la vida...

¿Quién resiste a la ilusión, que es forma de la pena, que ritmos trae de ignorada playa, y cuando apenas la ventura ensaya, las insaciables almas envenena?

Semíramis arrastra el manto de oro; y aprisionada en túnica de seda, al blanco cuello enreda cinta de perlas, símbolo de lloro. En la ondulante cabellera blonda, lucen cual las estrellas de la noche,

sobre esmalte el prodigio de Golconda y de diamantes apretado broche. En el turgente seno, mal velados por el purpúreo manto, de la espalda cambian sus resplandores encontrados rubí sangriento, límpida esmeralda.

A Semíramis gloria! a la señora de Babilonia grande! ¿Quién como ella? Júpiter la ama, su ciudad la adora. ¡Gloria a la Emperatriz radiante y bella! La turba esclava busca el oro que en los antros se atesora, a que pródigo luzca en el palacio de su diosa.... Flora adereza la estancia y los jardines, vacia en la aura serena la esencia del rosal y los jazmines y enseña su canción a Filomena. Mas, Semíramis pasa cavilando y al bosque váse, y mira: piensa no sabe en qué, o está soñando; y en el regazo del placer suspira; porque la Reina siente, que es el diamante oscuro y un andrajo la púrpura de oriente; pues, una noche, desde el regio muro, al rayo de la luna, del imperial jardín en la laguna, sorprendió que pacía entre las flores. ¿quizá visión? un corderillo breve, copo de aérea nieve. tenue girón de cándidos vabores.

Desde entonces, la Reina vestir sueña aquella blanca veste. Turba de esclavos por colmar se empeña su ambición... Y ya invade el bosque agreste; v al misterioso rayo de la luna, al fin en las veredas del bosque oscuro, junto a la laguna, el corderillo asoma... huye por las lejanas alamedas, cruza la agreste Ioma. La turba hostiga a la voraz jauría, y el bosque atruenan voces y clamores; y él cual girón de la arboleda umbría, escóndese en las flores, la como do por las umbrias váse y al fin velado en la impalpable bruma, en la orilla del lago, se deshace... como un copo de espuma...

Y Semíramis triste, sueña aún en la blanca vestidura, y en su árduo afán insiste: y a la empresa se atreve, con nuevo ardor, y al campo se aventura la aduladora plebe.
Y Semíramis dice:—El ágil paso córtele al punto la veloz jauría, y empujadla hacia el lado del ocaso, del bosque a las recónditas entrañas, en donde el cieno cría el junco y las sonantes espadañas. Es tan puro y gracioso,

que entregará su cuello a vuestra mano, el corderillo hermoso, no el vellón al pantano.

Al declinar la noche, cuando el astro de los amantes en la aurora inclina el disco y un destello de alabastro, diáfano y sereno, la alameda de mirtos ilumina, y el tremedal de cieno; llega de los vergeles del oriente el blanco corderillo, entre el rugido de la feroz jauría... Allí está en frente del turbio lago la invadeable orilla... Dando al viento y las fiores un balido no la veste mancilla; y, aún oliente a nardo y a tomillo, indiferente a la fortuna ciega, el pobre corderillo, a su suerte se entrega...

Semíramis dichosa, la excelsa, la envidiada soberana, de Babilonia diosa, a la turba congrega cortesana.

Asoma por las salas del gran festín, radiante de alegría, con imperiales galas astro de reluciente pedrería. Y el palpitante seno concha de nácar, vaso de la muerte, y perfumado cieno,
con no estudiado aliño,
¡injuria de la suerte!
cubre la piel del inocente armiño!!
Sér sin ventura, víctima doliente
de insaciable porfía,
él que del fango huía,
cual de la sombra la genti! aurora,
¡viste hoy el fango humano, pestilente!
cubre tanta grandeza pecadora!

•

LAOGONTE

El rey de la montaña, el Himalaya se alza envuelto en su sábana de nieve; y al pie besando la aromada playa el golfo en suave ondulación se mueve.

¡Tierra de plenitud! Allí derraman flores exuberantes primaveras, celestiales esencias embalsaman, y suenan como liras las palmeras.

La montaña y el cielo, el bosque en torno, joh viciosa, gentil Naturaleza! que, al aliento del sol, en el bochorno, desnuda al sol la germinal belleza!

¡Tierra de amor! allí la aguda garra del águila labró a su amor el lecho, en las faldas del monte, en la pizarra, que vistieron el musgo y el helecho. En la quietud de lo que nadie asecha, al fondo de su nido, a sus polluelos con afán estrecha, en la paz más feliz—la del olvido.

* *

Al primer rayo de la nueva aurora, el águila saluda con el grito del mar la inmensidad que el alba dora, el gigantesco monte, el infinito.

Las alas bate; y desatando el vuelo en las ondas de luz de la mañana, no sacia allá en la inmensidad su anhelo, porque desde la altura soberana, mira abajo su nido—que es su cielo...

En la lejana cresta el disco inclina el sol... Y torna el ave viajera, cuando la tierra amante se ilumina, del sol ya ausente con la luz postrera.

Ebria de vida y lumbre, el águila imperial su nido busca, antes que encima de la nívea cumbre la luna, nuncio de tristezas, luzca.

Ya fatigada llega; el corazón con inquietud se agita: algo teme, las alas mustia pliega, y en su lecho de amor se precipita.

Que, no como en la aurora, piando alegres sus polluelos saltan: que oro viviente y grana tembladora el terciopelo de su nido esmaltan. Que en la mullida seda de aquellos frutos de su amor inerme, la víbora se enreda, y cuán traidora duerme!

¡Oh solitaria escena! la moribunda luz del sol alumbra! luz de misterio llena que va a desvanecerse en la penumbra!...

El águila imperial las alas bate, lanza el mortal graznido de muerte y de combate, y reto y alarido.

Disparada saeta, en la serpiente hinca la férrea garra, esa de acero hiriente que acomete, que hiende y que desgarra...

Mientras alza la víbora sañuda la cabeza ya erguida a la venganza; dentro las fauces un puñal desnuda, ¡la lengua! y presta a combatir, se lanza.

Y al águila estrechando en sus anillos, en la pérfida herida, licor vierten sus húmedos colmillos: licor que arranca con dolor la vida.

¡Ay! por última vez, saluda a lo alto el ave, con el vértigo del ala tienta el postrer asalto, febril aliento exhala...

Más allá de los montes y la nube, con aquel monstruo que en sus alas siente; quiere huir por los cielos: sube, sube, mas se enrosca a su cuello la serpiente. La víbora tenaz el nudo aprieta, cuando en sus carnes prende la airada garra el águila—el atleta de los aires, que asciende y siempre asciende.

El postrer eco de furor se escucha: íntimo acento de temor y duelo. Naturaleza, tu perenne lucha llevas también al impasible cielo.

La tarde ya se aleja y se despide de la blanca luna, que surgiendo del ponto se asemeja a la diosa del mar....

En la laguna, cuando los astros en lo azul se encienden, relegía final, mísero estrago! la serpiente y el águila descienden; y tumba dales el tranquilo lago.

Y tú, Naturaleza indiferente, prosigues siempre la jornada cierta. Los nenúfares blancos solamente se inclinan en el lago blandamente, sobre la tumba de la madre muerta...

EL RUISEÑOR

Por mandato de Júpiter, un día, Filomela cantó... Naturaleza asombrada escuchó la melodía de esa amante del sol y la belleza, que saludó la luz, en mediodía.

El agua al resbalar en las orillas lanzaba al paso rítmico lamento: se inclinaban a oir las florecillas; y celebrando aquellas maravillas, todo era encanto y músicas el viento. Y el ave del Olimpo nuevos trinos ensayaba feliz. Ella ignoraba cual se encharcan los lagos cristalinos, cual la envidia en veredas y caminos, de la gloria los pasos acechaba...

Otra vez, la diana de la aurora modula en lo alto del ciprés erguido. Mas no llegan aplausos a su oído: remédale corneja acusadora, lanza el cuervo su lúgubre graznido.

Y el asno, grave y lento, saluda al sol que surge en el oriente, presidiendo en inmenso firmamento: que también el jumento su nueva vocación de artista siente.

Filomela volando se aleja por la selva solitaria, sus últimos acordes entonando: tan sólo atruena miserable bando con su música varia.

¡Qué sones se oyen, discordantes sones, qué armonías, plebeyas armonías! Son las ranas que gruñen sus canciones. Privan ya los vulgares corazones, y triunfan al fin las medianías.

Bajo un pesado cielo de pizarra, uniforme al compás de su aspereza, que hiere y que desgarra, chilla en la árida estepa la cigarra, insultando a la gran Naturaleza.

Sólo en la noche, al asomar encima de los montes la luna, en el reposo del mundo, el ave excelsa se sublima; y grita, y es su voz como un sollozo.

El cuervo ¿dónde está? ya no se atreve; el jumento a ese grito no responde, calla el insecto aleve, pues en el polvo a descansar se esconde. Besa la luna el lago, la sombra el bosque sobre el lago inclna; y, acordes derramando, el aire vago se aduerme sobre el agua cristalina.

Y Filomela canta de otro suelo las puras y las santas armonías, la ausente primavera, un nuevo cielo y las romanzas de los muertos días...

Y su poema, acorde de gemido, tiene de los recuerdos la tristeza: clamor de un pecho herido, nostalgia que dejó Naturaleza...

Doliente Filomela, proscrita del Edén, busca la sombra, ¿A qué cantar cuando la envidia cela, cuando el odio nos nombra?

Sea la soledad tu compañera, albergue de tu amor, la selva umbría—vergel de primavera,—tu canción de las noches mensajera y la noche tu día...

Gime en el corazón de las montañas, arrulla el sueño al ternezuelo infante, ablanda del tirano las entrañas, y nocturno de paz en las cabañas, seas guía al medroso caminante.

Y en aquel extranjero camposanto donde se abraza humilde pasionaria sobre la tumba de mi Bien; tu canto, recuerdo sea de mi acerbo llanto, y del poeta la última plegaria!

· ·

ANDINA

Del viejo Tungurahua en las rasgadas fauces, como un risco de la agreste montaña, el cóndor cuelga el voluptuoso nido. Allí, en lejana edad, la lava hirviente calcinó las espaldas de granito del monte altivo que sustenta el cielo con la cerviz, que desafió a los siglos, y sobre la región de las tormentas las cóleras encumbra del abismo.

¡Amor, dónde no tejes el leve estambre de tu tela? Esquivo, en los prados en flor, en la desierta cumbre tejes el nido!...
El ave de los Andes, en la roca, disputada al furor del torbellino, concede a su ternura un rincón, un asilo, aunque encima la nube tempestuosa empuje sus pesados remolinos,

aunque desgaje el rayo los cráteres erguidos y el viento, el férreo viento de las cimas, azote las almenas de grànito.

La blanca pluma en torno a la garganta como un collar de perlas, encendidos los indomables ojos entre cercos de sangre, el férreo pico, la airada garra; las tronantes alas, esas liras del páramo sombrío, que en vibración sonora se extienden con las iras del instinto: la negra cola que en los anchos pliegues la nieve guarda; el poderoso grito, que sonando en los aires superiores, como bronce del cielo y del abismo, poema de las rocas y los hielos, turba la soledad del infinito: joh cuán hermosa el águila sagrada, el ave de los Incas, que su nido forma las altas crestas que coronan el páramo sombrío.

Es la hora del amor! Sobre las nieves tenue se extiende el rayo vespertino, cuando el primer lucero asoma en lo infinito; sus cóleras aquieta el huracán; desde los altos riscos de ocaso, el sol, con franjas de colores, e irisados anillos, del Tungurahua ciñe el gigantesco pico....

De los desiertos cielos viajero. amante de la luz, de luz henchido, para plegar las fatigadas alas, en el calor y dicha del instinto. en pos de las caricias de la noche, llega el cóndor andino. Y al llegar junto al cráter, en que guarda su nido, donde fueron las férvidas ternuras y los amores íntimos; clamor de las entrañas desgarradas, inmenso, fiero, altivo, los ecos de la altura fatigando, resuena su graznido. Y a la poniente luz que sus destellos lanza de oriente a los lejanos riscos, en la más alta cima, el viejo cóndor, con el valor olímpico. de su postrer hazaña, en el vasto palenque del vacío. sobre el rival que le usurpó la dicha, que ha mancillado el nido, la garra prende, la nerviosa garra y el acerado pico... Y el rival, para muerte o para vida, resiste al desafío. con el furor de las potentes alas y con las puntas de la garra... Horrísono combate que el desierto de la cumbre llena con alaridos. que al cráter van, en los medrosos ecos, por los antros sombríos....

La contienda dilatan largamente los cóndores andinos, y sus sangrientas alas

truenan cual liras del furor.

Tranquilo

ya el genio de la sombra, hollando las alfombras de rocío, desde los valles sube, indiferente a las luchas del cielo y del abismo, y al monte se adelanta.

Y ronco y súbito, revuelve sus entrañas. vacilando en terrible paroxismo, el vieio Tungurahua, que dormía largo sueño de siglos. Coronado de llama, tiembla, ruge, y desde los cimientos del abismo, su soplo esparce, en convulsión se rasga. Sobre el cráter hendido se asombra el cielo, no aparece el cielo, la tierra su eje inclina; en torbellinos y ondas de cieno, vaporosas lavas e incandescentes riscos. el monstruo inunda los convulsos antros, funde la nieve; y de vapor henchido, con llamas y cenizas llena la soledad del infinito.

Y, 10h vértigo del odio!
luchan aún los cóndores, perdidos
en lava y humareda, indiferentes
al grande cataclismo,
de esa lid de la sombra y de la hoguera
los únicos testigos;
hasta que los avienta por el éter
el aliento final del torbellino....

Se ve, como al destello de un relámpago, de su combate olímpico el último batir de alas que incendia el aliento inflamado del abismo.

¿A do fueron? El Cielo, sólo el Cielo sabe de las venganzas el destino...

GORGELES Y GONDORES

Oscuras las melenas, la faz meditabunda, del páramo cruzando la soledad profunda, avanzan.... Son los tristes esclavos de la raza, que sin yelmo ni espada, mosquete ni coraza, van a morir, bañando con sangre de sus venas la tierra en que nacieron, la madre de sus penas.

Los Shiris. ¡Son los Shiris de la gallarda Quito, que en las gigantes cumbres del páramo infinito, de masas inconscientes en apretadas olas, aguardan, pues ya llegan las huestes españolas! Las españolas huestes, de rubias crenchas de oro, a desposeer al indio vienen, de su tesoro: la tierra donde duermen felices sus mayores, la tierra do no existen ni esclavos ni señores.

Cotopaxi el desierto llenó con alaridos: son ellos los gemidos, estériles gemidos, con que la indiana tierra, de su infeliz estrella, contra los sordos cielos, rugiendo, se querella.

* *

los yelmos, las corazas, los tercios españoles.
Cual aves de colores, coronan las cimeras los cascos que circundan gallardas las testeras.
Las huestes no se arrastran, con vacilante paso.
Corren, vuelan, hollando doquier el campo raso, encima de unos monstruos, que, en arrogante vuelo, bajo sus plantas sienten huir tremante el suelo.

¿Es la invencible tropa de los eternos dioses que de lo alto descienden terribles y veloces, derramando en el suelo la luz de sus enojos, con el rayo iracundo de sus azules ojos? Ya lo dijeron antes los tristes agoreros: vendrán desde muy lejos los domadores fieros, como la nieve blancos, con rojas cabelleras, para usurpar del Inca las libres cordilleras.

Pero, luchar se debe por la tierra,—la tierra, que germen, luz y encanto de la existencia encierra. La indiana tropa empuja sus apretadas olas; y aguardan impasibles las huestes españolas. ¡Lucha tenaz y estéril! El arcabuz la muerte arroja con el plomo sobre una turba inerte, que rueda en los repechos del páramo sombrío, enviando al sol en vano su ingente vocerío. Abre el acero surcos en la sangrienta masa, y el corcel relinchando sobre los muertos pasa; ensangrentadas lanzas sustentan la bandera, el sol en vano en lo alto del firmamento impera: cual lámpara mortuoria sobre sus hijos brilla, y en mustia lumbre baña la cruz, la de Castilla,

¡Victoria! Cotopaxi, con alarido inmenso, gime; a lo lejos tiende la noche un velo denso, que en ondas de ceniza, cual fúnebre sudario, cubre la horrenda escena del campo solitario. Los vencedores cantan la prez de su victoria! ¡Gloria a su grande arrojo y a sus hazañas gloria! Y pues la noche cierra y el sueño los enerva, cansados se recuestan encima de la yerba, mientras atalayando a sus señores, fieles, velan bravos mastines y alígeros corceles.

* *

Mas, cuando de un silencio como de horror y duelo se extiende el ala negra desde el remoto cielo, innumerable turba de pájaros gigantes llega, poblando el aire con gritos resonantes. Son los cóndores regios, los cóndores andinos, terribles vengadores, espíritus divinos, que bajan de los picos del páramo nevados: ¡de la vencida patria los últimos soldados!

Los cóndores se lanzan con invencible zaña, y a los corceles retan, en singular hazaña. Relincha el noble bruto, cuando las alas siente que, látigo de acero, destrózale la frente. Loco se arroja, a impulso de férvida carrera. En su cabeza el cóndor se eleva cual cimera; y al estridente grito de olímpicos enojos, rasga al corcel el cuello, y arráncale los ojos. ¡Lucha final que turba del vencedor el sueño! El lebrel tiembla y busca la sombra de su dueño, y algo oscuro y sombrío sobre las nubes flota: es la postrera etapa de la última derrota!

Es la venganza estéril de la salvaje tierra contra el que trajo el yugo tremendo de la guerra. La libertad que venga la esclavitud de un mundo, que antes de ser esclavo, rebélase iracundo contra la servidumbre que largamente empieza: júltima llamarada que da Naturaleza!

Y el cóndor desde entonces se oculta en la distante altura, do sacude las alas de gigante:
no baja a las campiñas donde habitar solía,
la libertad gozando con el fulgor del día.
Proscrito de su tierra, la busca con el vuelo,
en la llanura vasta del infinito cielo.

LA LEYENDA DEL LOTO

El lago profundo, dormidas las ondas; el viento, embriagado de aromas, el ala despliega, en lo oculto de grietas y frondas, y sobre las gramas que peina, resbala. El cielo, ese encaje de níveas estrellas, se mira en el fondo de aquella laguna; insectos dorados lucen sus centellas, y todo a la lumbre de pálida luna. ¡Qué hermosa la noche, qué hermosa la tierra del Indo, do al cielo se elevan las palmas; gentil horizonte se acerca, se cierra: jedén del ensueño y edén de las almas! NALA es el dichoso, que en la noche aquesa, de MIDA en las faldas la frente reclina. La barca en que juntos se van llega, y besa la faz temblorosa del agua argentina. De ese instante nadie turba los amores; las almas, las vidas se funden en úna; hablan con caricias y aromas las flores, y todo a la lumbre de pálida luna.

: *

-¡Qué linda la noche, su albor cual la nieve!--¡Cuán dulce el almíbar de nuestra ternura! -Más cerca, más cerca, mi bien jes tan breve el frágil momento de nuestra ventura! -Si el amor es sólo la tela de un lirio, si la dicha queda muy luego perdida; en medio este instante de intenso delirio, ¡estallen dos almas y acabe la vida!— La barca en las aguas se va, resbalando, un nimbo la cubre de nítida bruma. El remo golpea tan blando, tan blando, y al golpear deshace la flor de la espuma. Algo por los aires se mece, se agita; lánguidas inclinan la frente las palmas: jes Naturaleza que al amor palpita; ella, eco sonoro que tienen las almas! ¡Qué hermosa la noche, la tierra qué hermosa! El viento parece salir desde la urna del jazmín. ¡Cuán bella la selva reposa! cuán bella y serena la calma nocturna!

Detrás de la prora, siguiendo la estela, cual centellas arden dos ojos de fuego: dos ojos que alumbran un rostro que cela, y húndense en las aguas y aparecen luego. Es SIVA, el ardiente sátiro que acecha las ajenas dichas, que taza sus horas.

Bajo la barquilla, cual luciente flecha, saltan su miradas, saltan traidoras. Y los dos amantes no saben que ruge, que sigue sus pasos el Monstruo celoso; no sienten que avanza, que el vórtice cruje, que alguien desde el fondo se alza receloso. El Monstruo se oculta bajo la barquilla, en sus férreos brazos luego la aprisiona; y, cuando la luna más límpida brilla y más dulce el aura su canción entona; cuando ósculo ardiente de los dos amantes se ove cual susurro de céfiro vago. húndese la barca; y ellos palpitantes, caen abrazados al fondo del lago... Del numen del sueño, del dios del olvido, la sombra preside la lúgubre escena. El lago sus linfas extiende dormido, v duerme en las linfas la brisa serena. Oh dulce tragedia de aquellos amores! dos almas, dos vidas se funden en úna. Júntase el perfume de dos muertas flores, al beso, en el lago, de pálida luna.

* *

Mas, la Primavera llega: Primavera alma de la tierra, siempre bienvenida. El aura susurra, cuerda lisonjera, el agua palpita con ritmo de vida. Y allí donde NALA con MIDA en las olas duerme en lo profundo del lago risueño, surgen, con nevadas, hermosas corolas, dos cálices blancos, cual flores de ensueño. De pálida luna tienen la blancura, la palidez tienen de las alboradas:

flores de las almas, de austera hermosura, flores de los genios, flores de las hadas. ¡Son los blancos lotos, con azul de cielo, sensibles barquillas del trémulo lago, que como dos alas ensayan el vuelo, heridas al soplo del céfiro vago. ¡Solitarias flores! marmóreas corolas sobre un tallo MIDA, sobre un tallo NALA, se inclnan, se besan, al ir de las olas; y al beso, perfumes el cáliz exhala. ¡Flores del ensueño, de la tumba flores! en un tallo NALA y en un tallo MIDA: son la primavera de eternos amores, del amor la vida, del alma la vida!

LIBERTAD O MUERTE (*)

Trae la nave un águila, presente de cierto potentado del Oriente que a otro la envía ¡Obsequio soberano! ¡un águila real! ¡En la sombría · herrada jaula, su mirar lucía, profundo y triste, cual mirar humano.

Al balance del barco, ella inclinaba sobre el cuello la frente, que soñaba talvez, cuando las ondas en la playa del mar plañían fúnebres lamentos... Eran quizá de los nativos vientos, que llegaban de allá del Himalaya...

Fué en la traidora tumultuosa empresa, cuando un rey en los montes la hizo presa; su ala quedó sangrando, dividida.

Aún, ébria de luz, con la mirada desafió al cazador; aún airada golpeó sus manos con el ala herida.

^(*) El motivo y parte del desarrollo de este cuadro corresponde a un poeta brasileño, cuyo nombre se me ha olvidado y cuyo original se me ha perdido.

Cuando bonzos y pajes y doctores tentaban sus heridas, los dolores no amortiguaba el bálsamo que ungía su carne rota en vano.—Como ella decían, no hay un águila más bella—; y el águila a morir languidecía.

¡Qué de veces el águila valiente, resistiendo al martirio largamente, sentía una amplitud como de ensueño, desplegando las alas; las que abiertas de la jaula enredábanse en las puertas: ¡estéril ambición, trágico empeño!

Luego el ave, sombría, pensativa, en solemne actitud, mártir, cautiva, terror de viles, símbolo de bravos, pedir la muerte parecía. ¡Muerte única redención que encuentra el fuerte, si le han vencido imbéciles y esclavos!

Pide la muerte a Dios o el cataclismo, la vorágine inmensa del abismo los dramas de los aires; con un grito morir, heróico grito soberano, o hundirse con estruendo en el oceano, como astro que lanzara el infinito!

¡Libre morir, tentando la victoria, y con las alas, pabellón de gloria, teñidas por la luz que en ondas baja, con el ciclón que al estallar retumba, buscar al fondo de la mar la tumba y la cambiante espuma por mortaja!

En tanto, melancólica, cenceña, como gigante lánguido que sueña, contempla a veces el revuelto oceano, con la mirada ardiente y delirante con que retaba a César triunfante el moribundo gladiador romano.

El Capitán un día, lisonjero, dícele al vigilante carcelero del águila real:—De luz concede un instante a aquella ave moribunda: quizás un rayo de esa luz fecunda devolviendo el calor, salvarla pueda.

Mano piadosa al puente de la nave sube la jaula. El hálito suave del día, el blando resplandor nevado siente y tibias caricias de la lumbre! y abre las alas ya como en la cumbre, las alas, abanico iluminado.

Y la mar ruge en torno del navío; y lejos, en el límite sombrío, do en cielo y mar se cierra el horizonte, las nieblas matutinas, ondulantes, son en sus varias curvas, semejantes a largos flancos de empinado monte.

—Abrid la puerta a su prisión, clemente ordena el Capitán:—Es suficiente el vasto mar para impedir su vuelo.

La inmensidad así su cárcel sea:
en vano su ala herida en la pelea, tentará desplegarse para el cielo.—

Cuando se abre la puerta, cual tormenta su libertad, cual tromba que revienta, mueve las alas; y a volar se atreve el ave: póstra en polvo al carcelreo; y grito vengador lanzando fiero, los grandes remos majestuosa mueve. ¡Y lucha en vano! La agonía llega, y en el delirio a convulsión entrega . las alas en el vuelo postrimero. Lánzase arriba en ímpetu gigante; y en la lenta ascención, ya vacilante, cruje aún de sus nervios el acero.

Detiénese un momento, levantada, cual solitaria vela, iluminada por el último sol: ¡morir a solas, pero morir en libertad. ¡Con brío, mirando al sol en fiero desafío, húndese en lo profundo de las olas!

LIBERTAD Y MUERTE

Del Hudson en la ribera, se alza, nueva maravilla, de la LIBERTAD LA ESTATUA, QUE EL UNIVERSO ILUMINA. Su diestra el faro sustenta que alumbra la ancha bahía: sol que sobre el nuevo mundo sus resplandores inclina; y del ponto en la ribera, a los cielos desafía.

Con irizadas estelas
la antorcha señala altiva
la entrada al pueblo gigante,
que a la Libertad sublima.
Por ella naves acuden
desde apartadas orillas;
la ciencia y el Arte vienen
y moradores arriban;
pues, bajo las nobles tiendas
de una raza que la admira,
la Libertad ciudadana
con ciudadanos habita.

Mas, también la excelsa Diosa que a ese gran pueblo da vida, llama y congrega a las aves con atracción infinita. Y vienen incautas éllas de remotas lejanías: aquella luz las atrae. aquel astro las fascina, y entre las ondas de lumbre a las que raudas se inclinan, sienten de la luz las ansias y el vértigo de la vida. A las vislumbres del rayo que estalla en brillantes chispas. pliégase su ala nerviosa. rómpese su entraña herida; y en un círculo de muerte, locas volando, atraídas por torbellinos de lumbre. en dolorosa caída, ruedan muertas, de la Estatua, en torno al faro, rendidas.

Viajeras de los cielos, inocentes golondrinas, gaviotas que amais la tierra, alegres garzas marinas, yacéis, ante el astro amado, como las hojas marchitas, que al pié del tronco en otoño, al viento se arremolinan....!

¡Ay los que te amaron, muertos en tu regazo se inclinan, Libertad! ¡Oh cuántas veces cuando abrazas, asesinas... Y en las eléctricas ondas de tu luz, del rayo heridas, las almas caen, en torno del sol que las ilumina: ¡Ay Libertad, tú las ciegas, Libertad, las asesinas! (*)

^(*) El faro de luz eléctrica que sostiene la gigantesca «Estatua de la Libertad» en Nueva York, atrae innúmeras aves, las que, incapaces de resistir a la intensa luz de la antorcha, caen muertas, y cubren la plataforma del monumento. Millares de estas aves se recogen y pasan a los mercados, para las exigencias del lujo y de la industria.

PALMAS HERMANAS

Cargada de ricos dones por las áridas estepas, de Abuker la caravana sigue con rumbo a la Meca: Abuker prometió un día, en la tumba del Profeta rendir la devota frente, poner las santas ofrendas. Y—Aláh dijo, a Zaira hermosa largos años darla quiera, y acaben antes mis días, que sus verdes primaveras.—

Y avanza guiando el Viejo a su amada compañera; en muelles cojines de oro sobre un camello la lleva.

Una tarde, cuando avanza la caravana sedienta, encuentra junto a una fuente dos solitarias palmeras, que abrazadas, en el viento, cruzan las sonantes pencas, que de sus flores el polen al soplo del aire mezclan, que ebrias de savia y de vida, enamoradas se elevan. -; Bendito Aláh, que concede agua y lumbre a nuestra cena!-clama Abuker, y de su hacha al golpe, la palma en tierra cae, rompiendo sus hojas que en la otra palma se enredan....

¡Triste palma del desierto, sin tu compañera quedas! ¡Ay presto gemirás sola al viento de las estepas! ¡Triste palmera viuda, en vano a Abuker, la bella Zaira decía:—No cortes esa amorosa palmera: que si la cortas, su hermana se morirá de tristeza. Si la cortas, también corta a su amante compañera,—

* *

Cuántas lunas han pasado sobre las pampas desiertas. Ya vuelve la caravana desde la sagrada Meca. No Abuker alegre torna, torna muerto de tristeza. Y la caravana avanza por las solitarias sendas, cual doliente comitiva que desde las tumbas llega. Sigue en silencio el Anciano, casi inclinado a la tierra. Están nublados sus ojos, cana trae la cabeza; y su oscura barba cubre la escarcha de la tristeza. Que Zaira, su amada esposa, quedó en la sagrada Meca: cayó la flor de sus años en la tumba del Profeta.

—¡Buen Aláh, para qué vuelvo a mi patria y a mi tienda?—
Así clama, recostado al tronco de una palmera:
la palmera solitaria que bate sus ramas secas, lira de las soledades, resto de otras primaveras.
Es la palmera viuda, la pobre palmera muerta.

El Peregrino la mira y llora, porque recuerda, lo que Zaira le decía, cuando el hacha postró en tierra, de esas amantes hermanas del desierto, a la más bella.

—¡Oh Padre de los creyentes, la vida no me concedas! Ya mis inviernos no tienen de Zaira las primaveras.

Asoma el alba, es la hora de alzar la voluble tienda.

Mas, duerme Abuker. Ya se alza el sol. Pero no despierta; que eterno, piadoso sueño duerme bajo la palmera; esa palmera viuda, aquella palmera muerta, que una perenne elegía canta con sus ramas secas....

EL GENIO

Del laurel la simiente del viento en alas vino, quizá de Grecia antigua sonriente, o del solar latino. Y el austro en la pendiente, le arrojó de unas áridas colinas, donde la ortiga es mirto de la frente y rosas las espinas.

Airecillo bravío volcó el polvo que rueda en el desierto sobre el divino germen, que, en el frío hinchóse con el llanto del rocío, y brotó casi muerto...

Pimpollo de esmeralda, nacido sin fortuna, del monte oscuro en la agrietada falda, sin el ardiente sol que le nutriera, languidecía al rayo de la luna: la noche su amor era.... La negra roca del paisaje al fondo: allí y doquier el cardo y el espino, debajo el abismo hondo, encima el cielo, pabellón divino que cubre todo: la desnuda cresta, las graciosas praderas, el marino golfo y la soledad y la floresta.

En un puño de polvo de la peña; como luchando por huir al cielo, ser imposible que imposible sueña, el árbol mustio se encadena al suelo.—

La rama al viento inclina que suena como cuerda gemidora; y sobre el tronco siente aguda espina, y le abraza la ortiga punzadora.

¡Y cuán oscuro el día para él, de los vergeles habitante! cuán profunda la noche en que moría de nostalgia, de frío, en la distante tierra donde la luz es gris y fría y el sol agonizante.

Llega viento aromado:
de la patria tal vez, de Grecia hermosa,
de los latinos campos, del dorado
país del sol y del amor. Quisiera
el árbol de los dioses la grandiosa
frente ceñir, llenar la fresca brisa

de aroma y ritmo eternos... Mas, espera en vano. Cierzo enfermo se desliza, hiela sus hojas: no la primavera llega a aquel pardo suelo, que la risueña flor nunca matiza, y jamás mira con piedad el cielo.

18: ai

Es la hora del crepúsculo sombrío.

La atmósfera invernal viste de luto.

Naturaleza esconde en sus entrañas misterios de dolor. El cierzo frío sopla en el árbol del olimpo enjuto.

Desde la montaña alta, rueda el guijarro a herir su rama mustia; que en convulsiones se estremece y salta; y el árbol siente la suprema angustia del instante fatal....

Alía a lo lejos, cárdeno el sol en brumas se sepulta, y sus ténues reflejos la informe masa de la sombra oculta. Un instante tan sólo... El ancho monte, rasga su seno hiriéndose la frente: un mar de polvo cierra el horizonte: y Dios sacude al mundo.... ¡El terremoto! Inclina cual coloso omnipotente la inmensa cordillera: cae roto el alto pico, y atronando el eco, rueda en la agitación del paroxismo; y con estruendo retumbante y seco, baja al abismo, se hunde en el abismo.

Y el sacro árbol de Apolo, en la postrera y dolorosa tarde de la vida, siente quizá venir la primavera, nunca llegada, siempre apetecida....

Naturaleza agítase cual loca, ly oh minuto maldito, rueda del monte desgajada roca sobre el laurel, ese infeliz proscrito...

Arbol de Apolo, agonizante ama de la eterna, divina poesía, naciste donde la divina llama, no prende, donde ni se siente ni ama; iy te aplastó catástrofe sombría!

* *

De las almas de estirpe gigantea,
Genio, misterio y soplo de los dioses,
cumbre del pensamiento y de la idea,
de ilimitado espacio alas veloces,
en las tinieblas encendida tea;
desgraciado de tí si el Hado adverso
te arroja entre guijarros! Sin fortuna,
¿a qué trajiste a la penumbra el día?
En el postrer rincón del universo,
es tu doliente lámpara la luna,
y tu canto la esteril elegía.

En vano el cielo encima resplandece, en vano rueda en irisados hilos la luz, cuando la ortiga en torno crece y los pies hieren los tajantes filos del árido peñón.... Genio doliente, en una ingrata tierra peregrino, tentaste alzar la coronada frente, y saludar al mundo, y el camino abrirte al grande aplauso.....

¡Pero en vano!
Cielo de plomo a tus espaldas pesa;
y tu canto de pobre soberano,
clamor, himno o gemido,
se hunde en la sepulcral Naturaleza
y en el callado abismo del Olvido....



PRO PATRIA

De Guatemala remota vino el CAPITAN DEL SOL, otra playa y tierra ignota abriendo al cetro español.

El insigne ADELANTADO sueña en heroicas campañas: otro mejor que Alvarado no engendraron las Españas.

Ya alegre salta a la orilla de la tierra ecuatoriana, alza el pendón de Castilla, planta la cruz soberana.

Y a lo lejos ve una aldea y sueña en vastos imperios, que tras gloriosa pelea, le entregarán sus misterios.... Y nadie aparece: en vano reta, en ademán sañudo, la espada en la diestra mano, en la siniestra el escudo.

Los moradores en tanto de esos oscuros aduares huyen, presa del espanto, al fondo de los palmares.

* *

Mas, en el bosque se escucha un grito de muerte. Exclama el Capitán:—A la lucha, por España y por la fama.—

Tintos en sangre los ojos, como un rayo la mirada, las fauces como antros rojos y la cola levantada,

se adelanta, con rugido a que enmudece el oceano, de oro y ébano vestido, el jaguar americano.

La cerviz en son de guerra, presta la garra de acero, sale a defender su tierra contra el Tirano extranjero;

mientras el Campeón se lanza al monstruo de la espesura: ¡con él probará su lanza y su invencible armadura!... —¡A fe, que es bello animal— Don Pedro dice, y se apresta a la batalla campal con el rey de la floresta.

La gente acude, bravíos se abalanzan cien lebreles Mas el Jefe exclama:—Míos son de esta lid los laureles.—

Y se va, que es el momento de la muerte o de la vida. La fiera con paso lento, avanza a la acometida.

Su garra—pujante maza tiende en ademán sublime: lanza y escudo y coraza entre sus brazos oprime.

El Español arrogante grita en balde:—¡Cierra! ¡Cierra! De los bosques el gigante postra al Capitán en tierra.

Mas, el arcabuz apresta de lejos un mosquetero: pone el punto, el tiro asesta, y silba el plomo certero.

Y oh dolor! cobarde bala del jaguar el pecho ha herido.... Bañado en su sangre exhala el monstruo el postrer rugido.... —He vencido!—voto al Cielo! dice el CAPITAN DEL SOL: Quien defiende así su suelo digno es del nombre español.—

Y aquel vencedor famoso, con pífanos y timbales, hace honores al coloso de las selvas tropicales.

Y como prez y decoro de aquel combate sañudo, del jaguar la piel de oro extiende sobre el escudo...

LA MUERTE DEL LEON

En la caverna oscura, el grande, el fuerte sólo la muerte aguarda, ¡el rey de los desiertos! y la muerte a sus rugidos tarda.

Ya no el sol africano en su pupila como brasa alumbra: en el pesado sueño del verano, es de la edad que acaba la penumbra.

¡Ay! que doliente y ciego, ya no las osadías siente y el fuego, el indomable fuego de juveniles días.

Adusto y solitario, el león la melena sacude: es el sudario, para su tumba, en la caliente arena. Y su garra crispada, que gobernó a las fieras del desierto, sobre la arena horada su tálamo de muerto.

Y su grito—no el grito clamor de tempestades que turba lo infinito de aquellas soledades,

es la solemne queja que surge al estertor de las entrañas, y en los ecos se aleja por el límite azul de las montañas.

Y se oye allá, un rumor. Son los clamores de peregrinas fieras: los lobos aulladores invaden del desierto las fronteras.

Siente el viejo león en las oleadas de su ígnea sangre que su furia late. Si ha de morir, ¡qué en épicas jornadas, sucumba ensangrentado en el combate!

A la riña se apresta, la garganta de acero levantada, la regia frente enhiesta, la lengua como espada.

Y al invadir los lobos en la gruta, se oye el rugido que los campos llena. El león ciego con la lengua enjuta, la soledad atruena. ¡Lidia tenaz! Los lobos montañeses cabalgan sobre el rey de los desiertos, que cien veces herido, otras cien veces, los postra luego sobre el polvo muertos...

Y otros acuden, y el león rugiendo, se alza en alto, con ellos coronado— su diadema de sangre!—y con estruendo, rueda por fin el adalid postrado.

Sus colmillos gastaron los aceros, en los asaltos; su broncínea garra que destrozó los lobos extranjeros, no ya sus carnes en la lid desgarra.

Y por la vez postrera, lejos lanzando al lobo que le hiere; lamiendo sus heridas, la gran fiera vacila, cae, muere...

En las rubias arenas del desierto africano, asomarán deshechas las melenas de su rey, de su dueño y soberano...

Luego, en aquellos arenales rojos, restos de hambres, envidias y rencores, sus huesos blanquearán, tristes despojos, de los plebeyos lobos aulladores...

¿Quién en Africa reina? Ya no asoma

el rey de las arenas ¡mudo estrago de codicia y venganza! Postró Roma al león de Cartago...

.

EL CAPITAN DEL SIGLO

Cuando, rebelde, nuevo Prometeo, el Capitán del Siglo agoniza en la roca a los estruendos del Atlántico abismo,

las águilas—¡las águilas del imperio y la gloria!—llegan, desde las conocidas playas, do aún la tierra nutre los laureles.

Y moribundo el Genio, más grande que su siglo, siente al morir calor de un universo: el cielo y el abismo.

Bonaparte quisiera que lleve alguien a Europa sus clamores, a no dar a los ecos de otra tierra la última, la alta voz de sus adioses. Y que las grandes águilas, las imperales águilas, su espíritu lleven, con el estruendo de las alas, por toda la extensión del infinito...

Las águilas sacuden ya sus remos de acero, para surcar el cielo, las azules ondas: el mar, la tierra y el desierto.

Dejan la roca agreste del muerto Prometeo, a la distante soledad se adelantan y detiénense en las altas Pirámides.

Y desde allí contemplan lo pasado, las razas, los imperios fenecidos; y oyen que los leones de Alejandro responden de las águilas al grito.

Mientras allá en Europa afila el leopardo sus rencores; y príncipes del cielo, su victoria cantan también los míseros halcones,

En las tibias riberas de la divina Francia, huérfana del honor, los ecos llena la estridente canción de las cigarras.

Mas siempre en lo infinito, en el oceano, en las moles que cierran el desierto, símbolo de grandeza, en el ocaso del mundo igrande conjunción del genio! cuando en la historia, en sus revueltos campos, se citen los gigantes, los imperios; al rugir los leones de Alejandro, las águilas de Francia con el vuelo circularán los continentes vastos, tentarán la conquista de los cielos....

LA MUERTE DEL GIERVO

El tierno cervatillo era en la granja nuestro hermano en los juegos. ¡Piel la suya de blando terciopelo, tembladora en eléctricas ondas, gris y blanca; en arco alzado el arrogante cuello con rústica altivez; como en atisbo de perfumes y vientos de la selva abierta la nariz; negros los ojos cual de bruñido acero relucientes; los leves cascos de ébano brillantes, prestos a la emoción de la carrera! ¡Gallardo el morador de la espesura, que atado, un día de la selva vino, atado en tierna esclavitud: aquella que nuestro amor le diera ¡cervatillo! su esclavitud fue nuestra dicha...!

Todos en cerco de caricias le pusimos; y con él nos tendimos en la yerba,

a su cuello abrazados: entre tanto la bestia hermosa levantaba al cielo los ojos suplicantes, encendidos, como pidiendo al cielo le devuelva la libertad del dulce paraíso, que no lejos sus verdes enramadas en el agreste límite extendía...

¡Cuanto tiempo ha pasado! Fué aquel tiempo de edén en flor, de encanto! El ciervo hermoso con nosotros creció: con él jugando en el patio saltábamos; él era de todos disputado favorito, que arrogante la testa levantaba, y soberbio, golpçando el suelo, abría las húmedas narices, imponiendo el señorío del amor.

Un día, pusimos en su cuello la cadena de hierro, señal dura de constante esclavitud. El montañés esclavo lamió y besó la mano a sus señores...

La horas empujaron la corriente adelante, adelante.... Ellas que nutren el ardor de la savia que la yema cuaja para el capullo, de las sienes de nuestro hermano resurgir hicieron núbil botón de la gentil diadema; la que después magnífica en su frente se elevará cual del laurel la rama.

Pero él huía en fuga cautelosa algo buscando en la floresta, cuna de su vida y ternura: adolescente ama volver a la escondida gruta, a la pradera en flor, que en sus pupilas quedan en las imágenes intensas...

Mas tornaba a la hacienda, y a la tarde saltaba en el umbral, para lanzarse al caliente regazo, a las caricias que al fugitivo ingrato preparaba la caterva infantil: yerba aromada y corolas de rosas, agua dulce de la doncella en la nevada mano y el beso del infante, que en el cuello se colgaba, goloso de los labios negros de aquella bestia tentadora, agreste, inquieta, esquiva y adorada.

¡Cada vez más huraño y ya sombrío, asomado al ribazo, en la espesura, se paraba a mirar, tenaz y triste a alguien que le llamaba, que en el bosque le mostraba la faz tras los alisos. Una mañana, a la primera lumbre, le sentimos saltar: nunca tan presto lanzado se hubo al tentador retiro de la vecina selva.

Presentida fue ya su libertad: ansia impetuosa de plenitud, de amor, de paraíso, que tiene un nombre más—Naturaleza—

¡No vuelve! Adiós! —Viene la noche y nada! viene otra noche y otra: qué agonía!

La ausencia, aquella hermana de la muerte, mostró su hirsuta faz en nuestra casa, por la primera vez. Lloramos tánto! hasta que el sueño bienhechor secaba las lágrimas; y en sueño, aparecía el amado, el ingrato; de su cuello pendientes, le decíamos llorando blanda reconvención...

Aún en mi alma presente está el recuerdo de esa tarde, de esa noche; del día en que fue cierta su ausencia ya, su ingrata despedida. ¡Pobrecito! Quién sabe! ¿Muerto habría en las garras del lobo? ¿Y un disparo no se escuchó a lo lejos? ¿Cayó al plomo de aleve cazador? ¿Quizá los perros que ladraban ayer en la espesura abatieron al ciervo en la carrera? Respondía el silencio: aquel silencio, idioma de la ausencia y de la muerte.....

¡Cuántos años después! Ya los mancebos de los primeros tiempos la jornada rendido hubimos de la vida loca que hasta acabar se empuja y se dispersa. En los cabellos do esplendía el rayo de alborada gentil, ceniza, polvo, nieve; en los labios, manantial de risa, la enferma palidez de los hastíos de tanto goce y gloria mentirosos.

Fuimos un día a la desierta granja, los mismos, casi todos los que un tiempo corriendo por las verdes praderías, y la intrincada senda de los bosques llenábamos las horas. Allá fuimos con armas y peones y lebreles, para la caza: esa emoción caduca, tenaz, como la guerra, fiesta horrenda que el hambre sacia de la fiera humana.

En espera, tendidos en la grama, mirábamos la entrada de la selva. El lebrel acechaba, los corceles dormitaban cansados. En la linde asomó, como flor de la espesura, rubia como el trigal, la corza bella... Mira en traviesa espectación, galopa, se para aquí y allá, cual demandando a alguien amparo; avanza disparada, ya perdido el instinto, hacia nosotros. Se tiende el arma en la segura mano del diestro cazador; el arma estalla, a tiempo que otro ciervo gris y blanco salta junto a la cierva; y él con ella, en apretado haz, saltan heridos, y ruedan en la alfombra de la grama que se cubre de flores, las de sangre: ¡trofeo y gloria de la humana fiera!

Corrimos al botín de la victoria.--¡Doble triunfo al cazador! la inerme pareja yace allí: la cervatilla muerta va está; y el ciervo agonizante que el ramaje estremece de sus astas, que nos mira y se queja, con la ardiente llamarada postrera de sus ojos, res él! el mismo hermano de otros días de amor y paz, cuando éramos tan buenos! ¡La cadena de esclavo al cuello lleva! Hasta su amada, el caso adivinando, tfuese por ella y a morir con ella! Nos mira, nos conoce, nos acusan sus ojos sin fulgor, que no rechazan darnos de su mirada de agonía el último destello. ¡Nos perdona! Lame mi mano, y en mi mano queda la humedad de su aliento!

Generoso

el nos dejó: siguió a su compañera. ¡Por ella ha muerto! y estas duras manos, que cortar debe el Cielo, le han quitado con el amor la vida... ¿Quién castiga a las humanas fieras, que así empapan en sangre la inocencia de la tierra?...

ENGUENTRO

Llevando voluble el paso por incógnitas riberas, hoy cuando avanzo al ocaso, hallo mis cosas primeras.

Al recodo de un sendero, de un saucedal a la orilla, escucho un són lastimero, y una música sencilla.

¡Es de mi río! Mi río, el de mis primeras penas, hoy llega crecido y frío, por las revueltas arenas.

Imagen viva del hombre, gimiendo ha llegado a solas, hasta aquí, a perder su nombre en el seno de otras olas.... ¡Dulce y pobre río! el mismo, el hijo de mis montañas; dió agua para tu bautismo, ¡oh Musa de mis entrañas!

El lamía la floresta junto a mi heredad perdida, y hacía coro en la orquesta de la enramada florida;

cuando yo soñaba en seres, tierra y cielo luminosos: ¡oh gratos amaneceres, oh crepúsculos hermosos!

¡Ay triste cansado llegas y ya con espumas cano, como yo, tras tantas bregas, con el invierno cercano.

No traes en la corriente esas linfas cristalinas, en que me hundí, adolescente, en esas horas divinas...

Deshecha la cabellera, arrastran las ondas rojas flores secas, mustias hojas, quitadas a la ribera.

¡Ay llorando como un niño y sintiendo la dolencia de ese perdido cariño de mi muerta adolescencia;

tu agua llevaré a mi boca, tu agua verteré en mi seno; y ella tal vez ¡agua loca! será para mí un veneno. Y de tantos goces idos sintiendo el amor distante, seguiremos, con gemidos, yo adelante, tú adelante.

Tú en el seno de otro río, muerto en sus hercúleos brazos: yo, fuera del techo mío, el corazón en pedazos....

. , • .

PERLAS Y LAGRIMAS

Ah! no me pidas, Elena mía, las blancas perlas.
Son ellas, vida del alma, lágrimas del mar, del cielo: son las tristezas de esta insondable
Naturaleza.

Y aquella historia de aquella niña de la ribera, la que lloraba junto al oceano, di ¿no recuerdas?...

La niña gime sobre la orilla del mar, la ausencia: la de su amado, que se fue un día, un día hermoso de primavera. Sobre la roca de las espumas, surgir ve en sueños la blanca vela, allá en la linde del horizonte, como paloma de alas abiertas. ¡Es él! muy luego sobre la nave veráse en alto su frente esbelta...
Pero ay! la nave no avanza al puerto, se hundió en el seno de las tinieblas.

Desde la roca de las espumas lágrimas caen de la doncella dentro las fauces, donde se agitan las turbias ondas de la ribera. La niña en vano junto a la orilla como una blanca visión espera... Ya nó, en la linde del horizonte, surge amorosa la blanca vela, como gaviota color de cielo como paloma de alas abiertas.

El sol ha vuelto. Sobre el desierto su alfombra teje la primavera. Mas sobre el ponto las tempestades lanza el invierno que ya se aleja...

Entre caricias del torbellino, en los corceles de la tormenta, como gaviota que entre las ondas, flota sin alas, herida y muerta; en los abismos, en las espumas, se hunde y levanta la bianca vela: es la paloma con que soñaba la triste virgen de la ribera...

Torna el amante sobre las ondas lucha en las fauces del monstruo a ciegas; Pero, invencible salta a las cumbres de esas montañas de la tormenta, y con él cae sobre la orilla la negra concha de blancas perlas...

Será el presente para su amada, de sus amores última prenda...

Pero la niña ya no aparece sobre las rocas de la ribera... ¡Ay cuántas lunas fueron sus lágrimas, al mar que cuaja las blancas perlas: ¡perlas, imágen de pena y lágrimas símbolo mudo de la tristeza!

¡Ah no me pidas, bien de mi vida para tu cuello, lívidas perlas! Son ellas llanto del mar, del cielo: muda y secreta lengua que tiene Naturaleza. Para decirnos todo lo inmenso de sus amores y de sus penas.

•

LAS LUGIERNAGAS

Como estrellas de la pampa, las luciérnagas, súbitas chispas que bordan el manto de las tinieblas, en los misteriosos bosques, en las sendas; mensajeras de otros mundos, centellean.

¡Cuántas veces he soñado, mirando en las noches negras los volubles resplandores de las inquietas luciérnagas! ¿Si serán almas errantes de otras tierras? Ay! si estarán condenadas a lucir en las tinieblas? En las mudas soledades de la tierra, cuando me embargaba el númen, y en la senda, viajaba como embriagado,

casi a ciegas, aún mirando seguía las luciérnagas, esos fantásticos seres, amantes de las tinieblas,

Su luz me guiabá a casa; de sus huellas, el derrotero seguía como a tientas, soñando en los imposibles de otros mundos y otras tierras.

Y cuántas veces, ay! cuántas joh torpeza! mi planta el insecto de oro hollaba, rodando a ciegas.

¡Matar la luz inocente que nos muestra unas ansias que se llaman la quimera, la luz que jamás ofende, la luz del genio modesta!...

k :

Si del sol huyendo tímidos, adolescentes poetas desacorde acento ensayan de las canciones primeras; ¡dejadlos en paz! no fieros en las sendas piséis al insecto de oro: que tal vez su luz modesta será algún día la antorcha de las humanas tinieblas...

GULTO DOLIENTE

A Miguel Moreno

De la corteza rota fluye cual fuente de la extinta vida la sávia de la rama dolorida, que entre perfumes brota.

Queda luego agotado el manantial de ese dolor intenso, y en el tronco agrietado, el lloro se ve al fin cristalizado símbolo de la muerte: jes el incienso!

¿Qué otra cosa mejor, agradecidos darte podrán los tristes que te adoran, en esta tierra, patria de gemidos, Señor, sino las lágrimas que lloran los árboles heridos?.... ¡Ay la humana flaqueza qué engendra sino lágrimas? Perfume de esta pobre, mortal naturaleza, en las aras, Señor, de tu grandeza, el dolor, como incienso, se consume.

Por mano de un querube, como vapor del cielo, a lo alto, en ondas aromadas, sube; y en el altar es misteriosa nube; y tras la nube, la piedad del cielo.

ULTIMO AMOR

En la solitaria estancia, donde el condenado a muerte el último sol espera; como un sudario de nieve, sobre los muros desnudos, la araña su red extiende. El triste mira como ella, su compañera de albergue labra así con sus entrañas para un sol la tela breve, que durará más que el hombre, más que el condenado a muerte... El triste piensa.-Mi hermana para mí el sudario teje. La araña sus hilos cruza junto a su amigo. Parece que a su desgraciado amigo ocultar con ellos quiere. Y él las últimas migajas de su pobre mesa cede a la única compañera que sus dolores comprende.

—Buen alcaide! cuando muera, mi dulce hermana, aquí quede sobre mi lecho. No rompas de su amor las blandas redes. da a esa amiga de los tristes migajas de tu banquete, y ella goce de los días que no gozaré...

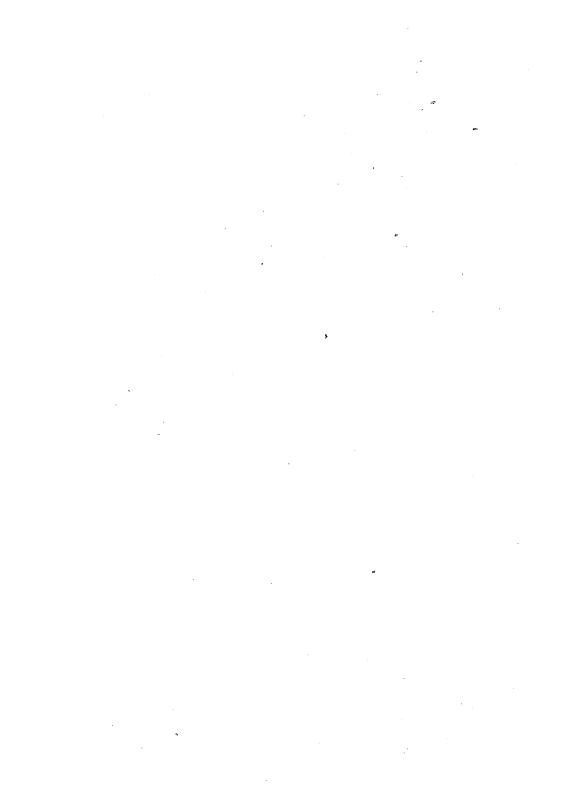
El albergue se abre ya 'del condenado... ¡Es el momento solemne! Al salir, por su amor último cuántas amarguras siente...

Como una blanca paloma, desde su banco de muerte, va su recuerdo temblando a aquel solitario albergue, donde la hilandera araña la mortaja para él teje...

Al despuntar de otro día la luz, el alcaide viene a la solitaria estancia del que se entregó a la muerte, y hoy en su lecho de sangre el eterno sueño duerme!...

Y al ver encima del lecho, cruzados los hilos breves, busca a la araña... La araña en sus postrimeras redes, yace inmóvil como envuelta en su mortaja de nieve...

¿Si en otros soles, Dios mío, se encontrarán esos seres, que con misterioso idioma, se comprenden y se quieren, en la soledad suprema del dolor y de la muerte?



VIDA

En la larva la oruga palpita, y a la luz que deshace la sombra, cual destello del iris fecundo, cual prodigio de amor de la aurora, se despierta y despliega las alas feliz mariposa.
¡Primavera! Inmortal primavera que nunca se agota!
Se renueva y renace la vida: del amor las simientes que brotan en el polvo, en el átomo guardan la centella inmortal creadora.

Mariposa, embriagada de lumbre, canta el himno de amor. ¡Mariposa! el amor es su muerte: su muerte es nido en que brota el enjambre de orugas aladas, donde el iris y el cielo se copian. En la muerte palpita la vida, cual se esconde la luz en la sombra.

De ceniza de insectos dorados nació la amapola, con la altiva cerviz coronada de clámides rojas... de la muerta amapola en el seno, los cínifes brotan, con sus alas de nácar y de oro, de púrpura y sombra, para luego cantar sus amores a la nueva gentil amapola...

¡Polvo humano, que al polvo te mezclas, al seno al fin tornas de la tierra, que amó primavera con pasiones eternas y locas! ¡Polvo humano, en tu seno, las flores, con rocío de lágrimas, brotan.

¡Oh mortal, son tus hijas, las flores que dejaste en la madre que adoras! Primavera que pasa y que vuelve, que muere, que torna: sucesión de la nieve y el fuego, de luces y sombras.

Que la vida al amor resucita, que salta, que brota, con la luz de los cielos que engendra en la nada: gentil creadora de almas, astros, flores: ... universo que nunca se agota.

PODER DEL GANTO

Linda princesa de la mañana, sal un instante, y en la ventana, oye las quejas de tu cantor.

Convulsa mano pulsa la lira: rimas y acordes del que suspira el bardo arranca del corazón; las tortolillas a sus gemidos alzan los cuellos sobre los nidos a oir los himnos del Troyador.

—La alondra anuncia ya la alborada sobre los sauces de la enramada. ¿No oyes los ecos de mi canción? Sal, oh lucero de la mañana, tras las vidrieras de tu ventana, tras los jazmines de tu balcón.

Por la enramada surge la aurora. ¿Do está la niña que el bardo adora? tiene una roca por corazón... Así el divino Poeta canta: pero se anudan a su garganta, llantos que apagan luego su voz. que no contesta, como solía la hermosa niña, por quien decía él el prodigio de su canción. Las tortolillas a sus gemidos, del canto heridas, dejan los nidos, enamoradas del trovador. Y de la gruta de helecho y flores, la CROTOLARIA de mil colores, sale al acento de la canción; sigue al poeta, blanda y sencilla, , y se recuesta, cual cervatilla, bajo la sombra del Trovador...

Que aun las entrañas de la serpiente ablandas, dulce lira inocente, vida del mundo, del alma flor...
Sólo la Hermosa de la ventana rehusa el himno de la mañana y las canciones del Trovador.

ADORMIDERAS

La flor lánguida y triste, la flor de destrenzada cabellera su leve tela viste: ¡pálida adormidera!

Bajo la tela leve, adentro de sus húmedas entrañas, guarda el licor aleve de las ansias extrañas.

De la negra simiente, que se esconde en la frágil envoltura, brota el néctar doliente del sueño, la ilusión y la locura....

Símbolo al cabo de la humana suerte, del hombre inseparable compañera, encima seda y oro, adentro muerte: ¡flor de la Humanidad, adormidera! La frágil flor del olvido con sus corolas deshechas, es como www urna de alabastro como un capullo de seda.

Es la flor que resucita, la inmortal adormidera; pues si caen sus corolas y sus estambres de seda; negros en su cáliz seco los traidores granos quedan: los que el licor del ensueño dan a las almas: eternas simientes de amor, de muerte, que desconocida esencia dan a los labios que imploran para el amor otra tierra.

A quien fué herido en la sombra, al que mató la tristeza, pues comió amasado en sangre el pan de su pobre mesa, dadle el licor del ensueño, cubridle de adormideras, las que dan las embriagueces de matadoras esencias.

Es la muerte de la muerte, el pan del que nada espera, y en las corrientes se arroja, las que no tienen riberas, para llegar al oceano sin fondo de la tristeza.

GRISANTEMO

Hirióle el viento con las furias locas que despliega crugiendo en los ramajes; le trajo de los antros y las rocas, el furor de unas cóleras salvajes.

Y temblando la flor, sintió llegada la angustia de morir; y sin aliento, trocóse luego, casi deshojada, en un lirio deshecho por el viento...

Y pasado el furor de la tormenta, sobre el airoso tallo, enaltecida, orgullosa hoy se ostenta con la soberbia audaz de la caída. ,

LA VIOLETA

Dijo la esbelta rosa:

—Mi aroma es para el sol; y el lirio dijo:

—Siempre es tuyo mi amor, oh luna hermosa, soy del misterio de tus noches hijo.—

Y la violeta que las hojas cierra al beso de la luz, se inclinó al suelo diciendo:—Mas, mi amor es a la tierra la santa madre que me ha dado el cielo.—

Y el ánfora de olores rompió bajo las hojas; y perdida la castidad, la santa de las flores al blando suelo devolvió la vida.

PENSAMIENTO

Te llaman PENSAMIENTO: cineraria llamarte deben, flor de la tristeza. De la aldea en las tumbas, solitaria escondes bajo el polvo la cabeza.

Como este triste pensamiento humano, que aunque florece en la mortal jornada, frágil como la flor, como ella vano, pensamiento se llama, jy es la nada! Ÿ. ·

LA ROSA

Abrió como dos alas sus pétalos de nácar primorosa. La plenitud sintiendo de sus galas, se alzó en el tallo la fragante rosa.

Insecto enamorado sobre su seno de marfil se posa; se siente en otra vida transformado, y truécase en brillante mariposa.

La mariposa triste muere al nacer: su amor le abrió la fosa. De sus nativas pompas se desviste también la linda, enamorada rosa.

Al fin, llega la araña, y sobre la corola primorosa, la mortaja con tela de su entraña, teje a la muerta rosa. **,**

NO ME OLVIDES

Del torrente que baja de los perennes hielos, en la ribera, huella los húmedos senderos pareja enamorada, que cuenta sus secretos al monte solitario y al páramo desierto.

—Mira los blancos Alpes coronados de hielo.
Como esas nieves puras, será mi amor eterno...
Y si muero, oh amada, no me olvides, te espero: si no es la tierra nuestra, mi bien, lo será el cielo.

—Mira sobre las rocas en los verdes helechos, esas flores azules, como un girón del cielo. —Tuyas serán, bien mío dice al punto el mancebo. Salta sobre las aguas, del torrente el estruendo.

Regocijado arranca la flor para su dueño; la flor del imposible; azul como los cielos...

El ramillete en alto, veloz salta el mancebo, y su emoción parece la lividez de un muerto... Y cae... en el vacío con las alas del vértigo; y del turbión de espumas en el sudario envuelto, se lo lleva el torrente hacia el abismo lejos.

Mas, no sin que su mano, en la actitud del vértigo, se alce y lance a la orilla las flores, las del cielo.

Mas, no sin que sus labios del vórtice al estruendo, exclamen:—NO ME OLVIDES—en cita para el cielo.

La flor para las tumbas la flor del ventisquero...

NO ME OLVIDES te llaman flor azul del recuerdo, como las almas ténue, blanca como es el hielo; cual la dicha imposible, y azul como los cielos....

ASTRO DE PAZ

Cual ave en el nido reposa en la cuna el infante travieso, al que adora la triste viuda. La casa de caña, y en la selva oscura... Soledad, la callada, la buena, la santa viuda. Platanal sonante, palmeras que arrullan: sólo Dios a la pobre acompaña, y en el cielo la pálida luna. Duerme junto al hijo con calma profunda: sueña en Dios que la guarda y la mira con los rayos de amor de la luna. Todo allí reposa cerca aquellas dos tórtolas juntas. Acecha tan sólo el puñal, en la calma nocturna. Las horas sucédense: las doce, la una...

Cauteloso el feroz asesino avanza y se oculta. Las puertas entreabre, deslízase a oscuras. Qué silencio! ya saca del seno la acerada punta... Mas, la luna rasga las masas de bruma. Y sus rayos toh luz compasiva! cual mirada súbita, lánzase a los ojos de la madre; a ocultas; la despiertan; los gritos resuenan de horror y de angustia; y quédase inmóvil la acerada punta... En el lecho salta la pobre viuda; y a esa luz de los cielos benigna, que brilla más pura, huve el asesino y cobarde en los antros se oculta... Que en lo alto del cielo, gentil hermosura, al puñal arrancaste la víctima, atalaya en la calma nocturna, gentil providencia; luz de madres y niños joh luna!

EL ESPEJO

Todos la dicen hermosa Mas Ella de la belleza, en su sencilla rudeza, no sabe, en verdad, gran cosa.

La zagala todavía, con los primeros sonrojos, no se ha mirado en los ojos del pastor que la seguía.

Una vez, vagando a tientas, por escabrosa cañada, . ve unas gotas caer lentas, de una caverna a la entrada.

Se acerca: son gotas blancas, cual lágrimas de cristal, que de un yerto manantial se cuajan en las barrancas. Y en la límpida tersura de aquellas gotas de plata, que le atrae y arrebata ve súbita una hermosura.

¿Quién es la Ninfa? ¡Oh encanto que diminuto se enseña, en el llanto de la peña, que cristaliza su llanto!...

No lo sabe... todavía, hasta que húmedos y rojos los labios, se ve en los ojos del pastor que la seguía:

Ojos que cual los cristales que la agreste peña llora, de ella copiaran leales la imágen encantadora...

EL RELOJ

El corazón que sangra, y en sangre se alimenta, también los pasos mide, también las horas cuenta, en la insistente péndola de acompasado són.

Un día Artista sabio audaz fijó el primero, dentro de frágil urna, sutil cinta de acero, que dió el compás unísono del propio corazón.

Eran dos corazones: aquél de la conciencia, del alma y de la vida; y este otro el de la ciencia: aquél y este la péndola del tiempo volador. ¡El tiempo, engaño triste de la flaqueza humana; el tiempo que no existe, y es sombra y sombra vana de la terrible incógnita, la eternidad de Dios.

Cesó con sus latidos la cinta del Artista; el corazón humano, como menuda arista pasó con vuelo súbito: la eternidad quedó...

En el pecho vacío, silencio fué profundo.
La ciencia no tuvo hora, minuto ni segundo:
Fué la amplitud sin límites, la música sin són.

El corazón humano, como su propia hechura, enterróse en el fondo de aquella sepultura; y enmudeció la ürna, calló la humana voz.

Y el tiempo y quien lo cuenta y la obra y el Artista serán polvo de polvo, y arista de una arista... Quedó el cielo sin límites, ¡la eternidad de Dios!

INMORTALIDAD

La concha hija del mar, para él nacida en las grutas recónditas, oreja palpitante y gentil y estremecida, guarda, en el fondo de coral, la vieja canción del mar, ese himno de la vida.

De la vida remota y la futura, que en blandas o terribles convulsiones, se aduerme con espléndida tersura, o asciende en torbellinos a la altura, al gigantesco hervor de los ciclones.

Presto, mansa la ola a la ribera la concha roja y blanca—urna divina—lanza sobre la arena que la espera: y allí queda escuchando lastimera la concha el són de la canción marina.

Y recorre después tierras extrañas, arrancada a su prístina fortuna; la suben a la sierra, a las montañas. Mas ella guarda siempre en las entrañas las dulces melodías de la cuna. Allegad a su trompa vuestro oído: dentro se escuchan músicas serenas: algo como la nota de un gemido, de la nostalgia el ritmo no perdido, la caricia del mar a las arenas.

¡Es el recuerdo! el dulce sentimiento, que es la perenne voz, de la Belleza.
Perdido el bien, nos queda el blando acento del ritmo amado: el inmortal lamento que en consuelo nos da naturaleza....

¡Si un día no lejano (y no se trueca en polvo mi cerebro), en aquel día, de mi cabeza en la pelada y seca cavidad, urna çineraria y hueca, arrullará mi amada poesía!

i Memoria de otros tiempos, eco triste de la vida tenaz, del Bien supremo, bien su perno alma inmortal que en el clamor existe; lo que no acaba nunca, y que subsiste por el Amor y el sentimiento eterno...

DE ARTE POETICA

4 ,

DE ARTE POETICA (*)

PRELUDIO

En este siglo que el laúd de acero pide que con estrépito le aclamen, también la voz lanzar discreta quiero para la recompensa del certamen.

No siete cuerdas sólo la áurea lira, cien cuerdas tiene. Al genio multiforme place la realidad, luego delira; ya crea lo sublime o lo deforme.

^(*) Escrita para la encuesta promovida en La Unión LITERARIA, por el Dr. Miguel Moreno, en su poesía «¿Cómo cantar?».

De la opinión en las contrarias ondas bogue mi humilde barca... Desde el Lacio, a mi canción de ingenuidad respondas, en la cátedra excelsa, viejo Horacio.

Y de la idea en el febril tumulto, del verbo en las candentes inquietudes, del arte, de su esencia, de su culto, hable yo a las curiosas multitudes.

Que la lira no es sólo el instrumento florido de ilusión. Transfigurada, hoy en la cumbre está del pensamiento, y al mundo da la ley, cetro y espada.

Arte nuevo

Hermanos de la lira, ruiseñores de la remota edad, la nueva os pide otro ritmo. El laud de los cantores del antiguo ideal ya se despide.

Por senda oculta hacia ignoradas cumbres, llevando el paso a lo inmortal futuro, ebrias de inspiración las muchedumbres un astro buscan al confín oscuro.

¿No acertáis a beber en otro vaso que el que colmó la vieja fantasía? Reclama el siglo el ritmo de su paso, su ritmo la más alta poesía. Magno es el mundo de hoy, la gloria os cela; sus escogidos sois: es vuestra la hora. El ideal que en las tinieblas vela va a sentir la caricia de la aurora.

Y el canto en ondas de pasión divinas, llegando desde incógnitas fronteras, va a estremecer las cuerdas argentinas y a inundar de armonía las esferas.

¿Y quién detendrá el numen? Arrogante lánzase al frente de la marcha eterna, empujando a las razas adelante—luz de la humanidad, que la gobierna.

 $[\]$

Falsificación de la Naturaleza

Naturaleza, a plenitud bizarra nació en tu seno la inmortal belleza. Cante el águila audaz, no la cigarra te plagie (oh inmortal naturaleza!

¿Podrá alcanzar tu no aprendido idioma el cervatillo que triscando bala? ¿su secreto poseer, tu oculto aroma, tu són que en odas rítmicas se exhala?

Se encarna, para vida del poema, el alma en la materia de que es verbo: el hombre centro de inmortal sistema, es su oráculo y rey, nunca su siervo. Desde el astro a la flor, desde la gota de agua al mar, en escala de armonía, todo siente el espíritu y la ignota fuerza de la invencible poesía.

El cosmos canta: en palpitantes gamas, su ritmo estalla... ¡Qué olas de cantares, épicas marchas y terribles dramas en el cielo, en la tierra y en los mares!

La epopeya triunfal de las estrellas, su vuelo en las esferas circunscrito, sus mensajes de luz: ¡grandes y bellas, las escenas sin voz de lo infinito!

Y de las flores la sencilla gracia y del viento el amor, que en la floresta en las corrientes trémulo se espacia con voz de flanto o con rumor de fiesta.

Y tú, sin escuchar los interiores coloquios de los seres ¿así mientes de las selvas, los pájaros, las flores, de la luna, del céfiro y las fuentes?

Y mientras chillas, invisible insecto, el sol innunda la extensión serena y el ritmo de los mundos, en perfecto acorde, todo el universo llena.

Absortos ante el cuadro del paisaje y el oceano y la pampa y las montañas, en frente lo risueño y lo salvaje, al filtrar la emoción en las entrañas,

no lancemos el genio a la carrera, como a corcel sin freno en la llanura. Naturaleza espléndida y entera pide otro culto al dios de su hermosura. Y hablemos en su lengua maravillas: génesis de la yema y el capullo y la germinación de las semillas y el primer trino y el primer arrullo.

Sean tributo en las campestres aras, no artificiales flores, frescas flores, nutridas siempre por las fuentes claras y empapadas en rústicos olores.

El alma es el idioma de las cosas, y el mundo todo a su virtud se anima; y el alma en las imágenes hermosas a lo alto, a lo más alto se sublima.

El movimiento en vastas armonías se extiende—luz, calor, inteligencia del caos las primeras energías y siempre la suprema omnipotencia.

Del Creador la omnipotencia al numen desciende en la centella inspiradora; y el genio llega, espléndido resumen de la potencia humana engendradora.

Así, de la gentil naturaleza asciende al mismo Dios de que es venida, la varia, enorme, universal belleza, flor del mundo, del cielo y de la vida.

111

El Arte solitario

Taciturno poeta, en el retiro de la soberbia, rimas egoista: perlas de oriente múrice de Tiro para tí sólo peregrino artista.

El sello imprimes soberano en todo, cierras en torno a tí los horizontes; y los mundos están siempre de modo que es bello el mar, las tierras y los montes.

Y todo el vasto cuadro que resume de la varia unidad el gran sistema, en el que flota—espiritual perfume, la inconfundible esencia del poema.

Tu acento, en el orgullo de la duda, acento viene inarmonioso, hueco. Contigo sólo va tu sombra, ruda tu palabra interior muere sin eco.

La queja a seres insensibles dices, víctima y dios sobre el altar te inmolas. Te dió el Cielo su sol, y le maldices; almas cuán buenas hay, y estás a solas.

Rompe las cuerdas ya, nadie te espera, rómpelas en tu inútil agonía: la fosca realidad tu compañera ni aun la piedad te da de su elegía.

Pasa a morir.... y rodarás al fondo de aquel abismo de dolor, en donde, en lo más sepulcral, tétrico y hondo, el olvido a sus víctimas esconde.

17

Pesimismo

Otro cantor sin nombre se aventura en estrechos y lúgubres senderos. Corre en pos de una anémica hermosura: no el sol, le alumbran pálidos luceros.

Es su cadencia el ósculo lascivo, y la blasfemia, de su mal remedio. A su ansiedad febril el estro esquivo, rompe en el són de la embriaguez y el tedio.

Rebelde al bien, en busca de una amada que el delirio engendró, cerró los ojos, y arrastrándose luego ante la nada, de una aerea visión, cayó de hinojos.

Cayó para adorar lo que no adoran ni aun los groseros, insensibles seres: en el hombre las ansias que desdoran y la fiebre en las lánguidas mujeres.

Perdido al fin el prístino decoro, el fango inquiere, de él la savia exprime: sólo es nervios el alma y agua el lloro, herencia el vicio, espasmo lo sublime. La miserable humanidad en vano intenta lo inmortal; frágil arteria, fuente de sangre, el corazón humano—nació de la miseria, es la miseria.

Del hierro queda nada más que escoria, es sueño y vanidad lo que se mira, la vida una ilusión, sueño la gloria, el alma otra ilusión y Dios mentira....

¿El arte acaso es la bajeza; el arte flor que del árbol brota en la eminencia, símbolo de la historia y mejor parte y culto y redención de una creencia?

De una dulce creencia que no engaña, que no se rinde al fuego de la suerte: heroismo del alma, nuestra hazaña contra la omnipotencia de la muerte.

Si el que canta, el que sueña, el que delira para esclavo de esclavos es nacido, y el mundo es cieno, ¿para qué la lira? ¡Arrojadla en las aguas del olvido!

Y reine al fin la realidad oscura que estrecha el horizonte y que lo asombra. ¡Salve a la realidad, a esa hermosura, más que sombra, la sombra de una sombra! ٧

Falso dolor

Por selva oscura con terror te alejas, a insepulta beldad llamas a gritos y te ahoga el sollozo de tus quejas: ¡lúgubre culto, solitarios ritos!

¡Tregua, bardo infeliz, tregua a la pena! que ese laud de antiguos desengaños la cadencia perdió, y otro resuena, al ritmo inevitable de los años.

No escarbes dentro el lacerado seno, no hundas sangrienta garra en las heridas. ¿Por qué apurar la copa de veneno por dolencias soñadas o fingidas?

¿No sabes que la lira con que engañas suena un instante y muere, que el gemido, si no arranca de adentro las entrañas, es llama sin calor, eco sin ruido?

Nadie acude a escucharte, plañidera que la extensión con el clamor fatigas, cuando la luz en la amplitud impera, ya a ella en ondas se inclinan las espigas.

Es sagrado el dolor. Rayo del cielo que la corteza quema y parte el tronco. El árbol roto ríndese hasta el suelo, las ramas crujen con murmullo ronco.

Mas presto eleva la orgullosa rama la copa, donde el rayo las divinas huellas dejó de la sagrada llama y allí la majestad de las rüinas.

El arte dentro de esos leños rotos, bajo la cicatriz de la corteza, recoge en el cristal sumos ignotos, el perfume final de la belleza.

El dolor vario, inmenso como el orbe, en torno y dentro está de nuestras almas, y nos llena y arrastra y nos absorbe de la vida en las luchas y en las calmas.

Que de la vida el insondable duelo es más de la mitad de la belleza: Iluvia y rocío que ha Ilorado el cielo sobre nuestra mortal naturaleza.

VΙ

Ciencia y Arte

Se alzó la ciencia de ambición liviana para matar la inútil poesía. Conquistadora luego y soberana, un trono improvisó su rebeldía.

Empresa loca! al carro del instinto uncir al arte, de la vida encanto; tornar al polvo el armonioso plinto, la asiria rosa y el gracioso acanto.

para la helada mole alzar encima, la línea recta y el contorno yerto, do nunca el numen la materia anima y todo está como la nada muerto!

Empresa loca! El genio se adelanta en las rutas de luz de lo infinito, en lo alto afirma la segura planta, en lo alto lanza el soberano grito.

El grito de victoria... Transformado el numen rige en una y otra esfera, y otra vez de la fama en el senado el sabio escucha y el poeta impera.

¡Vano es luchar con la armonía, vida, alma del universo: por la Gracia, la ciencia a sus caricias redimida, florece en torno y sus perfumes vacia.

Y los áridos números transforma el Arte luego en la eclosión del metro; la materia se trueca en áurea forma: sintió del dios inspirador el cetro.

Perdió el carbón el tinte de la noche, gentil artista lo cambió en diamante de limpias aguas que en gracioso broche luce emulando a estrella rutilante.

Del árbol de la ciencia, en la corteza, abrió el botón la nítida hendidura; y del leño en la inútil aspereza surgirá al fin la flor de la hermosura.

Así, nutridas de celeste llama, hijas entrambas del amor del Día, para vencer al mundo y a la fama, son ya una sola: Ciencia y Poesía.

VII

Seudo Clasicismo

¡Mancilla al mármol secular de Paros! De Hélade vagan en las sacras ruinas; sin culto y sin altar, vates ignaros, aves en los sepulcros peregrinas.

No el astro enciende el resplandor febeo y no palpita ya la estatua griega, que duerme en el silencio del museo, y sorda está y abandonada y ciega.

¡Cuán tarde, vate, llegas. En la playa de Atica la ola sin rumor espira, e ignorante pastor la flauta ensaya donde de Homero resonó la lira.

¿Quién dará la vida al que ha callado y muerto? No el oráculo el trípode estremece. De mutilados torsos, polvo yerto cubre las ruinas donde el musgo crece.

El ritmo se extinguió del griego coro, el viento sin acordes se desliza. Del fresco rosicler, del polvo de oro el insecto dejó sólo ceniza.

¿A qué buscar, en viejo cementerio, de la presente edad el prototipo? Hoy la Belleza de inmortal imperio su Venus tiene y el Dolor su Edipo. Sin rendir culto a los risueños dioses, de la adorada antigüedad, su forma juntemos con los números y voces en que hoy el Arte su vigor transforma,

guardando en el poético ejercicio el lírico furor, la hermosa línea, el tesoro de Grecia: de Dionisio, de la deidad magnífica Apolínea.

En la forma sutil de nuevo orfebre unid la antigua excelsitud serena con el soplo interior, como de fiebre, que surge y nos envuelve y enajena.

Es perpetua esa herencia: su simiente en toda edad encuentra primavera. Lejano el manantial, pero la fuente es la misma, la antigua, la primera.

Aunque de esa hermosura ya insensible la línea queda y el contorno queda, el alma es nuestra, de hoy; y es imposible que aquel muerto ideal sentirse pueda.

Si queremos quedar para la gloria, bebamos en el ánfora divina de Grecia, el vino de la propia historia, que es nuestra sangre indígena y latina.

Somos de nuestra edad: del alma de ella brote nuestra canción; nunca a las fatuas lumbres que un astro pálido destella, adoremos las rígidas estatuas.

¿A qué desenterrar muertas leyendas, a qué turbar el sepulcral reposo? ¿No tenemos aquí las amplias sendas de un siglo gigantesco y pavoroso?

Aunque rendidos al dorado yugo de la forma gentil que nunca pasa, en las ánforas viejas nuevo jugo, nos embriague en las fiestas de la casa.

El astro excelso de la edad moderna, la cruz, de almas y siglos redentora, esplende aún, la humanidad gobierna, y si al ocaso va, tendrá otra aurora...

VIII

La Lira del Amor

En transportes de lírico arrebato, germen sin surco y ala sin destino, el amor finges, trovador barato, y siervo del eterno femenino.

No por tí vuelven a plebeya escena las diosas del amor: la de la espuma del griego mar, la inevitable Helena y las hadas del bosque y de la bruma.

En tu pensil que la maleza invade Laura no asomará, no Leonora se humillará cuando tu amor la enfade: ¡Déte otra Arcadia amor de una pastora!

¿Has pisado el umbral de Margarita? ¿Al florecer la aurora de Julieta para el encanto y gloria de la cita, se estremece tu ronca pandereta? ¿Puedes seguir a Cloe en las orillas y el pie lavar de la gentil zagala; y tú esas cosas sentirás, sencillas como el aroma que una flor exhala?

¡No toques de Desdémona la puerta ni de Eloisa turbes el martirio! ¿Tú despertar a Ofelia? no despierta para tí ese ángel de gentil delirio.

¡Y la diva, la excelsa criatura, hallada en lo más alto del camino! ¡Beatriz! no profanes su blancura! te cegará su resplandor divino.

Que hablar de la pasión la arcana lengua tan sólo al genio creador es dado; y el amor—de las bajas almas mengua, será sentido, pero no cantado.

Bardo, ¿a tus trovas no otro asunto buscas? sólo te enciende el material instinto, al fulgor del relámpago te ofuscas, ciegas en el humano laberinto?

La vida es grande, inmensa, multiforme, tan vasta como el mundo: en las esferas del más allá se extiende; etérea enorme, ni en el cielo se cierran sus fronteras.

¡Dios, Patria, Amor! la trinidad del estro; ¡Dios, Patria, Amor, el alma de la historia! El numen siga; vencedor y diestro, las gigantes jornadas de la gloria.

Cante a la luz y al que extendió los cielos como una inmensa clámide de estrellas, que de la noche descolgó los velos y encendió de la aurora las centellas. Cante el propio solar la blanda cuna, la lumbre del hogar que luce apenas, las veladas al rayo de la luna los blancos lechos y las dulces cenas;

y el amor y la paz del campesino alar, las sendas siempre recorridas, el regreso a las horas de divino reposo, aunque distantes y perdidas;

la madre, aquel prodigio de ternura, el padre austero, el cariñoso hermano, la heredad—un compendio de ventura, centro y calor del corazón humano;

naturaleza hermana: el limpio río que a nuestros pies se arrastra entre las cañas, el viejo saucedal junto al sembrío y al confín las graníticas montañas;

las puras emociones, las intensas, y el respirar en las sublimes cumbres, mar y cielo medir y sus inmensas extensiones de sombras y de lumbres.

Y el más allá que cae a lo invisible, do, a una estrella de luz desconocida, nos aguarda lo trágico y terrible, lo sin fondo, sin linde y sin medida.

Así el arte será todo el misterio de la humana pasión, la vida entera: del arte el vasto universal imperio y su destino y gloria verdadera.

Arte sin rumbo

Cantor bravío, ¿tú para qué vienes? ¿a la nueva canción, para ludibrio del arte, tú que en la ascención no tienes ágil el ala, firme el equilibrio?

Que el alma es libre, que la vida es libre, libre la antena que se ensaya al viento, que no hay átomo errante que no vibre, que cadenas no tiene el pensamiento;

que se debe volar sobre los montes y saltar las domésticas murallas, ensanchar los cerrados horizontes, romper las cercas y abatir las vallas;

y después en crepúsculo sombrío, con lengua extraña y discordante frase, cantar en la inquietud del desvarío, con un són que en chirridos se deshace...

¡Blasfemia a la alta majestad del canto! ¿Cómo trocar la límpida armonía, la grácil nota y el discreto encanto en esa impenetrable algarabía

de pájaros extraños de mil voces, de rimas locas y de ritmos huecos que en vértigo febril de alas veloces, pueblan la tierra de insonoros ecos? Y tanto ardor de juvenil vehemencia verdura sin raiz, flores de un día truécanse en languidez de la demencia meta fatal de estéril fantasía.

¡Epilepsia del canto, paroxismo de la hisa histeria, que al profundo se asoma de la boca del abismo: ¡insulto a Dios, a la belleza, al mundo!

Mas, del arte el delirio no perdura: que nunca el genio en la labor declina; y tornará la espléndida hermosura, serena cual la majestad divina.

Y muertos los juglares de la estrofa y olvidadas las farsas de su fiesta, vendrá otra vez, tras vengadora mofa, el noble acorde, la sabida orquesta

de aquellos inmortales pajarillos que poblaron las selvas de armonía, en la dorada edad, con los sencillos ritmos de encantadora poesía....

Х

Cantemos

El arte de la vida timbre y gala, éter en que la luz sus ondas mueve, nostalgia de áureas lejánías, ala que tembladora a lo inmortal se atreve. No lo encuentra y conoce el que en estrechos moldes la encierra ¡singular empresa aprisionar lo que en humanos pechos no cabe: de las almas la grandeza!

El genio en gigantescas ascensiones llega a la excelsa cumbre de las cumbres, donde se nutren altas creaciones y el sol del ideal lanza sus lumbres.

¡Ah si el genio no alienta en vuestro seno, si no sentís su convulsión suprema, si no es vuestro el relámpago y el trueno, para luego cantar, ¡sea anatema!

Sólo al llegar la chispa inspiradora que enciende, cuando en emoción gigante el alma siente que ha venido la hora de gracia y gloria, vuestra lengua cante.

¡Cantad, hermanos, con el ala abierta, tendida al viento en la extensión. En tanto que cantáis, va la humanidad despierta escuchando el estrépito del canto.

De otra tierra de sol y de otro puerto de luz, venid como la vez primera. La primavera del laúd no ha muerto, vosotros sois la eterna primavera.

La fe que sueña y llega, la osadía del alma, sus incógnitos anhelos: eso es la inspiración, la poesía, ave un momento ausente de los cielos.

Volad en la amplitud; allá se esfume vuestra ala celestial, barca de ensueño que de la vida soy siempre el perfume, que en holocausto sube hasta su Dueño.

Del castillo interior parte la ruta, la ruta de victoria, la que lleva al bosque y a la fuente y a la gruta del arte engendrador de vida nueva.

No inquiráis de otras almas el misterio id al fondo también de vuestras almas: el imperio es aquel, el vasto imperio do están vuestras tormentas, vuestras calmas.

Trasladad a las líricas estancias la ingenua intimidad: de las orillas del lago del recuerdo resonancias y del país soñado maravillas.

El sentimiento, la pasión intensa que en el signo desbórdase sincero la atmósfera es y la extensión inmensa do el genio nutre su pulmón de acero.

¿Podrá vagar la fantasía errante allá por las perdidas nebulosas, alcanzará a fijar, en el distante vacío, el cuadro vivo de las cosas?

Ante aquellas visiones de liviana belleza, nunca la emoción que crea, vendrá con forma plástica y humana—plenitud, en el arte, de la idea.

Mas, sin miedo, tentad no holladas vías, de la ilusión en círculos y esferas, seguid por ignoradas travesías, rompiendo el valladar de las fronteras.

Allí está la llanura de los cielos, de los ensueños la pradera verde; el alma allí con místicos anhelos en los senderos de la luz se pierde. Y así el cuadro trazad, siempre copiando los prodigiosos, múltiples matices de dos mundos: el visto, el que soñando ansiamos los proscritos infelices

de una patria no hallada y presentida, de una ilusión cual realidad buscada, de una vida que casi no es la vida y de un amor a una imposible amada.

También la sana risa, la clemencia risueña del ingenio, de la gracia la amable farsa, la moral sentencia, del arte la indulgente aristocracia.

Es la risa el espíritu sublime que ha visto el ideal, y la aspereza de la mezquina realidad redime con el blando perdón de la belleza.

Y hallaréis el secreto: la palabra forjada al yunque, el vigoroso hechizo que la emoción en la cantera labra, de la expresión el término preciso.

Pero no en la espiral de la caida como saltando en la movible cuerda, la inspiración para regir nacida, de su progenie la grandeza pierda.

Aerea nave que jamás naufraga, el genio siga el triunfal camino de lo infinito; en sus oceanos vaga él en pos del dorado vellocino.

Nunca la inspiración fué la demencia sino la flor que el resplandor anima, y de la realidad y de la ciencia nace, mas siempre cual la flor, encima. Y no del cáliz el estambre de oro entrega al loco revolar del vjento; pues tiene la grandeza y el decoro de su gran creador, el pensamiento.

Y color y armonía.... El cuadro vivo que diseña gallarda fantasía, mezclando el toque de la sombra esquivo a las caricias del amor del día.

Y así luz ¡siempre luz! que derramada en cielo, tierra y mar, es alegría: el alma del paisaje, la encantada visión de ilimitada poesía.

Y la sombra también con sus escalasde suave tinta y tonos indecisos, fondo de todo: sus oscuras alas guardan de la beldad los paraísos.

Y combinad del iris los reflejos con el pincel que la ilusión aviva, lo lejano acercando y a lo lejos extendiendo la hermosa perspectiva.

Y en acordes de límpidas corrientes la música sutil la estrofa anime, la música que brota de las fuentes del misterio interior hondo y sublime.

Y canto y verso en uno confundidos y el idioma y el ritmo un alma sola, idea, forma, imágenes, sonidos, sean cual son dos olas, en una ola.

Y sea el arte como el orbe grande y sea cual su espíritu fecundo, que resplandece, llena y que se expande como la luz y el aire por el mundo. ¡A cantar aguardemos, vigilantes en esta noche de inquietud suprema, por la emoción los pechos palpitantes, en los trémulos labios el poema!

De la tiniebla en el espeso manto ya se dibuja la primera lumbre; va a despertar la excelsitud del canto cuando se eleva el sol sobre la cumbre.

En otra edad dorada, nuevo coro la estación nos dará de la armonía, la nota espiritual y el ritmo de oro de la divina, inmensa poesía.

•

AMERIGA Y ESPAÑA



AMERICA Y ESPAÑA

Į

América gentil, la que al futuro lleva el paso triunfal, y llevó un día, España, de tu imperio el yugo duro y el cetro de tu gloria, hoy se adelanta al castellano hogar, como solía; y, aunque ayer destrozó con lucha ruda tu espada secular, te ama y te canta como en la hermosa edad de tu osadía. Y pues la tierra americana escuda de ibérico valor la gallardía, y es castellana aquí toda grandeza, tu América, joh España, te saluda!

Y este olvidado bardo el canto ensaya, confiando al aura libre el libre acento desde el peñón de ecuatoriana playa...
Y este bardo jamás el pensamiento vendió en bazar de innoble servidumbre:
Enfrente el mar del Sur, en la sabana,

bañado en ondas de copiosa lumbre, rompió la voz de su laúd temprana, no en alabanza de ídoló mezquino, no entre el clamor de orgía cortesana, por la dudosa prez, se abrió camino.

Amé el regio valor, canté la gloria, y, buscando magnánimas grandezas en los escombros de la humana historia, un ídolo encontré, desconocido dios, que llenó con ínclitas empresas la vieja edad, do no entrará el olvido. Aunque hundida en las brumas del misterio con que cubre a sus dioses el pasado, no tu radiante faz la sombra empaña; tu imperio es de los siglos el imperio, ¡ídolo de mi culto, grande España!

н

Oh genio del honor! ¿Dó está tu asilo, hoy que en vulgar escena el vicio y la ambición tejen el hilo de menguados anales, y en la arena duerme el viejo campeón sueño tranquilo? ¡Genio que llenas de la edad remota los horizontes vastos; tú que de oro tuviste la corona, hoy negra y rota, flotante en sangre y lloro, torna a leer tu historia, hasta que luzca, tras la vigilia de ardoroso anhelo, la estrella que conduzca la nueva estirpe al prometido suelo.

¡Ay, cuánta afrenta en el senado humano! ¡Y qué anhelos en mi alma soñadora por contemplar, regido por tu mano, el cetro de los siglos que te arrancó soberbia vencedora!

¡Y soñar, cuando amasa en polvo vano sus dioses y su altar menguada gente! ¡Y soñar, cuando duerme con la noche la codiciada luz amaneciente! Quiero el reñir airoso de la espada, del ingenio y las armas la realeza, la fe, que salva en la tormenta airada, de las lides el lustre y la grandeza, la voz robusta, el ánimo altanero; ¡España, el siglo de tus glorias quiero!

Dióme el Cielo una lira; aquí la lira trémula espera el canto..., y ¿quién me inspira? ¿Dó en la carrera olímpica se muestra el vencedor apuesto? ¿Ora se escucha el reto de gallardos caballeros en palenque gentil de abierta lucha? ¡Las artes de la paz! Hoy prez menguada busca en el hombre aplebeyado el genio, vendido a un mercader; rige callada su asilo la virtud, y en el tumulto sus multitudes la maldad gobierna.

¿Podrán venir la admiración divina, la inspiradora claridad interna que la tierra y las almas ilumina? Por eso, mientras tornen el augusto honor, la amada gloria peregrina, preludiaré como un gemido el canto, y entre la grita de infeliz tumulto, herido por la afrenta y el espanto, mi lira depondré, mojada en llanto, como holocausto de ferviente culto.

111

Sobre tu frente cana
polvo y polvo los siglos derramaron;
ingratitud temprana
y mezquina ambición te condenaron,
no a infamia, a muerte. ¡Lira generosa,
despierta a la amenaza, estalla en ira!
¡Truene en lo alto la voz estrepitosa
requiriendo venganza, pues la mano
de la asechanza oculta hundió en la fosa,
rebelde aún al pueblo que al oceano
arrancó un mundo, la inextinta llama
de la cristiana fe prendió en la tierra
y fatigó los siglos con su fama!

IV

"Tierra, tierra!" Así un día de virgen soledad eco sonoro del genio al noble acento respondía, mientras marinos, en cristiano coro, cantaban a una voz: "¡Ave María!" Y desplegaba el brazo castellano el pendón de la patria al nuevo viento, y domeñado el pavoroso oceano, saludando a las naves vencedoras palpitaba en airoso movimiento, coronado de espumas... Ese día de nueva creación, de lo profundo

del mar, entonce, allí brotaba un mundo...
¡Gran Colón, tú la castellana audacia
empujaste hacia América, la tierra
do el sol sus dones vacia
y sus tesoros el Señor encierra...!
Padre, si en otra edad plebeyo olvido
te cubre, si en tu culto ya no existes,
ya la gloria también habrá dormido
y América habrá muerto;
pero repetirán los ecos tristes
con los acentos de la mar bravía:
"¡Tierra, tierra!" y después: "¡Ave María!"

Abrió luego la cruz los brazos yertos, coronando entre nubes la montaña; fué el árbol de los gélidos desiertos y el solitario Dios de la cabaña; que, ante la cruz que de Castilla vino, América, al Horar su desventura, inerme al golpe de la espada dura de la conquista, vió que en el camino do se abrió paso impávido guerrero, plantó, con junco atando pobres ramas, el árbol de la paz el misionero. Y la sangre fecunda del mártir de la selva le dió vida, y el árbol de la paz sombra florida prestó a la airada tribu vagabunda. ¡Cuán inocente culto, cuando hermoso el astro del Calvario resplandores lanzaba al mundo nuevo, do adoraba sencilla rustiquez!... ¡Y cuán costoso su precio fué! ¡La gloria qué sangrienta . de cien conquistadores que, en la labor del héroe y el gigante, polvo mezclaron de menguada afrenta! Al calor de la tierra americana. se coronó con el laurel triunfante; mas, de ciega matanza la bacante

las ondas desató de sangre hermana. ¡Cuán grande aquella raza soberana de esos incultos, hórridos leones, timbre y mengua de Iberia! ¡No palpitan corazones cual esos corazones de fieras y titanes! Aun se agitan las entrañas de América a su nombre, a su nombre inmortal, ¿tal vez de espanto?, ¿de admiración tal vez? ¿Oís? retumba como un trueno de Hernán la voz temida en los valles de Otumba: las edades alumbran, sol de fama. las incendiadas naves; en la tumba donde el Inca postrero yace, allí donde el Cielo le abandona al Marqués rudo y fiero la gloria, aunque maldice, le corona.

¿Y ese adalid? Allá del Triste Golfo viene, y avanza en actitud sublime; corona la montaña, y a su planta el gigante mayor vencido gime. Claro, hermoso, sin fin, desconocido. el genio, que al misterio se adelanta, en su sueño de paz le ha sorprendido. Y el genio eleva al Cielo entrambas manos, clava la cruz; envuelto en su bandera cae en el polvo al adorar su gloria; y al gemir de la brisa mensajera, el mar del Sur sus olas empuja hacia la playa, demandando para su seno naves españolas. ¡Qué reposo profundo en el vasto horizonte! Brilla y pasa de Dios la sombra encima del oceano con santa majestad; brota el fecundo suelo ténue vapor; luciente brasa, arde sereno el cielo: en este día, ¡Castilla, aquí se ha completado el mundo!

ν

Después, cuando tu cetro ya caduco por la flaqueza de abatidos reyes el extranjero secuestró, ya rota la sagrada coyunda de las leyes y rota la bandera castellana, fuimos libres, España, y en el nombre de Dios, en la contienda soberana, deshecha la venganza como un río, ardiente con la afrenta la memoria, la espada juvenil con ira y brío llevamos a la lucha y la victoria.

¡Somos libres! y libres te saludan, no colonos, altivos ciudadanos, de tu sangre herederos, herederos del valor de los libres castellanos...

Mas, de esa lucha nada quede en las almas, y la lira airada que fué en la lid espada centelleante, pues nos trajo la paz serenos días, de fraternal concordia el himno cante.

٧ı

Y hoy somos tuyos como ayer. Si escuchas que en rumorosa lira acento juvenil tu nombre invoca, en esta tierra de porfiadas luchas; si un corazón palpita, si palpita aquí la inspiración, si aquí provoca el adalid en generosa cita, si en el marmóreo altar la llama enciende del Arte excelso la discreta diosa, y si, astro de las almas, en la cumbre rayos de bendición la Cruz extiende;— ¡España! todo es tuyo: los horrores de la lucha tenaz, la lidia ardiente de libertad inquieta, los dolores de la ambición, la perennal dolencia de la caída, el fuego omnipotente del honor y la dulce independencia.

¿Y no oyes cómo al armonioso bando que del Pirene al ple rige y preside. luego turba de pájaros cantores contesta murmurando al son de grandes aguas y al rumor de la pampa, que oye yerta de volcanes hervir candentes fraguas? ¡Oh comercio de amor, que amor despierta! ¡Oh perfumadas flores de las almas! ¡Ritmo inmortal que espíritus concierta, y cual liana de los bosques junta al través de la mar amigas palmas! ¡Si allá la excelsa multitud cantora saluda al cielo en himno resonante. aquí rompe sonora la voz del ruiseñor, y la distante Europa escucha el suave clamoreo de las nacientes liras, y el espacio y los profundos mares pueblan de nuevo el susurrar hibleo y las voces del Lacio, juntas al son de vírgenes cantares!

VII

Fué la dichosa edad! ¡Qué noble historia la tuya en esos días en que los mundos gobernar solías, con cetro de oro y majestad de gloria!

No hijas tuyas, hermanas, las hijas de Colón siguen tu paso y detienen el sol de tu grandeza que rodaba en las sendas del ocaso; y, como el tuyo, soberano el brazo levantan con fiereza, Y el trono te señalan... ¡Noble España! El senado preside, a lid invita; ĥeredera de Roma y del imperio, el genio del futuro en tí se agita; en tí y en esta América, que al yugo ataste de tu excelso cautiverio: todo despertará si tú despiertas; y aun las frías cenizas de la historia se animarán, jy cuántas glorias muertas tornarán al honor de la memoria! Cuando presidas en la acción gallarda, dirá la Historia que tu fama vela: "¡Española es la altiva carabela que un mundo virgen arrancó al misterio; español el valor y la fortuna, la audacia loca y el ardor fecundo, la aventurera sed, que hasta la cuna de la luz lleva el paso, y el sol es castellano, que hubo un día en que el sol en España no halló ocaso! -¿Y dónde si no en ella la osadía,

la arrogancia que impera, la fe que salva? España, España sola distribuyó la tierra, y altanera dijo: "¡Español es el honor!", y dijo: "¡La gloria es española...!"

VIII

Española! Con nota generosa la vieja tradición cuente al futuro sus nobles hechos; cúbralos hermosa la mágica visión del claroscuro.

Allí rompe del Cabo Magallanes el vórtice, y abierta queda la estrecha senda rugidora. En la selva oriental, muda y desierta, con intenso clamor Gonzalo Ilora, herido su valor, su ambición muerta. Ruda en tanto y segura la audacia de Orellana se desata, salva de inmensos bosques la espesura, descuélgase en hirviente catarata, su leve tabla la tormenta rige. v tras días sombríos. cual ninguno arrogante, gobierna luego el tumultuoso Atlante, y a España entrega el padre de los ríos. Y en obscuro bajel, la vela rota, la mar rebelde, el valeroso Elcano de su estrella siguió la senda ignota, y los lindes buscando del oceano de la esfinge fatal rompió los velos. pues él juntó los términos del mundoy el abismo midió, midió los cielos.

En tanto, como música sonora, de Lasso y Lope el estro melodioso canta a los héroes y en su tumba llora; mientras en campamento tumultuoso combate Ercilla, con la luz, hurtando las horas a la noche, y arrojada en breve tregua ante su pies la espada, canta en épico acento, llora en tierna elegía al enemigo; poeta sin testigo, canta en medio de errante campamento, y su altivez de vencedor subyuga, y del vencido por la adversa suerte del rostro varonil el llanto enjuga.

Con la severa paz de la conciencia ilustra la virtud cátedra augusta. y la palabra, cual cincel robusta, forja acerada la española ciencia. El genio de la escena abre el secreto de la humana pasión; con oro esmalta el diálogo gentil; sorprende inquieto la varia forma humana; el circo puebla de noble estirpe, y el misterio asalta. En ascensión soberbia al cielo sube, rompiendo de azahar cortés guirnalda, coronada del iris y la nube, esa agarena palma, la Giralda. Del gran Felipe el monasterio adusto los siglos lleva en su gigante espalda, y el pincel, obediente a sobrio gusto, diestro copiando luces y colores, con Murillo a los cielos arrebata la hermosura, el amor, los resplandores.

¿Y Cervantes? Si halló la risa lengua, la nobleza expresión, el arte culto, la virtud lauros, la malicia mengua, fué en ese genio oculto, cuya sutil divina carcajada, el aula anima, las edades llena, ora infantil y amena, ya ligera, ya olímpica y airada.

1X

Grande, pomposa edad! ¡Oh siglo de oro! ¡Majestad de la paz y de la guerra! ¡En gobernar los pueblos, qué decoro! ¡Cuánta nobleza al sojuzgar la tierra!

¡Flandes, playa de luchas, si castellanas huellas aún tu frente decoran, aunque un siglo decadente rabioso las maldiga, dí, en noble confesión, que la grandeza, sin aire y luz amiga, perdió su nombre, cuando los españoles tercios a la huesa cayeron, la fortuna fatigando.

¡Lutecia afortunada! aun te decora el lauro del desastre... ¿Quién no rinde, cual tú rendiste el cuello al noble imperio de regia estirpe, que no halló camino ajeno a su fatiga, ni halló linde en el vasto hemisferio para SU CETRO Y SU BLASON DIVINO?

Y tú, Albión, la helada comerciante, que la senda seguiste a paso esquivo, abierta a ti por español altivo, rige tu imperio, reina del levante, rige tu mar, pues hoy la edad florida, la de los grandes siglos, a la vida

no tornará, cuando a la industria ciega, a plebeya fatiga, al ansia ardiente del corruptor metal todo se entrega. Pues quiso así tu próspera fortuna, compra ya, Albión, la tierra; no vejez importuna te arranca ingrata el rayo de la guerra; y emprende en aureas naves la derrota mostrada a ti por castellanas naves, y el oro busca que el misterio encierra y del mundo las llaves...

Mas, huella reverente ese mar do galeras españolas, suelta al viento la impávida bandera, en el nombre de Dios, fuéronse a solas.

Acecha el Norte; los hambrientos lobos buscan calor al Sur; en el desierto, armado aguarda en su corcel Atila. En tanto Roma, muda, regida por esclavos y plebeyos, de su Dios en el ara el hierro afila, y, bacante desnuda, danza, luego se duerme por la afrenta abatida, y en la contienda, inerme...

¡Es la hora, España, la hora de despertar al arma, a la fatiga y al crugir de la espada vengadora! América, en la liga de noble amor, contigo se levanta, no hija, discreta amiga, e invencible en la lucha sacrosanta, grande por tu derrota, desafía a la envidia que te hostiga, huella el agravio que a tus plantas brota. Si el clarín lid anuncia asordando la vasta lontananza,

esta altiva familia de naciones se alzará al estallar de tu venganza, y en la extensión sin límites, intenso, un grito sólo en belicosos sones, del uno al otro mar se alzará inmenso. Hidalga raza empuñará valiente el venturoso cetro del futuro, y el genio, en nueva edad, a nueva gente, por luengos siglos, regirá seguro.

· X

Decid! ¿ha muerto el fuego, el fuego de Sagunto y de Numancia? ¿En vano al Cielo ruego vuelvan su ardor, su furia y su arrogancia? ¿El ibero león reposa ciego...? Y su sueño temblando ayer velaba el mundo; y si mugía, el mundo, cual sin voz, mustio callaba, y en el negro horizonte vagaban los espectros del espanto, mientras pedía el miedo para cubrirse un monte y otro monte.

Una vez, ¡oh mudanzas de la suerte! no voz de aliento, se escuchó un gemido, que en Trafalgar, preludio de la muerte, lanzó Gravina; al cabo, en tumultuosa lucha, la gran Nación rasgóse el seno, y la espada del héroe hidalgo y bueno, la de Rodrigo, rayo de la guerra, rota cayó en el cieno de contienda civil, después que España rindió tenaz al vencedor de Europa en la lidia febril de la conciencia,

con la labor de ciudadana tropa, por la nativa, santa independencia.

¡El vigor de Bernardo; la corona de la ínclita Isabel, reina y matrona cual no la vió la edad antigua; el cetro de Carlos y Felipe, a quien baldona la torpe ingratitud; el brazo airado del de Austria sin segundo! ¿sacudir no podrán el polvo helado de los siglos sin fama? ¡No! El acero, el duro acero que Cantabria cría se apreste a la venganza; todavía en sus breñas, tan noble como fiero el astur de la tierra de Pelayo, fiero, invencible como el mar vecino, forja en silencio el belicoso rayo, ruina otro tiempo del poder latino.

Siente el Africa aún tu aventurera planta que busca el apartado oriente; en el erguido mástil tu bandera flota sobre tu mar, el mar poniente. Triunfa allí Gonzalo en Cerinola; Pavía, ajena afrenta, es tu decoro; Guzmán, el gran Guzmán, ¿ha muerto? ¿ha muerto esa gloria española? ¿De Tarifa las ruinas no repiten su voz de padre y héroe? El áureo puerto que en Bizancio entre flores juega y canta, ¿no perpetúa en indeleble huella del gran Roger la afortunada estrella? ¿Y aquí no está en América el palenque del castellano arrojo, el noble lustre de la lucha de ayer, esclarecido por las alianzas de hoy? De estirpe ilustre familias de héroes un destino arcano las une, las abraza, y entrega el porvenir a invicta raza.

¡Oh, madre de los héroes! ¡Tu mancilla acabe; vuelva ya la saña agreste de los bizarros condes de Castilla! ¡Y apagado el fragor de las hazañas, reine la paz y enrédese en el hierro la oliva que da sombra a las cabañas! América gentil, la que soberbia al porvenir avanza, a ti los ojos vuelve, los vuelve a tu luciente historia, y, dando sangre y vida a tus despojos, "madre" te llama en armonioso bando: y tú, armada la diestra, el corcel de las lides gobernando, saludas soberana la palestra; allí la lucha aguardas; desde lo alto el circo humano con amor te mira; ¡España! Dios te inspira; vuela, acomete en pertinaz asalto: raudo aquilón, avienta al enemigo; Con ínclita arrogancia América te sigue, está contigo, y vencerás, que aún arde cual solía el fuego de Sagunto y de Numancia! ¡Oh galardón de fama, nombre claro! ¡Oh poder sin ocaso, anales de oro! ¡El arte canta, la virtud impera! ¡El genio de su don, fecundo, avaro, por suya escoge la familia ibera!

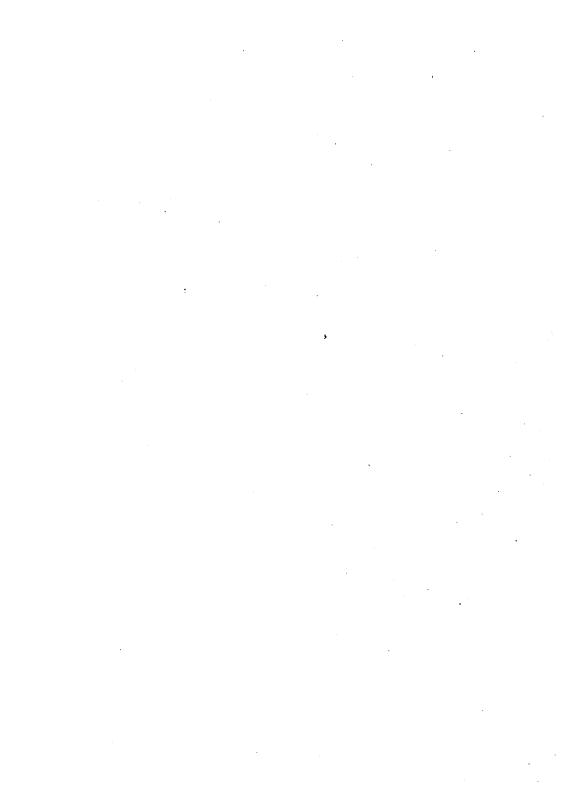
Y aquí, al pie de los montes sin medida, enfrente al mar del Sur, en la sabana, todo por ti buscado y descubierto, de tu augusta grandeza en la mañana, te canta humilde un bardo americano, con el inculto acento del desierto; y pues tu sol aquí brilla luciente y el valor de este mundo es castellano, luego, anunciando tu glorioso oriente, quebrada por gigantes la montaña, senda abrirá al Pacífico oceano...

¡Será el día feliz! En ese día el mar del Sur sus olas empujará sobre el callado Atlante, y por la ruta que Colón seguía las olas de mi mar irán cantando, y, al llegar a esa orilla y a ese puerto que las Españas cierra, por donde el gran Colón salió luchando, clamarán, extendiéndose en la playa con virginal acento: "¡Tierra, tierra...!"

¡Y luego el magno sol de nuevo imperio presidirá los mundos! ¡No hallará ocaso el sol en su hemisferio, para los días del honor fecundos! ¡España, ya te impulsa el aliento de un Dios: la luz no tarda! Arrogante e impávida y convulsa levántate: se enciente el nuevo oriente, ¡Dios te bendice! ¡Ámérica te aguarda...!



ELEGIAS DE LA LIRA



ELEGIAS DE LA LIRA

GANTOS IMPOSIBLES

De la mar en las orillas, escuchando el arrullo de las olas en la arena, Icual se aduerme mi alma al eco ténue y blando de canciones de una música serena!

La ribera de la tierra de los sueños aparece allá a lo lejos en la bruma: sus paisajes no tocados y risueños; su horizonte ¡qué fantástico se esfuma!

Siento cómo llega inmenso lo infinito: sopla el numen, tengo frío, siento miedo. En los labios muere ahogado el canto, el/grito; decir quiero, gemir quiero y nada puedo.... En las alas, tenues alas del olvido del olvido de las cosas de la vida, como ausente, casi muerta y sin sentido, arrancada, entre dos fuerzas dividida,

mi alma, encima de la tierra, flota y sube, y su vuelo en la amplitud sin rumbo ensaya, más arriba de las nieblas, de la nube, en el éter de una playa ¡hermosa playa!

¿Es la tierra de mi muerta primavera, ya perdida en el recuerdo ¿hoy encontrada? ¿Mi barquilla no partió, de esta ribera, de la vida, para la última jornada?

¿Es el cielo que apárece de improviso, en que el iris va y se esparce en los verjeles; y florecen no soñadas hermosuras, / es a contra que no aciertan a copiar nuestros pinceles?

¿Soy el mismo, el que vagó por los senderos de la tierra, el que en la granja campesina, ensayó como la alondra en los aleros los acentos de la música divina?

¿Dónde estoy, para qué vine, en dónde vaga la ala errante de la leve fantasía? ¿Es que el alma con el éxtasis naufraga? ¿Es la playa de tu puerto, Poesía?

No lo sé... ¿Pero es tan nueva y es tan bella la visión de estas praderas de rocío! ¿Es mi estrella, u otra estrella, cuál estrella? ¿la soñada? ¿me la das, por fin, Dios mío?...

En un súbito desmayo de las alas, algo frío ¡la emoción de la caída! Alma mía, de la altura al fin resbalas, ¡qué no hallaste tu mansión, la prometida! Torno al fiero trepidar de la jornada, con el viento de los páramos despierto; y la mente, en un naufragio abandonada, vuelve al mismo, al solitario, al triste puerto...

Bien quisiera los arcanos más profundos revelar de la divina poesía; y en el son—el gran idioma de los mundos—los raudales desatar de la armonía.

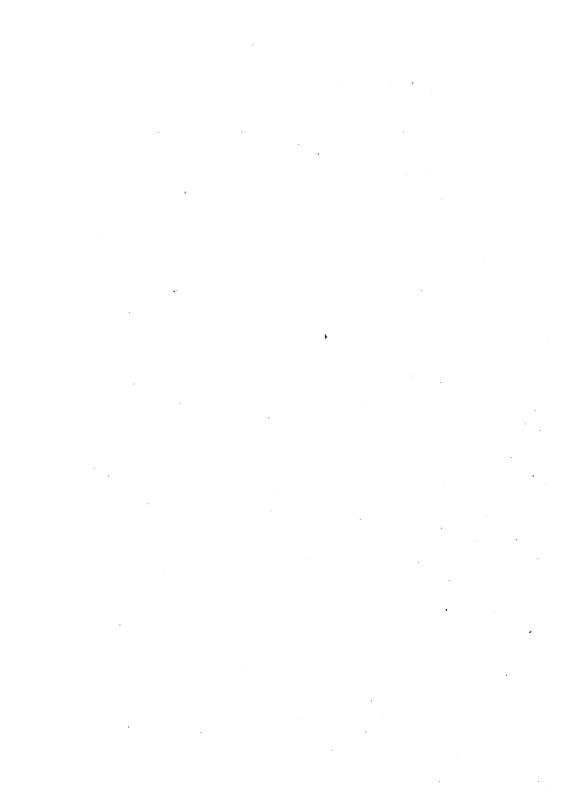
¡Imposible! barro frágil la palabra, nunca en ella su nobleza el estro imprime. ¡Imposible! en el guijarro no se labra con la punta del buril de lo sublime.

Y la música del alma, la del orbe, la que en ondas se dilata en lo infinito, lengua eterna, universal, en que se absorve la cadencia, la borrasca, el himno, el grito,

no en el signo tosco, indócil se traduce; ¡no se dice la emoción, aunque se siente! El sol llega a las tinieblas, pinta, luce mas nos ciega su diáfana corriente!

De la mar de los ensueños, en la orilla, mirar sólo puedo absorto, estremecido de las cosas la estupenda maravilla, en silencio, ave sin alas ni sentido.

¡Los poetas, como dioses en cadenas, pues es vana la pasión que el Cielo inspira, vanamente, de la orilla en las arenas, arrastramos la miseria de la lira!



CANTOS MUERTOS

En la hierba yacen cual niños dormidos, vivieron cual viven las flores del sueño, un instante, sin patria nacidos y casi sin dueño.

Ese instante ¡qué aurora de encantos! Cual corolas doradas y rojas, a la lumbre, brotaron mis cantos de naciente rama las primeras hojas.

¡Brevé primavera de mi campesina lira, que tenía notas que no tiene la lira arrogante, la lira argentina del Genio que arriba las alas mantiene!

Esas trovas mías a la bien Amada se fueron para un ángel—rimas de inocencia. ¡Era tan risueña la linda adorada, tan verdes los campos, los de mi querencia! Así como savia que ha hinchado la yema do surge el capullo, primicia de flores, una esencia oculta nutrió mi poema, el de mis ternuras, el de mis amores.

¡Frágil primavera, las leves corolas a unos vientos locos rasgaron su estambre! ¿Y la Amada mía? Quedé presto a solas, con sed y con hambre.

Y en raídas hojas, los primeros versos, en llanto empapados, con llanto nutridos, en la hierba quedaron dispersos, cual niños dormidos.

¡Cantares do el alma primera se encierra, ánfora que guarda tesoros del germen, dormid en mi pecho, como en blanda tierra los muertos que duermen!

Difuntos cantares a la Amada mía: ¡qué dulces arrullos, qué tiernos candores: flor de la pureza, flor de la armonía— las únicas flores!

Cuando amé a la niña que me amaba niño, a su amor nacieron aquellos cantares: lumbre mañanera, rosas de cariño, perfumes de trébol, romero, azahares.

Cuando ella dejóme solo en el sendero, ¡infantiles trovas, rimas de frescura! trocáronse en ese terrible ¡ME MUERO! y al fin en la piedra de una sepultura.

Siervo de la muerte, siervo de la gleba, siguiendo en la marcha del humano bando, espero la lumbre de una aurora nueva; ignoro si en vano, y avanzo cantando.

Ya no canto las blandas estrofas, ¡mis estrofas muertas! canto entre los sones de vulgares mofas, y busco mi estancia, do cierro las puertas.

Madre enferma de hijos a que el Cielo a la nada condena, hijos de locura, desnudos, canijos, doy a la luz mis cantos, hijos de la pena.

Perdonad! soy triste! perdonad, he muerto! Quien perdió su amada, quien rompió su lira, quien unge con lágrimas su numen; es cierto, ni al amor se inspira, ni el dolor le inspira!

GANTOS PERDIDOS

¡Ay mi poema! El boreas hacia el confín lejano raudo empujó las olas de mi primera edad. Trémulas avanzaron, las devoró el oceano: ¿cómo hallarlas adentro la azul inmensidad?

Quizás no fueron míos esos cantos, divino tesoro de otras almas. Espíritu inmortal tornóles a la cumbre de su primer destino, a que florezca en ellos la luz del ideal.

Ansié subir la escala de rápidos acordes del grandioso poema, de la gentil canción; y quedan aquí sólo los ecos desacordes, golpeando el corazón.

Y a una nostalgia y fiebre de enfermas ilusiones, lejos vánse mis ojos, muy lejos, muy allá, a una playa sin nombre, de pálidas visiones, do la quimera triste como atalaya está.

¡Dulces rimas perdidas, blancas, gallardas velas como las que decoran el lago de Estambul: no quedan en la linfa sus frágiles estelas, no del ponto se miran sobre el espejo azul. Se fueron, no volvieron: el áureo vellocino buscaban: la tormenta las sepultó quizás. ¡Numen de mis amores, espíritu divino, hoy, en mis soledades, te grito... ¿dónde estás?

Responde en el silencio que habita los escombros, el viento en la hendidura del roto corazón. El árbol no es hoy verde: que es cruz sobre mis hombros, mi boca da suspiros, no ritmos de canción.

¡Adiós rimas de ensueño! Del palpitante lino del barco que besaban las brisas, sólo ví al cabo un girón suelto, flotando blanquecino, y después el desierto del límite ¡ay de mí!

Vano será que sueñe, vano será que afronte la ciega indiferencia del tiempo: no será que mis ojos que inquieren llorando el horizonte hallen por fin la barca, ¡la barca no vendrá!

¡Oh juventud divina! oh esencia de la vida! Capullo floreciente que al sol enamoró, ¡ay todo yo he perdido, cuando te ví perdida, flor que el sol, con caricias de sátiro, agostó!

De codos en la arena de la desierta playa, siento lo imponderable del infinito mar, Mi espíritu sin rumbo no sé por dónde vaya, no sube hacia el ensueño, no puedo ya cantar!

¡Ay mis cantos! El boreas hacia el confín lejano los aventó: mis olas de la primera edad, que trémulas se fueron, las devoró el oceano, y en el fondo se hundieron de oscura inmensidad!...

INDICE



INDICE

РАС	SINAS
Presentación	v
LEYENDAS DE ARTE	
Dante: Vita nuova.—En el Monasterio.—La Estatua	3
El canto del Cisne	15
Proscritos	21
La confesión de Rafael	35
El requiem de Mozart	4 I
El poeta ciego	47
Miguel Angel:—El Moisés.—Idolatría.—La Oración	57
Los Ruiseñores de Orfeo	69
La primera tarde	73
La muerte de Adonis	79
Hojas de acanto	83
La lira	87
La despedida	91
La fuente de la vida	95
La odisea de un muerto	109
La Alhambra	117
Desde ultratumba	121
La herencia del poeta	125
La coronación del Tasso	127
El Angelus de Millet	137
Los últimos pensamientos de Weber	139
La visión de Fra Angélico	143
San Francisco (Ante el cuadro de Velázquez)	153
Desolación	155

	400	_
		PÁGINAS
	La despedida de los dioses	
•	El retrato	. 169
	En el lago	. 160
	LOC DIMODELL DO	
	LOS INMORTALES	
	Enoch	. 170
	Elías	. 185
	Ashaverus	
	Pilatos	. 197
	San Juan	. 201
	Encelado	. 205
	Nerón	207
	Barbarroja	. 211
	El rey Artús	
	Carlomagno	. 217
	CUADROS	
	CONDICO	
	El drama universal	
	La Paloma y el Cuervo	
-	La flor de la dicha	
	Amor eterno.	
	Los cíclopes	
	La inocencia	
	El ruiseñor.	
	A 1'	
	Corceles y cóndores	
	La leyenda del loto	
	Libertad y muerte	
	Palmas hermanas	
	El Genio.	
	Pro patria	-
	La muerte del león	
	El Capitán del siglo	
	La muerte del ciervo	_
	Encuentro	
	Perlas y lágrimas	311
•	Las luciérnagas	
	Culto dolieute	. 317

	•••		
Ultime	o amor	316	
Vida .		323	
Poder del Canto			
Adorn	nideras	327	
Crisar	ntemo	329	
La Vi	ioleta	331	
Pensa	miento	333	
	osa	335	
	e olvides	337	
	de paz	339	
	pejo	341	
	eloj	343	
Inmor	talidad	345	
	DE ARTE POETICA		
	•		
	Preludio	349	
I	Arte nuevo	350	
II	Falsificación de la Naturaleza	351	
III	El Arte solitario	354	
IV	Pesimismo	355	
V	Falso dolor	357	
VΙ	Ciencia y Arte	358	
VII	Seudo Clasicismo	360	
VIII	La lira del Amor	362	
IX	Arte sin rumbo.	365	
X	Cantemos	366	
	AMERICA Y ESPAÑA		
	AMERICA I ESPANA		
Amér	ica y España	375	
	ELEGIAS DELLA LIRA		
ī	Cantos imposibles	395	
II	Cantos muertos	399	
Ш	Cantos perdidos	403	
TTT	Ounios peruidos	4-2	

РΑ	GINAS
La despedida de los dioses	161
El retrato	165
En el lago	100
	,
LOS INMORTALES	
Enoch	179
Elías	185
Ashaverus	189
Pilatos	197
San Juan	201
Encelado	205
Nerón	207
Barbarroja	211
El rey Artús	213
Carlomagno	217
CUADROS	
CUADROS	
El drama universal	
La Paloma y el Cuervo	2:23
La flor de la dicha	220
Amor eterno.	235
	239
Los cíclopes	243
La inocencia	2.17
Laoconte	253
	257
	261
Corceles y cóndores	265
La leyenda del loto	269
	273
Libertad y muerte	277
El Genio.	281
Pro patria	285
	391
La muerte del león	295
El Capitán del siglo	200
	301
Encuentro.	307
Perlas y lágrimas	311
Las luciérnagas	3 15
Cuno donesite	317

409			
	PÁGINAS		
Ultimo amor	. 316		
Vida	323		
Poder del Canto			
Adormideras	. 327		
Crisantemo	. 329		
La Violeta	. 331		
Pensamiento			
La Rosa			
No me olvides			
Astro de paz	• 339		
El Espejo			
El Reloj			
Inmortalidad	. 345		
DE ARTE POETICA			
Preludio	. 349		
I Arte nuevo	. 350		
II Falsificación de la Naturaleza	. 351		
III El Arte solitario	• 354		
IV Pesimismo	355		
V Falso dolor			
VI Ciencia y Arte			
VII Seudo Clasicismo			
VIII La lira del Amor	. 362		
IX Arte sin rumbo			
X Cautemos	. 366		
AMERICA Y ESPAÑA			
América y España	. 375		
ELEGIAS DE LA LIRA			
I Cantos imposibles	395		
II Cantos muertos			
III Cantos muertos	403		
TII Cantos perunos	4~3		

ERRATAS

Págs.

```
8 estrofa 2, verso 3º Dice: todas corrieron...Dígase: corrieron todas
                                                           ululando
                      20
                                pululando
. 34
             4,
                                                           su esbeltez
                     3<sup>0</sup>
                                y su esbeltez
 бо
             8,
                                                           solitaria
                                 solitario
                      20
 78
             Τ,
                                 bronca
                                                           bronco -
                      30
 98
             4,
                                                           decid
                      Ιò
                                 dice
99
                                                           postrimero sueño
                      40
                                 postrimer ensueño "
112
             Ι,
                      ΙÒ
                                 místicos
                                                           míticos
118
                                                           blandos céspedes
                      O<sub>0</sub>
                                 blancos céspedes
147
             I,
                                                           inquietud
                                ingratitud
                      80
157
             3,
                      20
                                 de coral
                                                           de corales
213
                                                           ma\tilde{n}ana
                     4º
                                 montaña
             3,
                                                           por la cañada
                                por las umbrías
             I,
                     15
249
                                                           forma en las
                                forma las
262
             2,
                     17
                                 lo oculta
                                                           lo oculto
                      30
260
             I,
                                                           allá a lo lejos
                                 allí a lo leios
287
                      ΙÒ
             3,
                                                           rama
                                 ama
288
                      ı o
                                                           urn\alpha
                      3<sup>0</sup>
                                 una urna
328
             ı,
                                                           bien superno
346
                      20
                                 bien supremo
                      20
                                                           lírica
                                 lira
366
             2,
                                                           sois
             8,
                      3º
                                 soy
367
                                                           hambre
                      80
                                 hombre
377
```

No se anotan las incorrecciones que pueden advertirse desde luego, por tratarse de simples cambios de letras, o errores de puntuación.

IMPRESO POR LUIS BARBA V.

REGENTE DE LOS TALLERES TIPOGRAFICOS NACIONALES

QUITO - ECUADOR